J. A. CAMPBELL



UNA PROMESA DE Navidad

Derechos de autor ©2024 J. A. Campbell
Primera edición: noviembre 2024

©Del texto: J. A. Campbell
©Maquetación y diseño: J. A. Campbell
©Imagen de cubierta: J. A. Campbell

Todos los derechos reservados. Los personajes y eventos que se presentan en este libro son ficticios. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, es una coincidencia y no algo intencionado por parte del autor.
Queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70/93 272 04 45).

Copyright ©2024 por J. A. Campbell

Dedicado a ti, lectora.
Feliz Navidad y que la magia de Escocia te envuelva.

Índice

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Epílogo

Agradecimientos

Otros libros de la autora

Prólogo

Una mujer de otro tiempo...

Así era como siempre me había sentido durante toda mi vida, alguien que estaba fuera de lugar, fuera de su tiempo. Una mujer que vaga por el mundo sin un rumbo claro y con la sensación de pertenecerle a alguien desconocido que tan solo la visitaba en sueños. Un clamor, una llamada de un corazón gemelo cuya línea temporal no era la misma que la mía.

Quizás por eso me gustaban tanto las historias de fantasía y de viajes en el tiempo. Esas en las que la protagonista, por un accidente del destino, viajaba a un tiempo lejano al suyo y encontraba allí la vida que tanto ansiaba, un compañero y una familia. Tal vez, y solo tal vez, mi subconsciente y mi alma viajera me estaban empujando hacia la vida a la que estaba predestinada a vivir.

Tal vez, solo tal vez...

Capítulo 1

Era noviembre. Las gotas de lluvia golpeaban las ventanas con un ritmo constante, hipnotizante, mientras yo observaba el cielo gris de Edimburgo desde el calor de mi pequeño estudio. Había algo en los días lluviosos que siempre me hacía sentir nostalgia, aunque no pudiera decir exactamente de qué. La gente a menudo decía que tenía el espíritu de una anciana atrapado en el cuerpo de una mujer de treinta y dos años, una observadora en un mundo que siempre me parecía demasiado rápido, demasiado moderno. Era como si mi alma estuviera atrapada en la marea de otra época, de un tiempo lejano, perdido entre el eco de leyendas y susurros.

Mis dedos acariciaban con suavidad el borde de una carta antigua que había encontrado en una tienda de antigüedades. Me habían llamado de aquella tienda, justo antes del atardecer, diciéndome que tenían algo que pensaban que me podría interesar. La propietaria, una mujer amable que me conocía bien por mis visitas constantes en busca de libros o algún pequeño objeto con historia, me esperaba con una sonrisa enigmática y un sobre marrón envejecido en las manos. No había querido abrirlo hasta llegar a casa, queriendo saborear el momento como quien desenvuelve un regalo sin saber qué tesoro aguarda dentro.

Al final, no pude resistir más. Rompí con cuidado el sello de cera y saqué una hoja de papel amarillento y fragante, el tipo de papel que sólo los años pueden perfumar con esa mezcla de misterio y sabiduría antigua. La caligrafía era exquisita, cada trazo y curva dibujaba palabras con una precisión casi imposible. Y ahí, al leer el contenido, un escalofrío me recorrió el cuerpo entero.

Ailsa MacDonald, te espero en Glencoe para la Navidad de 1648.

El nombre se grabó en mi mente, tan idéntico al mío y, al mismo tiempo, tan diferente. Ailsa MacDonald. ¿Una coincidencia? Mi corazón latía rápido, pero mi mente no lograba comprender. Era mi nombre, mi primera y mi única identidad, escrito en un tiempo imposible, en un apellido que no me pertenecía, y sin embargo... todo parecía real.

Miré de nuevo la caligrafía, repasando cada letra, cada trazo. La intensidad en mi pecho aumentó al darme cuenta de algo aún más extraño: era idéntica a mi propia letra. Cada curva, cada inclinación me resultaba familiar, como si esa Ailsa MacDonald fuera una versión perdida de mí misma, de algún modo. Tal vez incluso de otro tiempo. La razón me decía que todo esto era ridículo, pero algo más profundo, un murmullo desde el rincón más

oscuro de mi alma, me susurraba otra cosa.

Suspiré, dejando caer la carta sobre la mesa mientras intentaba asimilar lo que tenía delante de mis ojos. Una carta de un tiempo que nunca fue mío, de un apellido que nunca había llevado, pero que sonaba extrañamente... correcto. Durante toda mi vida había sentido esta atracción inexplicable por tiempos pasados, como si en algún momento hubiera dejado una parte de mí en un rincón de la historia, un fragmento que esperaba ser encontrado. Y ahora, al encontrar aquella carta, era como si algo se hubiera completado en mi interior. La incertidumbre mezclada con una emoción casi infantil me aceleraba el pulso.

Había leído historias de cartas encontradas, de mensajes del pasado que conectaban a las personas, y siempre me habían parecido hermosas, pero jamás me imaginé que me tocaría a mí. Y ahora, sosteniendo aquella carta firmada con mi nombre, con una fecha imposible, me sentía como si el propio tiempo me estuviera llamando a su lado, reclamando una deuda que ni siquiera sabía que tenía.

El apellido MacDonald revoloteaba en mi mente. Era un apellido común en Escocia, pero había algo en él que resonaba más allá de una simple coincidencia. Me veía, de pequeña, pidiendo a mi padre que me contara historias sobre las Tierras Altas, sobre los clanes, sobre los tiempos en que los nombres eran algo más que etiquetas. Eran como anclas a la historia, a un legado que las generaciones llevaban consigo. MacDonald. Un nombre que traía consigo el eco de batallas, de pactos y promesas.

No podía negar que algo en mí había cambiado desde el momento en que mis ojos habían encontrado esa carta. Era como si cada célula en mi cuerpo estuviera alineándose hacia un punto desconocido, hacia un propósito que me llamaba desde las profundidades de la historia. Pero... ¿cómo? ¿Cómo podía una carta con siglos de antigüedad llegar hasta mis manos, y por qué?

El tiempo pasaba, y sin darme cuenta, me encontré acariciando la carta como si fuera un talismán. La caligrafía, esa escritura idéntica a la mía, me susurraba con una familiaridad que me asustaba. Me levanté de mi asiento y caminé hasta la ventana, sintiendo la necesidad de respirar el aire frío y húmedo de la noche. La niebla comenzaba a envolver la ciudad, y en el reflejo del cristal, mis ojos dorados brillaban en la penumbra. Un par de ojos que siempre me habían parecido extraños, inusuales, como si fueran una marca de mi conexión con algo más antiguo, algo desconocido.

Quizás siempre había sido una mujer atrapada en el lugar equivocado, en el tiempo equivocado. Durante años había sentido que el mundo moderno, con sus prisas, su ruido y su superficialidad, no era mi hogar. Siempre había anhelado el silencio, la naturaleza, la simplicidad de tiempos pasados. Un mundo donde el amor y el deber eran los cimientos de

la vida, donde las palabras se susurraban junto al fuego y no se gritaban por encima del bullicio. Quizás... quizás esa carta era mi respuesta.

Volví a la mesa y releí el mensaje, dejando que el nombre *Ailsa MacDonald* se impregnara en mi piel. Casi podía verla, una mujer con mi rostro, mi nombre y mi espíritu, esperando por mí en algún rincón de las montañas de Glencoe, un lugar que nunca había visitado pero que sentía como parte de mí. ¿Era posible que existiera una conexión? ¿Que el destino me estuviera llamando a través de los siglos? Las preguntas giraban en mi mente, enredándose entre pensamientos y emociones, hasta que finalmente me rendí a la sensación.

Cansada, apagué las luces y me acosté, sosteniendo la carta en mis manos, como si de alguna manera pudiera responderme en el silencio de la noche. Con el susurro de esa carta en mi mente, los párpados comenzaron a pesarme y me dejé llevar por el sueño.

El paisaje cambió. Me vi caminando entre montañas altas, envuelta en un manto de niebla, el suelo cubierto de una nieve suave que crujía bajo mis pies. Todo estaba en calma, el aire olía a madera, a invierno, a algo antiguo y místico. Sentía el frío en mi piel, el roce de un viento que parecía hablarme en un lenguaje olvidado. Y entonces lo vi.

A lo lejos, entre el vaho y la penumbra, se alzaba la figura de un hombre. Alto, de hombros anchos, envuelto en una capa oscura que ondeaba con el viento. Su cabello, negro como la noche, caía sobre su frente, y sus ojos... sus ojos eran de un azul tan profundo que me recordaban al cielo despejado de un día de verano. Nos miramos sin palabras, y en aquel instante, una extraña paz me invadió. Era como si nos conociéramos desde siempre, como si él fuera la pieza que faltaba en mi vida, alguien a quien había esperado sin saberlo.

Quise acercarme, decir algo, pero en cuanto di un paso, la imagen se desvaneció en la bruma, dejando en mi pecho un eco de vacío, de un anhelo tan profundo que dolía.

Desperté de golpe, el corazón palpitando desbocado. La carta aún descansaba en mi mano, y un pensamiento claro, casi palpable, resonaba en mi mente: Glencoe me estaba esperando.

Capítulo 2

La carretera serpenteaba entre montañas majestuosas y colinas cubiertas de una densa niebla, como si cada curva me llevara más y más hacia un mundo aparte, un lugar donde el tiempo parecía detenerse. El valle de Glencoe se extendía ante mis ojos como una pintura antigua, un paisaje indómito que parecía estar aguardándome, inmortal en su salvaje hermosura. Había algo en ese lugar, en el aire cargado de humedad y misterio, que despertaba en mí una conexión inexplicable. Cada piedra, cada arroyo, me susurraba historias en un idioma que no podía entender, pero que parecía conocer desde siempre.

El cielo estaba cubierto de nubes grises, y una lluvia fina comenzaba a caer, cubriendo el valle con un velo de melancolía. A lo lejos, entre las montañas que se alzaban como guardianes eternos, pude distinguir cascadas escondidas y la sombra de lo que parecían ruinas. Me sentía diminuta e inmensa a la vez, como si mi llegada a Glencoe fuera parte de algo que ya había sido escrito, un guion en el que yo solo era una pequeña pieza de un todo más grande.

Conduje hasta un pequeño B&B que había reservado la noche anterior, una construcción de piedra gris que parecía fundirse con el paisaje, como si llevara siglos en el mismo sitio, resistiendo la marea del tiempo. Al aparcar, bajé del coche y dejé que la suave lluvia me envolviera, sintiendo el frío en la piel, el peso de la historia de ese lugar cargando sobre mis hombros. Respiré hondo, dejando que el aire fresco llenara mis pulmones, con un escalofrío recorriéndome la espalda.

Al entrar, una campanilla sonó suavemente, y el calor del interior me acogió. El B&B era pequeño, acogedor, iluminado con lámparas de aceite que proyectaban sombras en las paredes de piedra. Maderas oscuras y robustas, cortinas de lana gruesa y detalles rústicos creaban un ambiente hogareño, como si el lugar estuviera diseñado para abrazarte, para ofrecerte refugio del frío exterior.

Una mujer de aspecto enigmático salió de una puerta lateral. Su cabello, gris y recogido en un moño, y sus ojos, oscuros y profundos, parecían llevar consigo la sabiduría de alguien que había visto muchas cosas, alguien a quien la historia no sorprendía sino que confirmaba. Me sonrió amablemente, extendiéndome la mano.

—Debes ser Ailsa, bienvenida. Soy Morag —dijo, con una voz suave pero firme, como si pronunciara cada palabra con intención.

Asentí y le devolví la sonrisa, notando de inmediato una conexión con aquella mujer. Era como si, de alguna manera, ella supiera más de mí de lo que yo misma había descubierto. Morag me guio hacia la pequeña sala de estar, donde una chimenea crepitaba

con llamas que iluminaban la habitación con una calidez reconfortante. Me ofreció una taza de té y me invitó a sentarme junto a la ventana, desde donde se veía el valle cubierto de una neblina tenue.

—Es un lugar increíblemente hermoso —murmuré, mirando hacia el paisaje.

Morag asintió con una expresión solemne.

—Lo es. Pero también está lleno de historias trágicas. Glencoe no es solo un valle; es un recordatorio de tiempos oscuros, de traiciones y sangre derramada.

Levanté la vista hacia ella, intrigada. Morag tenía una forma de hablar pausada, como si cada palabra fuera una invitación a adentrarse en las sombras del pasado.

—¿Te refieres a la masacre del clan MacDonald? —pregunté, recordando vagamente haber leído algo sobre ello en los libros de historia.

Morag asintió, y en sus ojos apareció un brillo de tristeza.

—Sucedió en el invierno de 1692. El clan Campbell, bajo órdenes del gobierno, traicionó a los MacDonald en su propia tierra. Los Campbell habían sido huéspedes de los MacDonald, protegidos por la hospitalidad de este mismo valle... hasta que llegó la orden de exterminar a quienes les habían dado refugio.

Escucharla hablar hacía que mi piel se erizara. La traición en esas montañas resonaba con algo profundo dentro de mí, como si cada palabra estuviera grabada en las rocas y los ríos, recordando para siempre aquel acto de brutalidad.

—Dicen que la nieve estaba teñida de rojo —continuó Morag, con voz baja—. Y que las almas de aquellos que murieron todavía vagan por el valle en las noches más frías, buscando justicia, o quizás solo descanso.

Observé la ventana, sintiendo una mezcla de tristeza y respeto por esas almas olvidadas, por una historia que no merecía ser arrinconada en el olvido. El aire se sentía más pesado, como si las propias paredes hubieran absorbido la pena y la ira de aquel día fatídico.

—Debe ser un peso difícil de cargar para quienes llevan el apellido MacDonald —murmuré, sin darme cuenta de que mis palabras habían salido como un susurro.

Morag me miró fijamente, y una sonrisa pequeña, casi compasiva, apareció en sus labios.

—Los nombres llevan consigo una carga, Ailsa. Los apellidos son la conexión con aquellos que nos precedieron, con sus luchas, sus amores y sus desdichas. Al final, somos quienes somos por los que vinieron antes de nosotros.

Asentí lentamente, dejando que sus palabras se asentaran en mí como piedras en un lago en calma. Mi apellido no era MacDonald, pero sentía como si aquel nombre también me perteneciera, como si hubiera una parte de mí escondida en las colinas de Glencoe,

esperando ser despertada por algo que había olvidado.

Morag se acomodó en su asiento, su mirada perspicaz todavía sobre mí.

—¿Qué te trae aquí, Ailsa? No muchos visitan Glencoe en esta época del año, y menos sin una razón concreta.

Suspiré, sintiendo la necesidad de confiar en ella, como si aquel encuentro estuviera destinado a ser.

—Recibí una carta, una carta que no debería existir. Está fechada en 1648 y firmada por alguien con mi mismo nombre... pero con el apellido MacDonald.

Los ojos de Morag se entrecerraron levemente, y sus labios se curvaron en una sonrisa enigmática.

—Curioso, ¿no es cierto? —dijo suavemente—. A veces, el pasado tiene formas extrañas de llamar nuestra atención.

La forma en que lo dijo me hizo sentir como si ella supiera más de lo que dejaba ver, como si aquel lugar y sus historias fueran para ella tan familiares como su propia vida.

—¿Crees en el destino, Morag? —pregunté, y mis palabras salieron en un susurro.

Morag se quedó en silencio por un momento, observando el fuego antes de mirarme a los ojos.

—Creo que ciertos caminos están entrelazados desde antes de que nosotros los elijamos. Y si sientes que has llegado aquí por una razón, tal vez el valle esté intentando recordarte algo.

Nos quedamos en silencio, el crepitar del fuego llenando el aire con una calidez que se sentía antigua, como si el mismo fuego hubiera presenciado las historias de siglos y aún las recordara. Terminé mi té lentamente, dejando que la calma del lugar se apoderara de mí, aunque dentro sentía un torbellino de emociones.

Después de despedirme de Morag y retirarme a mi habitación, me tumbé en la cama, observando el techo de madera. Mis pensamientos volvían una y otra vez a la conversación, a la historia que Morag me había contado, a la carta que había encontrado. Cerré los ojos, sintiendo que cada detalle se tejía en mi mente, hasta que me dejé llevar por el sueño.

Y en mis sueños, estaba otra vez en aquel lugar entre montañas, donde el eco de mis pasos se mezclaba con el viento. Vi al hombre de mi sueño anterior, su figura alta y solemne recortándose contra el horizonte, su cabello oscuro ondeando bajo un cielo cubierto de nubes. Me miraba con una intensidad que me hacía sentir transparente, vulnerable. Sus ojos me taladraban el alma, como si buscara en mí una respuesta que ni siquiera sabía que tenía.

Al despertar, mi corazón latía rápido, y en mi mente seguía el recuerdo de esos ojos

azules, tan profundos y familiares como el propio valle de Glencoe.

Capítulo 3

La mañana estaba teñida de un gris suave y brumoso cuando salí del B&B. La niebla parecía haberse posado sobre el valle de Glencoe como un manto pesado y protector, cubriendo cada rincón de aquella tierra con su toque fantasmal. El aire era frío y denso, y al inspirar, una calma extraña me invadía, como si cada bocanada estuviera impregnada de algo antiguo y poderoso, algo que solo podía entenderse en el silencio absoluto del paisaje.

El suelo bajo mis pies crujía levemente, cubierto de una fina capa de escarcha que el sol, aún tímido, no había alcanzado a derretir. Caminé lentamente, como si el paso del tiempo no importara, como si aquel lugar existiera en una dimensión aparte donde las horas se desvanecían y solo quedaba el eco de mis pasos.

La vastedad del valle era sobrecogedora. A ambos lados se alzaban las colinas, sus laderas cubiertas de árboles y rocas que parecían guardianes inmortales, vigilando en silencio. A lo lejos, cascadas pequeñas surgían de entre las rocas, sus aguas deslizándose como susurros, cantos antiguos que hablaban de generaciones perdidas, de vidas y amores que habían dejado su rastro en el viento. Había algo en aquel paisaje que me hacía sentir en casa, una extraña familiaridad que rozaba lo místico.

Seguí caminando, perdida en mis pensamientos, dejando que el entorno me envolviera. Podía sentir el poder de aquel lugar pulsando bajo mis pies, en cada roca, en cada árbol. Era como si el valle contuviera en sus entrañas secretos ancestrales, una sabiduría que se transmitía en silencio a quienes se aventuraban a escuchar.

Cada paso me llevaba más y más lejos del B&B, más adentro en el corazón del valle, como si una fuerza invisible me guiara. Observé las laderas cubiertas de musgo, las raíces de los árboles retorciéndose bajo la superficie, y un escalofrío me recorrió. No era el frío, sino una emoción extraña, una mezcla de respeto y asombro por la historia que aquel lugar parecía guardar.

Sin previo aviso, sentí una ráfaga helada en la nuca. Levanté la mirada, y un cambio en el aire me puso alerta. Las nubes grises, que antes solo cubrían el cielo como un tapiz suave, ahora se habían espesado, y una nieve ligera comenzó a caer, cubriendo el suelo y mi abrigo con pequeños copos que parecían danzar en el aire. El viento comenzó a arremolinarse a mi alrededor, llevándose consigo la niebla y revelando más del paisaje: árboles altos y oscuros, y a lo lejos, lo que parecía una cabaña de piedra, solitaria, en medio de la nada.

Sentí un pinchazo de urgencia. La nieve caía cada vez con más fuerza, los copos se arremolinaban y giraban en una danza hipnótica, como si fueran piezas de un antiguo hechizo. Sabía que necesitaba refugio, y aquel lugar solitario se presentaba como mi única

opción. Me apresuré hacia la cabaña, sintiendo cómo la nieve se acumulaba en mi cabello y hombros, y el frío comenzaba a calarse en mis huesos.

Al llegar, empujé la puerta de madera con fuerza y, para mi sorpresa, cedió de inmediato. Entré, sintiendo el cambio de temperatura y la calma que ofrecía el interior de aquella cabaña. Cerré la puerta tras de mí y me quedé quieta, observando el lugar, mis ojos recorriendo cada detalle. Era una construcción modesta, de paredes gruesas de piedra, con una chimenea en un rincón y un par de sillas desgastadas frente a ella. La habitación entera estaba impregnada de un silencio sepulcral, como si el tiempo mismo se hubiera detenido en aquel espacio.

La cabaña parecía anclada en un pasado lejano, con muebles rústicos y una calidez que contrastaba con el viento helado que golpeaba las ventanas. Una parte de mí se sentía como si hubiera retrocedido siglos; había algo atemporal en el lugar, una esencia que hablaba de una época en la que la vida transcurría sin la prisa y el bullicio del presente.

No podía ignorar el frío que comenzaba a apoderarse de mis manos y mis pies, así que decidí encender el fuego en la chimenea. Miré a mi alrededor, encontrando un pequeño haz de leña y un par de piedras de encendido. Con un poco de esfuerzo, el fuego comenzó a cobrar vida, y la calidez se expandió por la habitación. Me senté en el suelo, cerca de las llamas, y saqué el paquete de emparedados que Morag me había preparado.

La comida sabía mejor de lo que esperaba, y la calidez de la chimenea comenzó a reconfortarme. Me sentía segura, acogida por las gruesas paredes de piedra que parecían susurrarme historias en cada rincón. Miraba cómo las llamas danzaban, proyectando sombras y luces en las paredes, transformando el espacio en un mundo de fantasía donde lo real y lo etéreo se entrelazaban.

Mientras comía, mis pensamientos volvían una y otra vez a la carta y a la sensación que me había invadido desde el momento en que puse un pie en el valle. Había algo aquí, algo que parecía llamar mi nombre, como si Glencoe mismo me estuviera invitando a descubrir un secreto, a revivir algo que aún desconocía.

Dejé que la calidez del fuego me envolviera, y poco a poco, mis párpados comenzaron a volverse pesados. Quizás era el cansancio acumulado, o tal vez el efecto de haber caminado bajo la nieve, pero el sueño se apoderó de mí con una suavidad que no pude resistir. Me recosté en el suelo, cerca de la chimenea, sintiendo el calor acariciar mi rostro mientras cerraba los ojos.

Y en la oscuridad de mis sueños, una vez más, lo vi. Caminaba entre las montañas de Glencoe, envuelta en una neblina densa, y allí, en medio de la nieve, estaba él. Su silueta se dibujaba con claridad, alta, fuerte, y sus ojos azules como el cielo me observaban con una intensidad que quemaba. Podía sentir la nieve bajo mis pies, la brisa fría en mi piel, y el

poder de su mirada atravesándome, como si pudiera ver cada rincón de mi alma.

Quise acercarme, pero una ráfaga de viento me separó de él, como si una barrera invisible impidiera nuestro encuentro. Sin embargo, en su mirada había algo más, una promesa silenciosa, una urgencia que me hacía estremecer. En aquel instante, comprendí que este hombre —este desconocido de mis sueños— tenía algo que ver con mi viaje, con la carta y el llamado que sentía en lo más profundo de mi ser.

El sonido del viento y el crujir de la nieve me rodeaban, pero su rostro, su presencia, permanecía en mi mente incluso cuando todo se desvanecía.

Cuando desperté, la cabaña estaba completamente caldeada, y afuera, el viento había cesado. Miré a mi alrededor, intentando recuperar la orientación. Había sido un sueño, pero algo en mí sabía que aquel hombre existía, en algún rincón de estas montañas, en algún lugar del pasado que parecía llamar mi nombre.

Miré hacia la ventana, donde la nieve continuaba cayendo suavemente, cubriendo el paisaje de un manto blanco, como si todo se hubiera detenido en ese instante, esperando. Sentía que cada paso me acercaba más a un destino desconocido, y aunque una parte de mí temía lo que podría encontrar, otra, igual de fuerte, anhelaba descubrirlo, anhelaba conocer a ese hombre de los ojos azules y entender qué me unía a él.

Me quedé ahí, en silencio, permitiendo que la magia del lugar, la extraña paz de aquella cabaña, se impregnara en mí.

Capítulo 4

Desperté envuelta en un profundo silencio. La cabaña estaba inmersa en una quietud absoluta, y al abrir los ojos, tardé unos segundos en recordar dónde estaba. Sentía el cuerpo pesado, aún bajo el efecto de un sueño tan profundo que casi me parecía irreal. Al incorporarme, observé que el fuego se había extinguido, dejando una fina capa de cenizas en la chimenea, y el frío del amanecer se había adueñado de la habitación.

Me envolví en mi abrigo y me levanté con cierta torpeza, notando algo extraño en el ambiente. La cabaña estaba intacta, pero había una cualidad distinta en el aire, como si algo hubiese cambiado durante la noche, aunque no lograba precisar qué. Apreté los labios, intentando no dejarme llevar por la inquietud que comenzaba a crecer en mi pecho. Quizás todo era producto de la soledad y el misterio de aquel lugar.

Tomé una última bocanada de aire cálido antes de abrir la puerta y salir al exterior. La nieve había cesado y el cielo estaba despejado, salpicado de un azul pálido que hacía resplandecer el paisaje con una claridad casi cegadora. Pero algo en la vista frente a mí no era como lo recordaba. La vegetación parecía más densa, más viva. Los árboles que había cruzado la noche anterior ahora lucían retorcidos y antiguos, como si sus ramas y raíces llevaran siglos asentadas en esa tierra, observando el paso de generaciones.

Empecé a caminar, esperando que el sendero que me había llevado hasta allí me guiara de regreso al B&B. Sin embargo, tras unos pasos, me di cuenta de que el camino había desaparecido. Miré a mi alrededor, intentando ubicar algún punto de referencia, algún árbol o formación rocosa que pudiera indicarme el rumbo, pero nada me resultaba familiar. Sentía cómo la confusión y la ansiedad comenzaban a arremolinarse en mi interior, pero intenté calmarme. Respiré hondo, enfocándome en cada paso.

Cada rincón de aquel bosque me resultaba extrañamente desconocido, como si hubiera sido transportada a otro sitio durante la noche. La vegetación era más densa, los sonidos del entorno más intensos. Incluso el aire parecía diferente, impregnado de un aroma fresco y terroso, una esencia pura que rara vez encontraba en el siglo XXI. Al observar a mi alrededor, noté que la carretera en la que había estacionado mi coche no estaba en ningún lugar a la vista. Era como si aquella noche en la cabaña me hubiera llevado a un lugar completamente distinto.

Conforme avanzaba, mi respiración se aceleraba, el pánico comenzaba a gestarse en mi pecho. El sendero que esperaba encontrar nunca aparecía, y aunque buscaba sin cesar algún rastro de la civilización moderna, lo único que me rodeaba era un bosque antiguo y vasto, un paisaje salido de algún rincón lejano en el tiempo. Caminé hasta que el bosque comenzó

a abrirse y pude divisar una especie de aldea al pie del valle, entre los desniveles de la tierra y el meandro de un río tranquilo.

La aldea estaba formada por pequeñas casas de piedra con techos de paja y humo que ascendía pausado desde las chimeneas, dibujando espirales en el aire frío. La escena me hizo detenerme. Había algo en esa aldea que se sentía irreal, como si hubiera sido arrancada de las páginas de un libro de historia. Incluso los habitantes, a lo lejos, parecían vestir ropajes que no encajaban en la época actual: túnicas y capas de lana, colores oscuros y terrosos, con detalles que recordaban a tiempos antiguos. Cada paso que daba hacia la aldea me hacía sentir más vulnerable, y la intriga me atrapaba en una maraña de emociones.

Finalmente, llegué al borde del poblado, sintiéndome fuera de lugar, sin saber a quién dirigirme. Entonces, vi a una mujer de edad madura, con el cabello cubierto por un manto de lana oscura, quien parecía observarme desde la distancia. Su expresión era serena, aunque curiosa, como si reconociera mi desconcierto. Decidida a encontrar alguna respuesta, avancé hacia ella, y, al notar mi presencia, se acercó con pasos firmes.

—Buenos días, joven —dijo la mujer, y su voz era suave, tranquila, aunque con un acento que me pareció diferente, antiguo, como el de los ancestros.

—Buenos días... —respondí, aún intentando procesar la extrañeza de su apariencia y la cadencia pausada de sus palabras—. Me temo que... estoy un poco perdida. Busco el camino de regreso a mi alojamiento, pero no logro orientarme.

La mujer me miró con una sonrisa amable, aunque en sus ojos había una pizca de cautela.

—Perdida, decís... —repitió, y la musicalidad de su acento era como un eco de tiempos lejanos—. No recuerdo haber visto una dama como vos por estos lares, y mucho menos con esos atuendos tan... particulares.

Miré mis jeans y mi chaqueta, de pronto consciente de que vestía como alguien salido de otro mundo, y me sentí descolocada. La mujer me miraba con una expresión entre la curiosidad y la empatía, y, tras un breve silencio, extendió su mano hacia mí.

—Venid, muchacha. Si os place, podríais acompañarme hasta mi casa. Parece que necesitáis descansar, y el frío no es buen compañero para una joven que se halla sin rumbo.

Dudé un segundo, pero la calidez de su voz y su expresión tranquila me infundieron confianza. Asentí, siguiéndola mientras nos adentrábamos en la aldea, que a cada paso parecía envolverme en una atmósfera más densa y misteriosa. La mujer caminaba con calma, sus pasos resonaban suaves sobre la nieve recién caída, y yo la seguía en silencio, intentando absorber cada detalle de aquel lugar que no dejaba de asombrarme.

A medida que avanzábamos, las miradas de los habitantes de la aldea se posaban sobre

mí, sus rostros reflejaban sorpresa, pero también una cortesía silenciosa. Era como si yo fuera una aparición inesperada, y aunque nadie se acercaba demasiado, podía sentir la curiosidad en cada mirada, en cada paso.

Llegamos a una pequeña casa de piedra, con un techo cubierto de musgo y una puerta de madera que rechinó al abrirse. La mujer me invitó a entrar con un gesto de la mano, y el calor del interior me envolvió de inmediato. El ambiente estaba impregnado de un aroma a hierbas secas y leña, una mezcla cálida que me reconfortó al instante.

—Soy Elspeth —dijo la mujer, mirándome mientras colgaba su manto en un gancho junto a la puerta—. Y vos, ¿cómo os llamáis, si puedo preguntar?

—Ailsa —respondí, notando cómo su expresión se suavizaba ante mi respuesta.

—Es un nombre hermoso, un nombre de estas tierras —murmuró, y algo en su tono me hizo sentir que, de alguna manera, ella comprendía más de lo que decía.

Nos sentamos junto al fuego, y Elspeth me ofreció una taza de bebida caliente que acepté agradecida, sintiendo cómo el calor se esparcía en mi interior. Miré a mi alrededor, fijándome en los detalles de la estancia, en las telas gruesas y en los objetos de metal que reflejaban las llamas, todos de un estilo que pertenecía a otra época.

—¿Es este lugar... el valle de Glencoe? —pregunté finalmente, intentando que mi voz no temblara.

Elspeth asintió con una sonrisa serena.

—Así es, mi niña. Estas son las tierras de Glencoe, hogar de los MacDonald y sus antepasados.

El peso de sus palabras cayó sobre mí como una losa. De repente, todo comenzó a tomar un sentido extraño pero inevitable, como si el destino me hubiera traído aquí a propósito. Mi mente se llenó de preguntas, de incertidumbres, pero algo en la mirada de Elspeth me hizo contenerme. El silencio entre nosotras era cómodo, y el calor del fuego me brindaba un consuelo inesperado.

Me quedé observándola, sin atreverme aún a preguntar más, dejando que el silencio fuera nuestra única conversación.

Capítulo 5

La calidez de la pequeña casa de Elspeth se sentía como un abrazo, una barrera cálida contra el mundo desconocido y extraño que me rodeaba. El fuego chisporroteaba suavemente en la chimenea, proyectando sombras cálidas sobre las paredes de piedra, mientras el aroma a hierbas y a madera quemada llenaba el ambiente. Todo allí parecía suspendido en un tiempo diferente, en un rincón seguro donde las preocupaciones del mundo exterior apenas tenían cabida.

Elspeth, de pie frente a un pequeño arcón de madera, revisaba prendas antiguas, sacando con cuidado telas y paños de colores suaves y oscuros. Finalmente, extrajo un vestido sencillo de lana, en tonos tierra, y una blusa de lino claro. Su expresión era solemne, pero sus manos se movían con ternura mientras examinaba cada prenda, asegurándose de que estuviera en buenas condiciones.

—No podéis andar por la aldea con esa vestimenta tan extraña —me dijo con una sonrisa amable, extendiéndome el vestido.

Asentí, sabiendo que tenía razón. Mis jeans y chaqueta parecían fuera de lugar en aquel entorno, y el deseo de encajar, de fundirme con el mundo que me rodeaba, era tan fuerte que acepté el ofrecimiento sin dudar. El vestido era hermoso en su sencillez, hecho con una lana que parecía cálida y resistente, perfecto para las inclemencias de aquella tierra.

—Este vestido perteneció a mi hija Brianne —dijo en voz baja, una chispa de melancolía brillando en sus ojos—. Ella... partió de este mundo hace ya algunos años. Las fiebres se la llevaron.

Su voz se quebró ligeramente, pero se recompuso al instante, tomando aire mientras me ayudaba a colocarme la blusa y a ajustar las mangas con sus manos suaves pero firmes. A cada movimiento, sus dedos se deslizaban con cuidado, como si estuviera invocando los recuerdos de Brianne a través de cada pliegue de la tela.

—Lamento mucho escuchar eso, Elspeth —respondí suavemente, sin saber si mis palabras serían suficientes para consolarla, pero sintiendo el peso de su pérdida.

Elspeth sonrió tristemente, apretando suavemente mi hombro antes de continuar, como si en sus palabras se liberara un poco de la carga que llevaba.

—No fue solo ella. Las fiebres arrasaron con muchas vidas aquí en las Tierras Altas. Mi esposo, Domnhal, también se fue en aquel tiempo oscuro. Eran tiempos difíciles, Ailsa. Muy difíciles. —Sus ojos se perdieron en algún punto de la habitación, en los recuerdos de una vida que había dejado de existir—. Quedé con mi hijo, Connor. Él perdió a su padre, a su hermana y también a su prometida. Una joven noble, de buena familia. Lo querían

mucho, ¿sabéis? Pero cuando ella falleció, algo en él también murió.

Su voz, llena de ternura y pesar, resonaba como un eco en mi pecho. Podía imaginarme el dolor de Connor, el peso de la pérdida que había moldeado su vida. Elspeth, con la delicadeza de una madre, ajustó el lazo de mi vestido, su mirada fija en el nudo, aunque sus pensamientos parecían estar en otro lugar.

—Connor es el herrero de la aldea. —Su voz se suavizó con una especie de orgullo—. Es fuerte, como lo era su padre, y tiene el respeto de todos aquí. No hay hombre ni mujer en Glencoe que no confíe en él, pero... la pérdida lo endureció. Desde entonces, se niega a buscar una nueva prometida. Ni siquiera habla de ello. Como si la idea misma de unirse a alguien más le pareciera un sinsentido.

Elspeth soltó el lazo y dio un paso atrás, observándome con aprobación mientras sus ojos se suavizaban. Sentí su mirada como una caricia, como si viera algo en mí que la llenaba de consuelo. Me pregunté si, en su mente, deseaba que alguien, cualquiera, pudiera sanar las heridas de su hijo, brindarle la paz que el tiempo le había arrebatado.

—Debió de ser muy difícil para él, para los dos —susurré, intentando comprender la magnitud de la devastación que aquellas fiebres habían causado en sus vidas.

Elspeth asintió, y sus labios se curvaron en una sonrisa melancólica.

—Connor era un hombre alegre antes, lleno de risas y sueños. Desde entonces, el peso de lo que ha perdido lo ha cambiado. Ya no es el joven que solía ser, aunque su nobleza y fuerza sigan intactas.

Las palabras de Elspeth flotaban en el aire, impregnadas de una tristeza suave, como si su amor de madre pudiera aliviar aunque fuera un poco la carga que su hijo llevaba. Mientras me ayudaba a colocarme el chal sobre los hombros, observé cómo su mirada se volvía pensativa, como si, por un momento, estuviera sola en sus recuerdos.

—Tenía una fe grande en el futuro. Quería construir una vida llena de promesas y de familia. Pero la vida, a veces, nos arrebata esos sueños, dejándonos solo con los fragmentos. —Elspeth me miró entonces, y su voz se hizo un susurro—. Aún creo que algún día encontrará la paz, quizás con alguien que pueda devolverle la esperanza.

Noté un brillo en sus ojos que me hizo sentir un cosquilleo de incomodidad y, al mismo tiempo, un extraño sentimiento de conexión. No sabía por qué, pero algo en aquella historia resonaba en mi interior con una intensidad que no podía comprender.

Justo cuando estaba a punto de responder, el sonido de pasos fuertes en el exterior interrumpió el silencio de la habitación. La puerta se abrió, y una figura alta y robusta entró en el pequeño espacio, cubriéndose con un manto de lana oscuro. Me quedé inmóvil, mi respiración se hizo lenta y profunda al instante, como si un presentimiento se confirmara en mi mente.

Allí estaba él. Era el hombre que había visto en mis sueños, el mismo cuya silueta oscura se había delineado en la neblina de mis pensamientos, una sombra familiar entre la niebla de Glencoe. Sus ojos, de un azul intenso, recorrieron la habitación antes de detenerse en mí, y su expresión mostró una mezcla de sorpresa y curiosidad, como si tampoco pudiera comprender por qué yo estaba allí.

—Connor —dijo Elspeth con una sonrisa en los labios—, has llegado en buen momento. Esta es Ailsa, una viajera que se ha perdido en el valle.

Connor me miró fijamente, su rostro serio y severo, pero sus ojos reflejaban una intensidad contenida, un misterio que hacía eco en mí. Parecía analizar cada detalle de mi presencia, desde el vestido que Elspeth me había dado hasta el desconcierto que seguramente se reflejaba en mis ojos.

—Ailsa —repitió con voz profunda, y la forma en que pronunció mi nombre me hizo estremecerme. Era como si mi nombre resonara en el aire con una familiaridad inquietante, como si fuera algo que él ya conocía, o que había estado esperando.

Sentí mi corazón latir con fuerza, y aunque intenté desviar la mirada, sus ojos me mantenían cautiva, como si hubiera algo en aquel momento que nos anclara el uno al otro. Había una intensidad en su presencia que no podía ignorar, una energía que parecía conectar con cada fibra de mi ser.

Elspeth rompió el silencio con una voz ligera, sonriendo entre ambos.

—Hijo, Ailsa se quedará aquí hasta que las nieves desaparezcan y los caminos se despejen. Está lejos de su hogar y sin rumbo, y he pensado que podríamos brindarle nuestra ayuda.

Connor asintió, sin apartar su mirada de mí. No dijo nada, pero en sus ojos había algo que me dejaba sin palabras, una especie de reconocimiento que no lograba descifrar.

Sin más que agregar, me quedé de pie, con el corazón palpitando y la certeza de que algo había cambiado en aquel instante.

Capítulo 6

Elspeth, siempre atenta y observadora, fue la primera en romper el silencio entre nosotros. Noté cómo sus ojos alternaban entre Connor y yo, como si intentara desentrañar la conexión inexplicable que parecía flotar en el aire. Con una sonrisa serena, se acercó a la mesa de madera, que ya estaba preparada para la comida, y nos hizo un gesto con la mano, invitándonos a sentarnos.

—Vamos, Connor, Ailsa, no os quedéis allí como estatuas. El guiso está listo, y no hay nada mejor para combatir el frío que una comida caliente —dijo, con una calidez que me hizo sentir más cómoda.

Connor, aún sin decir una palabra, asintió y se sentó frente a mí, su mirada fija en mis movimientos, como si intentara desentrañar el misterio que me envolvía. Yo me acomodé en la silla con cierta timidez, sintiendo su presencia como una fuerza magnética que me resultaba imposible ignorar. Elspeth nos sirvió con cuidado, y el aroma del guiso de carne, rico y sustancioso, llenó la estancia con una calidez reconfortante. Sentí cómo el hambre crecía en mi estómago, recordándome que apenas había comido desde la noche anterior.

—Espero que esto sea de vuestro gusto, Ailsa. Es un guiso sencillo, pero tiene todo lo que la tierra nos ofrece —comentó Elspeth mientras me ofrecía un trozo de pan oscuro y denso, que acepté con una sonrisa de gratitud.

—Huele delicioso, Elspeth. Gracias —respondí, deseando que mi voz sonara tan tranquila como quería aparentar.

Nos sumimos en un silencio cómodo, interrumpido solo por el suave tintineo de los cubiertos contra los platos. Connor comía en silencio, pero su atención parecía estar en cada palabra que su madre pronunciaba y, de vez en cuando, en cada mirada que yo desviaba hacia él. Su presencia era fuerte, sólida, pero no intrusiva; era como si su mera existencia llenara el espacio, irradiando una energía que me envolvía y me desarmaba.

Después de unos minutos, Elspeth rompió el silencio, dirigiéndose a su hijo con un tono de voz amable.

—Connor, ¿has escuchado que en unos días celebraremos la llegada de las nieves al valle? —dijo, sonriendo mientras tomaba un sorbo de su bebida caliente—. Como siempre, habrá música, bailes y mucha comida para todos.

Connor asintió con una expresión serena, aunque sus ojos brillaron con un destello de interés.

—He oído algo al respecto, madre. La aldea ya comienza a prepararse —dijo, con una voz profunda y calmada que parecía acariciar cada palabra—. Será bueno para todos,

especialmente después del último invierno.

La mención del invierno parecía llevar consigo un peso invisible. Me pregunté si quizás estaba pensando en las pérdidas que habían sufrido años atrás, en las vidas que habían cambiado para siempre durante aquellos tiempos difíciles. Mientras pensaba en ello, Elspeth se volvió hacia mí, su mirada cálida y afectuosa.

—Ailsa, ¿os gustaría uniros a nosotras para los preparativos? —preguntó con una sonrisa alentadora—. Nosotras, las mujeres de la aldea, tenemos la responsabilidad de decorar el lugar para la celebración. Podríais ayudarnos a colgar ramas de pino, preparar las coronas y tejer las cintas. Es una labor sencilla, pero lleva su tiempo, y siempre es mejor hacerlo en compañía.

Me sorprendió la invitación, pero una parte de mí se sintió profundamente halagada. Había algo hermoso en la idea de ser parte de aquella celebración, de participar en los preparativos de una festividad que, a pesar de ser desconocida para mí, resonaba con una sensación de pertenencia. Asentí, intentando disimular la emoción que comenzaba a florecer en mi pecho.

—Sería un honor, Elspeth. Me encantaría ayudar en lo que pueda —respondí con sinceridad.

Elspeth me sonrió, complacida, y pude notar una ligera expresión de satisfacción en su rostro. Su mirada se deslizó hacia Connor, como si quisiera incluirlo de algún modo en nuestra conversación.

—Las nieves siempre traen consigo buenos augurios y momentos de unión para la aldea —comentó Elspeth, más para su hijo que para mí—. Y este año, con una visitante tan inesperada, estoy segura de que la celebración será aún más especial.

Connor desvió su atención hacia mí, sus ojos azules observándome con una intensidad que hizo que mis mejillas se sonrojaran. Había una curiosidad cautelosa en su mirada, como si intentara comprender por qué una desconocida había aparecido en su vida en ese preciso instante, trayendo consigo un misterio que ni él ni yo lograban descifrar.

—Espero que la celebración sea de vuestro agrado, Ailsa —dijo en voz baja, sus palabras cálidas aunque medidas, como si cada una llevara un peso específico que él cuidaba con esmero.

—Estoy segura de que lo será —respondí, intentando devolverle una sonrisa tranquila, aunque la intensidad de su mirada me hacía difícil concentrarme.

La conversación continuó de manera ligera, y pronto Elspeth y Connor comenzaron a hablar de detalles prácticos sobre la festividad. Se mencionaron algunos nombres de miembros del clan, familias que se encargarían de ciertos aspectos de la celebración, y de cómo la llegada de la nieve era esperada con una mezcla de alegría y respeto en Glencoe.

Cada palabra que compartían pintaba un cuadro de una comunidad unida, resiliente, marcada por el tiempo y las tradiciones que seguían con orgullo. Me sentía como si estuviera asistiendo a una escena de otro tiempo, donde cada gesto, cada palabra, llevaba consigo el eco de generaciones pasadas.

Elspeth, con un tono cariñoso, me dio un pequeño golpe en la mano y sonrió con complicidad.

—Ailsa, os aseguro que al final del día tendréis los dedos entumecidos de hacer coronas y de colgar ramas de pino, pero también la satisfacción de haber compartido algo especial con todas nosotras.

Reí suavemente, imaginándome en medio de las mujeres de la aldea, trabajando juntas para decorar el lugar, participando en una tradición que me hacía sentir parte de algo mayor, algo que resonaba con una calidez y un propósito que nunca había sentido antes.

—Estoy deseando empezar —admití, sintiendo una calidez en mi interior que no sabía cómo describir.

Connor observó mi reacción con una ligera sonrisa, una expresión que parecía suavizar la seriedad de su semblante, y por un momento, sentí que había un entendimiento silencioso entre ambos, algo que no necesitaba palabras. Me pregunté si él también sentía que aquel instante, aquella conversación, tenía algo de irreal, como si el tiempo se hubiera detenido solo para permitirnos compartir aquel momento.

Terminamos la comida en silencio, pero en mi mente, las palabras de Elspeth y las miradas de Connor seguían resonando, como si la promesa de aquella celebración invernal hubiera dejado una marca en mi corazón. Me sentía como si estuviera despertando a un mundo nuevo, uno donde las tradiciones y las conexiones humanas daban sentido a cada momento, donde el amor y la pérdida se entretejían en un delicado equilibrio.

Finalmente, cuando la última llama de la chimenea parpadeó suavemente, levanté la vista y encontré la mirada de Connor sobre mí una vez más, tan intensa y profunda como un río escondido en las sombras de Glencoe. No podía saber qué estaba pensando, pero había algo en su expresión que me hacía sentir que él también estaba intentando descifrar el enigma que me rodeaba, un enigma que parecía unirnos de una manera que ambos temíamos pero no queríamos eludir.

Y así, bajo el manto de las nieves que pronto cubrirían el valle, nos preparamos para una celebración que, sin saberlo, cambiaría nuestras vidas para siempre.

Capítulo 7

Los días comenzaron a transcurrir con una suavidad inesperada, cada uno lleno de risas, historias y el trabajo constante en las decoraciones para la esperada celebración de las nieves. La aldea de Glencoe, que al principio había sido un enigma para mí, empezaba a envolverme con su calidez, su vida cotidiana, y la cercanía de sus habitantes. Poco a poco, me sentía menos como una extraña y más como una pieza de algo más grande, algo que resonaba con una belleza y una paz que nunca antes había experimentado.

Desde muy temprano, las mujeres del clan nos reuníamos en un claro cerca del bosque, rodeadas de pinos y abedules que parecían custodiar el lugar con una solemnidad reverente. El aire estaba impregnado del aroma fresco de las ramas de pino y del aliento helado del invierno, mientras trabajábamos bajo el cielo nublado. La niebla se deslizaba sobre el valle como una manta suave, y en medio de aquel escenario, nos entregábamos a la tarea de adornar la aldea para la llegada de las nieves.

—Ailsa, ven aquí, cariño. Te enseñaré a hacer lazos fuertes con las ramas para que aguanten el viento —me llamó Moira, una mujer de rostro amable y mejillas sonrojadas que parecía tener un chiste listo en todo momento.

Me acerqué a ella, sonriendo, y me senté junto a las demás en el suelo cubierto de hojas y nieve. Moira me mostró cómo entrelazar las ramas de pino con la destreza de alguien que lo había hecho durante años, sus dedos ágiles trabajando con una precisión que me dejó fascinada.

—Las manos tienen que aprender a escuchar la naturaleza —decía con una sonrisa—. Mira, cada rama tiene su camino; no debes forzarla, solo guiarla.

Intenté imitarla, y aunque mis dedos no eran tan hábiles como los suyos, Moira me alentaba con risas y consejos. Mientras trenzábamos, las mujeres comenzaban a contar historias, anécdotas de sus familias y de celebraciones pasadas. Era como si el trabajo conjunto en las decoraciones les diera pie a abrirse, a compartir fragmentos de sus vidas que en otro momento quizás habrían quedado en el silencio.

—¿Sabes, Ailsa? El invierno siempre ha sido una época especial para nosotros —comentó Elspeth, quien estaba a mi lado, entrelazando ramitas de brezo en una corona—. Trae consigo la calma, pero también nos recuerda que estamos juntos, que cada año superamos las tormentas.

Asentí, sintiendo el peso de sus palabras, la profundidad de esa conexión con el invierno, con la estación que, en su crudeza, también traía la promesa de un nuevo comienzo. Miré alrededor, viendo cómo las mujeres trabajaban con una paz que se sentía

antigua, y no pude evitar sentirme en casa, como si aquel lugar me hubiera estado esperando.

Al caer la tarde, el claro se llenaba de ramas y coronas adornadas con cintas en tonos verdes y rojos, mientras los niños de la aldea, que habían venido a ayudarnos, corrían entre nosotras, jugando a perseguirse y a recoger las hojas caídas. Los hombres también se habían reunido en la plaza para levantar una gran estructura de madera que serviría de refugio durante la celebración. Los veía desde la distancia, trabajando con una coordinación tranquila y eficiente, como si cada uno supiera exactamente qué hacer.

—Ailsa, cariño, ¿qué te parece la celebración hasta ahora? —preguntó una de las mujeres, Annie, una joven de cabello castaño claro y ojos vivaces—. ¿Habías visto algo como esto antes?

Sonreí, sacudiendo la cabeza.

—No, nunca. Todo esto es... diferente y especial —dije, y mis palabras salieron más cargadas de emoción de lo que esperaba—. Es como si cada detalle, cada persona, estuviera conectada de alguna forma.

—Es porque lo estamos —respondió Moira, mirándome con una sonrisa—. No solo es una festividad, Ailsa. Es la oportunidad de recordarnos que somos parte de algo mayor, que la llegada del invierno es también un recordatorio de que estamos vivos y juntos.

El silencio que siguió a sus palabras estaba lleno de aceptación y paz, como si cada una de ellas entendiera la profundidad de aquel sentimiento. Yo también lo sentía, una conexión que iba más allá de la amistad o la camaradería; era como si cada gesto, cada risa compartida y cada corona trenzada formaran parte de un ritual de unión.

Esa noche, de regreso en la casa de Elspeth, no podía evitar sonreír al recordar el día. Sentada en la cocina, con un té caliente en las manos, dejé que la calidez del fuego y las historias del día llenaran mi mente. Elspeth, siempre atenta, se sentó a mi lado, su mirada dulce y sabia posándose sobre mí.

—Estás comenzando a encajar aquí, Ailsa. Es como si este lugar hubiera estado esperando por ti —dijo con una sonrisa tranquila, y en su mirada noté un destello de comprensión.

—Me siento en paz —respondí en voz baja, como si temiera que decirlo en voz alta rompiera el hechizo—. Como si, en este valle, cada cosa tuviera su razón de ser.

Elspeth asintió, su expresión satisfecha, como si cada palabra confirmara algo que ella ya sabía. Había en ella una sabiduría serena, una certeza que me daba seguridad y me recordaba que estaba en el lugar correcto.

—El invierno en Glencoe tiene ese poder —continuó—. Aquí el tiempo se mueve a su propio ritmo, y las estaciones nos enseñan a valorar lo que tenemos, a esperar lo que ha de

llegar.

La forma en que hablaba, pausada y profunda, hacía que mis pensamientos se calmaran, que el silencio entre nosotras fuera suficiente, lleno de una conexión que no requería palabras. Era como si Elspeth entendiera mis dudas y miedos sin necesidad de que los expresara, como si viera en mí algo que ni yo misma había logrado comprender aún.

Al día siguiente, nos reunimos nuevamente en el claro, y el trabajo continuó con la misma alegría y energía. Trenzábamos coronas, tejíamos cintas y decorábamos la aldea con ramas verdes y adornos coloridos. La nieve cubría los tejados y el suelo con un manto blanco que hacía que todo pareciera un cuadro de invierno. Los niños, que no podían esperar a la festividad, corrían entre nosotras y lanzaban bolas de nieve, provocando risas y gritos juguetones.

—¡Ailsa! ¿Qué tal si pruebas a hacer una corona tú sola esta vez? —me animó Moira con una sonrisa pícara—. Ya hemos visto que tienes buena mano para esto.

Reí, aceptando el desafío, y me concentré en trenzar las ramas, sintiendo cómo mis manos aprendían a seguir el ritmo natural de las fibras. Cada vez que alzaba la vista, las mujeres me sonreían o me ofrecían algún consejo, y yo sentía que, con cada lazo y cada nudo, me acercaba un poco más a ellas.

Al final del día, la aldea entera estaba decorada. Las coronas colgaban de las puertas, y las cintas rojas y verdes ondeaban en los marcos de las ventanas. El frío era intenso, pero el calor de la camaradería y el trabajo compartido me hacía olvidar el invierno. La celebración de las nieves ya estaba en el aire, impregnando cada rincón de Glencoe con una magia palpable.

Al regresar al hogar de Elspeth esa noche, me sentí abrumada por la gratitud. Era una sensación extraña, de plenitud, como si aquella aldea y su gente me hubieran dado algo invaluable: un lugar al que pertenecer.

Capítulo 8

Los días que pasaban en la aldea de Glencoe me enfrentaban a una adaptación tan fascinante como desafiante. Era como vivir en un equilibrio extraño entre lo conocido y lo misterioso, entre los instintos de la vida moderna y la sencillez de este mundo antiguo que me envolvía. Todo, desde las costumbres hasta la manera de hablar de las personas, tenía un ritmo distinto, una paz que yo misma sentía en cada respiración, como si el tiempo aquí fluyera más despacio.

A medida que se acercaba la celebración de las nieves, la aldea bullía de actividad, y cada persona tenía un papel definido en los preparativos. Me maravillaba ver cómo cada miembro del clan parecía saber exactamente qué hacer, cómo contribuir, sin necesidad de palabras. Era como si cada uno formara una pieza esencial de un engranaje mayor, y sus manos, sus gestos, incluso sus miradas, se movían en armonía. La vida cotidiana en Glencoe era sencilla, pero cada acto, por pequeño que fuera, parecía cargado de un propósito profundo.

Una mañana, mientras ayudaba a las mujeres con algunas coronas de pino cerca de la estructura de madera que habían levantado en la plaza, un ruido fuerte interrumpió el murmullo tranquilo del trabajo. Al volverme, vi a uno de los hombres, un joven de cabello oscuro y rostro sonrojado, mirando con frustración su mano izquierda, que sostenía con cuidado, mientras el martillo yacía roto en el suelo.

—¡Ah, maldición! —exclamó el joven, apretando los dientes por el dolor y sacudiendo la mano herida.

Me acerqué rápidamente, mi instinto de ayudar más fuerte que mi prudencia, y tomé su mano con cuidado. Él me miró sorprendido, pero dejó que revisara la herida sin objeciones. Tenía un corte superficial y comenzaba a enrojecerse; el golpe había sido fuerte, pero no parecía grave.

—Déjame ayudarte —le dije, con una sonrisa tranquilizadora mientras sacaba un paño limpio de mi bolsillo—. No parece grave, solo hay que limpiar la herida y aplicar un poco de presión.

El hombre, cuyo nombre había escuchado como Iain, sonrió con una mezcla de gratitud y vergüenza, y permitió que le envolviera la mano en el paño.

—Gracias, Ailsa. ¡Vaya torpeza la mía! —dijo, intentando disimular el dolor—. Este martillo estaba viejo, pero no pensé que fuera a romperse justo ahora.

Solté una risa suave y asentí, comprendiendo su frustración.

—No te preocupes, a todos nos pasa alguna vez. Si quieres, puedo llevar el martillo a la

fragua para que te lo arreglen —me ofrecí, sin darme cuenta de la mirada de las otras mujeres, que parecía esconder una chispa de interés.

—Eso sería muy amable, Ailsa. Connor seguramente podrá repararlo en un instante —dijo Iain, agradecido—. Y mientras tanto, cuidaré mejor de mis manos, te lo prometo.

Sonreí y tomé el martillo roto, que tenía el mango astillado y la cabeza desajustada. La fragua estaba en el extremo opuesto de la aldea, y aunque una parte de mí sentía cierto nerviosismo al pensar en enfrentarme a la mirada penetrante de Connor, la curiosidad y el deseo de conocer mejor este lugar ganaron la partida.

El camino hacia la fragua era breve, y mientras caminaba, observé la vida en la aldea con una especie de calma renovada. Las casas de piedra y madera, cubiertas de nieve en los tejados, se agrupaban en torno a la plaza como si buscaran el calor y la compañía mutua. El humo de las chimeneas dibujaba hilos oscuros en el cielo, mientras el sonido de las voces y el trabajo llenaba el aire con una serenidad que, cada día, se sentía menos ajena y más familiar.

Al llegar a la fragua, la puerta estaba entreabierta, y el calor y el sonido del metal resonaban en su interior. Me acerqué, asomándome con cuidado y, al mirar dentro, vi a Connor concentrado en su trabajo, sosteniendo un hierro al rojo vivo con unas pinzas mientras lo moldeaba con golpes precisos y fuertes. El fuego iluminaba su rostro y su figura con una intensidad que me dejó sin aliento, como si aquella imagen formara parte de una escena tan antigua como el tiempo mismo.

Connor alzó la vista al escuchar mis pasos, y sus ojos azules, tan fríos y profundos como un río en invierno, se posaron en mí con una mezcla de sorpresa y algo más, algo que hizo que el aire se sintiera más denso.

—Ailsa —dijo, su voz resonando en la pequeña fragua como un eco—. ¿Qué te trae por aquí?

Sujeté el martillo roto en alto, y di un paso adelante.

—Iain ha tenido un pequeño accidente y... parece que el martillo necesita algo de atención —respondí, intentando sonar natural aunque mi pulso latía con fuerza—. Pensé que podrías ayudarlo a repararlo.

Connor asintió con una leve sonrisa, dejando el hierro en el yunque para acercarse y tomar el martillo de mis manos. Sus dedos rozaron los míos al hacerlo, y un pequeño escalofrío recorrió mi piel. Tragué saliva, intentando mantener la compostura mientras él examinaba la herramienta con una mirada experta.

—Ah, sí, está bastante desgastado. —Su voz tenía una calidad pausada, como si estuviera deliberando cada palabra—. Le daré un nuevo mango y ajustaré la cabeza. No tardaré mucho.

Observé cómo se giraba hacia el banco de trabajo, donde tomó una pieza de madera y comenzó a darle forma con golpes precisos y seguros. El silencio en la fragua estaba cargado de una tensión extraña, un espacio de quietud que parecía llenarse con cada movimiento de sus manos. A pesar de la distancia entre nosotros, sentía la fuerza de su presencia, su concentración, y la serenidad con la que trabajaba.

—Parece como si nunca hubieses visto un sitio así. —comentó sin apartar la vista del trabajo—. ¿No hay fraguas del lugar donde provienes?

Sonreí suavemente, sin saber muy bien cómo responder a su observación. Era cierto; mi vida había estado llena de comodidades modernas, pero en aquel lugar, rodeada del calor del fuego y del sonido del martillo contra el hierro, sentía que lo antiguo y lo nuevo se entrelazaban de una forma que no podía ignorar.

—Es... diferente, sí —admití, con una sonrisa sincera—. Pero hay algo hermoso en este tipo de trabajo, en la manera en que las manos y el metal parecen conversar.

Connor me miró un instante, sorprendido, y asintió con una expresión de aprobación.

—Tenéis razón. La fragua requiere paciencia y respeto. Cada herramienta, cada pieza, necesita encontrar su forma. —Hizo una pausa, dejando que sus palabras resonaran en el espacio entre nosotros—. Aquí, cada cosa sigue un ritmo propio, un ritmo que no se apresura.

Su voz me atrapaba, como si cada palabra fuera una pieza de algo más profundo. No era solo la fragua, ni el martillo que reparaba con destreza. Era la filosofía, la calma en su mirada y la fuerza que irradiaba sin necesidad de imponerse. En ese momento, comprendí que la fragua era tanto un lugar de trabajo como un refugio, un espacio donde él se encontraba consigo mismo y con el mundo.

—Supongo que aprenderé a adaptarme —respondí, sintiendo una pequeña risa en mi pecho—. Estoy empezando a darme cuenta de que Glencoe tiene su propia magia.

Connor me observó, y en su mirada había una chispa de algo cercano, como si él también percibiera la atracción de un misterio que no necesitaba resolver. Terminado el trabajo, me entregó el martillo reparado, y nuestros dedos volvieron a rozarse. Era un toque sutil, pero sentí que una corriente se deslizaba entre nosotros, tan leve y fugaz como un suspiro.

—Aquí tienes. Iain podrá usarlo sin problema —dijo, con una leve sonrisa.

Tomé el martillo, agradeciéndole con un gesto, y nuestros ojos se encontraron una última vez antes de que me girara para marcharme. Mientras salía de la fragua, sentía en la piel el calor del fuego y, de algún modo, también el peso de aquella breve pero intensa conexión, como si entre las chispas del metal y el crepitar del fuego algo inexplicable hubiera surgido entre nosotros, algo que no necesitaba palabras para existir.

Capítulo 9

Los días previos a la gran celebración parecían teñidos de una atmósfera especial, una mezcla de anticipación y algo más profundo, algo que no podía nombrar pero que sentía en cada rincón de la aldea, en cada mirada intercambiada. Glencoe se había convertido en un espacio lleno de significados ocultos y, para mi sorpresa, un refugio que se sentía cada vez más como un hogar.

Mi relación con Connor, en particular, había comenzado a tomar un rumbo inesperado. No era solo la presencia constante del uno cerca del otro mientras ayudábamos con los preparativos o compartíamos silencios en la fragua. Era una conexión silenciosa, casi mágica, como si entre nosotros existiera un vínculo más allá de lo que las palabras podían explicar. Había una paz compartida en su cercanía, y sin embargo, una chispa inquietante que me hacía sentir viva y vulnerable al mismo tiempo.

Una tarde, mientras colgábamos unas cintas de colores y ramas de pino alrededor de la plaza, Connor y yo nos detuvimos a descansar bajo el refugio de unos abedules que creaban un rincón sombrío y tranquilo. El viento era fresco, y la nieve crujía bajo nuestros pies en cada paso. Connor se acomodó junto a mí, sus ojos de un azul intenso parecían perderse en las montañas a lo lejos.

—Este lugar parece diferente en esta época del año —murmuró, como si hablara más consigo mismo que conmigo—. Todo parece cobrar vida cuando llega el invierno, como si la nieve y el frío sacaran a relucir la verdadera esencia de estas tierras.

Asentí, observando el paisaje con la misma mezcla de asombro y respeto.

—Es increíble, sí... Es como si el invierno en Glencoe contuviera un hechizo, algo profundo y antiguo —susurré, sintiendo que mis palabras llevaban consigo más verdad de la que pretendía.

Connor me miró, sus ojos llenos de algo insondable. Un silencio cómodo se extendió entre nosotros, y al cabo de unos momentos, él habló con voz baja, casi en un susurro.

—¿Alguna vez has oído hablar de la leyenda de la mujer salvadora?

Sacudí la cabeza, intrigada por el tono de sus palabras.

—No... ¿Es una leyenda local?

Connor miró hacia las montañas, como si intentara encontrar respuestas entre sus picos nevados, y su expresión se tornó seria, cargada de un peso invisible.

—Dicen que, hace mucho tiempo, una profecía fue pronunciada sobre nuestro clan. Una anciana que pasó por el valle el verano pasado me contó que un día llegaría una mujer, una extranjera, y que su presencia traería consigo una salvación para nuestro clan... pero

también un gran peligro.

El viento soplaba suave, y sentí cómo mi corazón se aceleraba mientras las palabras de Connor resonaban en mi mente. Era como si cada frase se adentrara en mi interior, despertando un eco que aún no lograba comprender.

—¿Un peligro? —pregunté en voz baja, sin apartar la mirada de él.

Connor asintió, y en su rostro pude ver la sombra de la duda, de un temor que llevaba consigo desde hacía tiempo.

—La misma anciana me habló de una maldición que pesa sobre los MacDonald de Glencoe. Se dice que, hace siglos, una joven hechicera que habitaba estas tierras se enamoró del laird de nuestro clan. Pero él no la amaba, y la rechazó. Herida y llena de despecho, la hechicera lanzó una maldición sobre nuestro linaje: aseguró que un tiempo oscuro caería sobre todos los miembros del clan, una desgracia que arrasaría con todo el valle.

Me quedé en silencio, sintiendo un escalofrío recorrer mi piel. Las palabras de Connor despertaron en mi mente la historia que Morag me había contado sobre la masacre de Glencoe. Recordé cómo ella había hablado de la traición de los Campbell, de la nieve teñida de rojo y de las vidas perdidas en aquella tragedia. Sentí la urgencia de decirle algo, de explicarle lo que sabía... pero me detuve. No podía contarle esa historia, al menos no aún. No tenía manera de explicarle cómo había llegado a saber sobre algo que, para ellos, aún no había ocurrido.

—Es solo una leyenda —dijo Connor, como si intentara convencerse a sí mismo—. Pero a veces pienso que esta tierra, y la sangre de quienes la han habitado, está marcada por algo profundo, algo que escapa a nuestra comprensión.

Nos quedamos en silencio, cada uno perdido en sus propios pensamientos. La quietud del lugar, rota solo por el sonido del viento y el crujir de la nieve, parecía acentuar la gravedad de las palabras de Connor. Era como si, en ese rincón de Glencoe, el pasado y el presente se fusionaran, creando una tensión casi palpable.

—¿Tú crees en las maldiciones? —pregunté finalmente, rompiendo el silencio, mis palabras cargadas de una curiosidad genuina.

Connor me miró, y en su mirada vi un atisbo de algo más que duda, algo que mezclaba temor y esperanza en partes iguales.

—No lo sé —respondió, su voz baja—. Pero también creo que todo lo que hacemos tiene consecuencias, que las acciones del pasado nos alcanzan de alguna manera, aunque no podamos entenderlo. Y si esta profecía es real... —hizo una pausa, como si las palabras fueran demasiado pesadas para ser pronunciadas—. Si lo es, entonces la llegada de esa mujer podría cambiarlo todo.

El peso de sus palabras se extendió entre nosotros, y en mi pecho sentí una mezcla de inquietud y fascinación. Me pregunté, no por primera vez, si mi llegada a Glencoe no sería algo más que una coincidencia, si de alguna manera la historia de aquel lugar me había estado esperando. La idea de la profecía, de la maldición, de que mi presencia pudiera traer alguna salvación o peligro, era inquietante, pero no podía ignorar que me sentía vinculada a este lugar, como si fuera un hilo invisible que se enredaba cada vez más en mi alma.

—Quizás... —comencé, sin estar segura de cómo continuar—. Quizás las leyendas son solo eso, historias que nos ayudan a entender lo que no podemos explicar.

Connor asintió, pero en sus ojos vi que mis palabras no disipaban del todo sus temores. Era como si él, también, sintiera en lo profundo que el destino tenía otros planes para el clan, y quizás también para nosotros.

La tarde comenzó a oscurecerse, y una ligera nevada cubrió el paisaje de un velo blanco. Ambos nos levantamos y continuamos con los preparativos en la plaza, pero aquella conversación permanecía en mi mente, creando una sombra que se cernía sobre el brillo de la aldea. No podía dejar de pensar en la profecía, en la posibilidad de que mi llegada tuviera un propósito más grande del que jamás había imaginado.

Mientras regresábamos a casa, mi mente no dejaba de darle vueltas a nuestra conversación. Sentía que en sus palabras había una verdad que escapaba a mi comprensión, y que, sin saberlo, me había sumergido en algo que no podía controlar. La historia de la maldición, de la traición de la hechicera y del tiempo oscuro que se cernía sobre el clan, se mezclaba con la historia que Morag me había contado, formando un rompecabezas que aún no lograba encajar.

¿Podría cambiar la historia? Conocía el futuro, por así decirlo, y sabía la fecha exacta en la ocurriría todo. Tal vez podría impedirlo o salvarlos a todos de algún modo. Uno que no acabe con mis huesos en una hoguera o colgada de un árbol por brujería.

Me acosté esa noche con el peso de la incertidumbre en el pecho, y mientras el sueño se apoderaba de mí, mi última imagen fue la de los ojos de Connor, llenos de preguntas que él mismo no sabía cómo responder. Algo me decía que estábamos a punto de descubrir mucho más de lo que esperábamos, y que nuestra conexión, esa atracción inexplicable que sentíamos, formaba parte de un destino que estaba esperando ser revelado.

Capítulo 10

La noche de la celebración llegó envuelta en una niebla suave, como si el valle de Glencoe hubiera decidido guardarnos en un abrazo silencioso y mágico. La nieve cubría la aldea con un manto blanco y puro, reflejando la luz de las antorchas que iluminaban cada rincón de la plaza. Las guirnaldas de pino y las cintas de colores ondeaban con la brisa ligera, creando una danza suave junto al murmullo de risas y voces que se alzaban bajo el cielo estrellado. Cada detalle, cada adorno, había sido colocado con esmero, y la aldea irradiaba una alegría tan cálida que parecía desafiar el frío de la noche.

Me encontraba de pie junto a Elspeth, observando a los aldeanos que, uno a uno, iban acercándose a la plaza. Los niños corrían de un lado a otro, sus risas resonaban entre las casas, mientras los adultos se agrupaban en pequeños círculos, compartiendo historias y brindis de bienvenida a la nueva estación. Sentía una mezcla de emoción y paz, como si estuviera a punto de vivir algo que llevaba toda la vida esperando, aunque no podía decir con certeza qué.

—¿Estás disfrutando, Ailsa? —preguntó Elspeth, observándome con una sonrisa dulce, su mirada llena de afecto.

—Es hermoso, Elspeth. Nunca había sentido algo así —respondí, sin poder ocultar la emoción en mi voz—. Todo esto... la gente, la música, el paisaje. Se siente como si formara parte de algo que había estado buscando sin saberlo.

Elspeth me miró con ojos cálidos y asintió, como si mis palabras confirmaran algo que ella ya intuía.

—Glencoe tiene una manera especial de envolver a quien está destinado a ser parte de su historia —dijo en voz baja, su mirada perdida en la plaza—. Ahora, ve y disfruta. Esta noche es para todos, y tú también tienes un lugar en ella.

Asentí, dándole un abrazo agradecido, y avancé hacia la plaza, donde los primeros acordes de una música suave comenzaban a llenar el aire. La melodía era antigua, algo que resonaba con los ecos de un tiempo pasado, un compás que parecía conectar a todos los presentes en un mismo ritmo. Me dejé llevar por la música, mis pasos lentos y cuidadosos al principio, mientras observaba a las parejas que ya se movían al son de la danza.

Fue entonces cuando lo vi, de pie al otro lado de la plaza. Connor estaba allí, vestido con una túnica de lana oscura, su figura alta y firme destacando entre la multitud. Su rostro estaba iluminado por las antorchas, y su mirada, intensa y profunda, se encontró con la mía en un instante que pareció detener el tiempo. El bullicio y las risas alrededor se desvanecieron, y sentí que, por un momento, estábamos solos en aquel lugar, como si el

mundo entero hubiera desaparecido y solo quedáramos él y yo, unidos por un hilo invisible.

Connor dio un paso hacia mí, y luego otro, sus ojos nunca apartándose de los míos. Sentí el corazón palpitar con fuerza, cada latido resonando en mis oídos, mientras él se acercaba hasta quedar frente a mí, su expresión cargada de algo que no necesitaba palabras. Sin decir nada, extendió su mano hacia mí, y, sin pensarlo, la acepté, sintiendo el calor de su palma envolver la mía con una firmeza que me llenaba de una extraña seguridad.

La música continuó, envolviéndonos en su compás lento y evocador, y Connor me guio hacia el centro de la plaza, donde comenzamos a danzar al ritmo de aquella melodía. Sus manos eran firmes y seguras en mi cintura, y yo me dejé llevar, olvidando cualquier pensamiento o duda. Cada giro, cada paso, nos acercaba más, y en sus ojos veía reflejados mis propios sentimientos, una mezcla de asombro y deseo que parecía arder entre ambos.

—No puedo dejar de pensar en la primera vez que te vi —murmuró Connor, su voz un susurro que se mezclaba con la música—. Desde entonces, sentí que había algo especial en ti, algo que no logro entender, pero que no quiero perder.

Sus palabras me envolvieron como un abrazo, y sentí que el mundo desaparecía, que solo existíamos nosotros, moviéndonos en aquella danza que parecía unirnos en algo más profundo que un simple baile.

—Yo siento lo mismo —respondí en un susurro, sin apartar mis ojos de los suyos—. No entiendo lo que sucede, pero... no quiero que termine.

Connor me miró con una intensidad que me dejó sin aliento, sus manos en mi cintura apretándose ligeramente, como si necesitara asegurarse de que yo estaba allí, real y tangible, compartiendo aquel momento. El mundo a nuestro alrededor se desvanecía, y todo lo que existía era la conexión inexplicable que nos unía, una atracción que iba más allá de lo que podía entender. Sentía una paz profunda, como si al estar con él, todo en mi vida cobrara sentido.

—Ailsa —susurró mi nombre, su voz cargada de una emoción que hacía eco en mi propio pecho—. No sé lo que traerá el mañana, pero esta noche, aquí y ahora... esto es lo único que importa.

Asentí, incapaz de hablar, y dejamos que la música nos envolviera, nuestros cuerpos moviéndose en perfecta armonía. Sentía el calor de su mano en la mía, la firmeza de sus brazos que me sostenían, y el latido de su corazón a través del silencio que nos envolvía. Cada giro, cada paso, parecía intensificar esa conexión, esa sensación de que estábamos destinados a encontrarnos en aquel lugar, en aquella noche que quedaría grabada en mi memoria para siempre.

De reojo, vi a Elspeth, que observaba desde el borde de la plaza, su expresión reflejando

una mezcla de emoción y esperanza. La sonrisa en sus labios y el brillo en sus ojos me decían que para ella, aquella danza significaba algo más, algo que iba más allá de una simple celebración. Sentí que, de alguna manera, Elspeth también entendía el misterio que nos unía a Connor y a mí, y que en su mirada había un reconocimiento y una aceptación que me llenaban de gratitud.

La música continuó, y cada paso de la danza se convertía en una promesa silenciosa. Sentía que nuestras almas se comunicaban en un idioma que no necesitaba palabras, un idioma hecho de miradas, de suspiros y de silencios compartidos. Con cada giro, cada movimiento, la conexión se hacía más fuerte, hasta que todo lo demás se desvaneció, y solo quedamos él y yo, envueltos en la magia de aquella noche invernal.

Finalmente, la música se desvaneció en el aire, y nos quedamos quietos, todavía tomados de la mano, nuestras respiraciones sincronizadas en el silencio de la plaza. Los aplausos y las risas de los aldeanos rompieron el encanto, pero yo seguía perdida en sus ojos, incapaz de romper aquel hechizo que nos envolvía.

—Gracias, Ailsa —murmuró, su voz baja y sincera, como si aquellas palabras llevaran consigo un significado mucho más profundo—. Esta noche... me has dado algo que creía perdido.

Una ola de emoción me atravesó, y supe que él había sentido lo mismo, que aquella danza había sido mucho más que un simple baile. Había sido una promesa, una aceptación de algo que habíamos comenzado a construir sin darnos cuenta. Nos quedamos así, mirándonos en silencio, hasta que, finalmente, Connor entrelazó su mano con la mía, y nos alejamos juntos, en busca de algún rincón tranquilo donde la magia de la noche pudiera continuar envolviéndonos.

Mientras caminábamos, sentía que, en aquella noche invernal, en el centro de la celebración, algo había cambiado para siempre.

Capítulo ii

La noche parecía haberse detenido en una calma serena mientras Connor y yo caminábamos juntos, sin rumbo fijo, dejando que nuestros pasos nos llevaran a donde quisieran. La tenue luz de las antorchas iluminaba el camino, creando sombras danzantes que reflejaban la magia de la celebración, el aire impregnado del aroma a pino y a leña quemada. Cada paso que daba junto a él me hacía sentir como si el suelo bajo mis pies estuviera cargado de algo más, de un significado profundo que no necesitaba explicación.

Sentía su mano en la mía, fuerte y segura, y en aquel gesto sencillo, hallaba una promesa que no necesitaba palabras. No hablábamos, y sin embargo, el silencio entre nosotros era elocuente, como si nuestros cuerpos y nuestras almas se comunicaran a través de un lenguaje antiguo, un idioma hecho de suspiros y miradas. Era un sentimiento abrumador, pero al mismo tiempo, me envolvía con una paz que nunca había sentido antes.

La celebración quedaba a nuestras espaldas, y el bullicio se desvanecía a medida que nos alejábamos del centro de la aldea, dejando solo el sonido de nuestros pasos y el susurro del viento que acariciaba las ramas de los árboles. La nieve crujía bajo nuestros pies, y el frío de la noche parecía haber dejado de importarme; el calor de su cercanía lo llenaba todo, como un fuego suave que ardía en mi pecho y me hacía sentir viva.

Sin darme cuenta de hacia dónde nos dirigíamos, de repente nos encontramos frente a la fragua. La puerta de madera estaba cerrada, pero en lo alto, justo sobre la entrada, había un ramillete de muérdago anudado con una cinta roja que alguien había colgado allí, una tradición que me hizo sonreír. Era una pequeña rama, sencilla, pero su significado se sentía como una invitación, una promesa tácita que pendía sobre nosotros como un eco de las generaciones que habían habitado estas tierras.

Connor se detuvo frente a la puerta y, sin soltar mi mano, me miró con una intensidad que me dejó sin aliento. Sus ojos reflejaban una mezcla de deseo y vulnerabilidad, y sentí que mi corazón latía con fuerza, llenando el silencio entre nosotros con un ritmo que ambos parecíamos escuchar.

—Ailsa —murmuró, su voz profunda y suave, apenas un susurro en la noche.

No dijo nada más, pero sus ojos, sus labios entreabiertos, me decían todo lo que las palabras no podían. Mi respiración se volvió más lenta, más intensa, mientras lo miraba con una mezcla de asombro y certeza. En ese instante, supe que no había marcha atrás. Algo había cambiado entre nosotros, algo que habíamos sentido desde el primer momento y que ahora se hacía inevitable.

Connor se inclinó hacia mí, y sentí su aliento cálido, un roce suave que me hizo

estremecer. Sus labios se acercaron, y cuando finalmente me besó, fue como si el mundo entero se desvaneciera. El beso fue lento al principio, lleno de una ternura que me desarmó por completo, pero en cuanto nuestras bocas se encontraron, algo profundo y salvaje se encendió entre nosotros. Era como si el beso fuera un reconocimiento, un reencuentro de algo que ambos habíamos estado esperando, algo que nuestras almas reconocían y anhelaban desde mucho antes.

Mis manos subieron a su rostro, acariciando su piel con una suavidad que me parecía extraña, y en aquel gesto sentí una familiaridad inexplicable, como si sus besos, su presencia, formaran parte de mí desde siempre. Su brazo me envolvió con una firmeza que me hacía sentir segura, y la calidez de su cuerpo contra el mío despertaba una corriente que recorría cada rincón de mi piel, llenándome de un deseo que parecía arder en lo más profundo de mi ser.

El beso se tornó más intenso, más urgente, y sentí cómo Connor me acercaba a él, como si quisiera fundirse en un solo ser, como si el tiempo y el espacio no existieran. Nos movimos sin pensar, guiados por una necesidad que no podía ser ignorada, y sin darnos cuenta, nos adentramos en la fragua, el sonido de la puerta al cerrarse detrás de nosotros apenas un susurro en medio de la pasión que nos envolvía.

Dentro, el calor residual de las brasas se sentía en el ambiente, mezclado con el aroma a hierro y madera quemada, creando una atmósfera que intensificaba cada emoción, cada sensación. Connor me miraba con una mezcla de deseo y devoción, sus ojos buscando los míos en un gesto que parecía una pregunta, una invitación a algo que ambos sabíamos que iba más allá de lo físico.

Me acerqué de nuevo a él, sintiendo cómo mi respiración se aceleraba, y lo besé con una intensidad que no reconocía en mí, un deseo profundo que parecía surgir de algún lugar oculto, un impulso que no podía negar. Él respondió con la misma pasión, sus manos recorriendo mi espalda con un fervor que encendía mi piel, despertando en mí una necesidad que nunca había experimentado. Era como si en aquel beso, en aquel abrazo, encontráramos algo que habíamos estado buscando sin saberlo.

Pero, de repente, ambos nos detuvimos, nuestras respiraciones entrecortadas llenando el silencio de la fragua. Nuestros rostros quedaron tan cerca que podía sentir el roce de su aliento en mi piel, el calor de su mirada que me envolvía con una promesa silenciosa, una promesa que ambos entendíamos pero que aún no pronunciábamos en voz alta.

Connor apoyó su frente en la mía, y en el susurro de aquel contacto, sentí la calma regresar a nuestros cuerpos, una calma que contenía la promesa de algo más, algo que aún no estábamos listos para enfrentar, pero que ambos sabíamos que no se disiparía.

—Ailsa —murmuró, su voz baja y profunda, cargada de una emoción que resonaba en

cada fibra de mi ser—. No sé cómo explicar esto... lo que siento por ti, pero es como si llevara toda la vida esperando este momento.

Lo miré a los ojos, sintiendo el mismo sentimiento latir en mi pecho, un reconocimiento que iba más allá de las palabras. No sabía cómo expresar lo que sentía, cómo poner en palabras la intensidad de aquella conexión, pero en sus ojos encontré la certeza de que él también lo entendía.

—Me siento igual... —susurré, mi voz apenas un murmullo en la quietud de la noche.

Nos quedamos así, en silencio, aún tomados de la mano, la calidez de su piel en la mía llenándome de una paz que contrastaba con el torbellino de emociones que había despertado entre nosotros. Era una promesa sin palabras, una certeza que nos unía de una manera inexplicable.

Finalmente, Connor acarició mi mejilla con la suavidad de una caricia que parecía decir todo lo que no podíamos expresar, y con una sonrisa leve, me guio hacia la puerta de la fragua, como si el simple hecho de salir juntos sellara un pacto silencioso.

La noche nos recibió con su calma invernal, y mientras caminábamos de regreso a la plaza, sentí que el aire se llenaba de una magia nueva, una promesa que había nacido en aquel beso, en la cercanía de la fragua, y que no dejaría de latir en nuestros corazones.

Capítulo 12

El amanecer llegó con una niebla suave que cubría las montañas de Glencoe, difuminando los contornos y llenando el valle de un misterio silencioso. Cuando Connor vino a buscarme, la luz matinal apenas comenzaba a iluminar la aldea, y el frío de la noche aún se aferraba al aire. Me encontré con él en la plaza, donde su figura alta y fuerte me esperaba con una sonrisa tranquila, una calidez que contrastaba con el paisaje helado.

—Ven conmigo —dijo en voz baja, extendiendo su mano hacia mí.

Sin dudarlo, entrelacé mis dedos con los suyos, dejándome guiar mientras caminábamos juntos por el sendero que bordeaba el valle. El entorno estaba lleno de una paz palpable, rota solo por el sonido de nuestras pisadas y el susurro de nuestras respiraciones. A medida que avanzábamos, el paisaje cambiaba, mostrando colinas cubiertas de nieve y árboles cuyas ramas desnudas parecían tocar el cielo. La belleza salvaje y tranquila de Glencoe se desplegaba ante nosotros, y sentí que el simple hecho de estar allí, junto a él, era un regalo en sí mismo.

—Este es uno de mis lugares favoritos —comentó Connor, señalando hacia una pequeña loma desde la que se podía ver todo el valle—. Desde aquí, puedes ver cómo la aldea se convierte en una parte del paisaje, como si siempre hubiera estado aquí, como si fuera una extensión de las montañas y el río.

Observé el lugar con asombro, dejando que la inmensidad de Glencoe me envolviera. Todo se sentía eterno, como si el tiempo no tuviera cabida en aquel rincón, y una paz profunda se apoderó de mí. Era como si cada detalle, cada piedra y cada árbol, estuvieran impregnados de la historia y las emociones de quienes habían vivido allí antes, y sentí que me estaba convirtiendo en parte de esa historia, de esa conexión.

Connor me miró de reojo, su expresión seria pero suave, y después de un silencio, habló con una voz que llevaba consigo una intensidad que resonaba en mi propio pecho.

—Ailsa, desde que llegaste... no puedo dejar de pensar en ti. —Hizo una pausa, y pude ver el brillo de sus ojos, una mezcla de vulnerabilidad y deseo que me dejó sin aliento—. Nunca antes había sentido algo así, tan intenso. Todo lo que quiero es estar contigo, besarte otra vez... y mucho más.

Mi corazón latía con fuerza, cada palabra suya despertaba en mí un deseo que me hacía temblar. Pero también vi la lucha en sus ojos, la batalla entre lo que quería y lo que creía correcto, y eso solo hizo que mi cariño por él se intensificara aún más. Connor no era un hombre que tomara sus deseos a la ligera; su respeto, su honor, eran parte de él, tan inseparables como su fuerza y su gentileza.

—Connor... —comencé, mi voz apenas un susurro en el silencio del bosque—. No tienes que preocuparte por mi "virtud", como dices. En el lugar de donde vengo, las mujeres no necesitan esperar a estar casadas para compartir algo tan íntimo con alguien.

Él me miró, su expresión sorprendida pero curiosa, y supe que mis palabras le revelaban un mundo que para él era extraño y nuevo.

—¿Eso es verdad? —murmuró, una leve sonrisa asomando en sus labios—. En mi mundo, una mujer como tú, alguien tan pura... —Se interrumpió, bajando la vista como si no encontrara las palabras—. Lo que quiero decir es que no quisiera faltarte al respeto. No quiero que pienses que no te valoro.

Sentí una ternura profunda por él, por su manera de respetarme a pesar de lo que sentía, a pesar de la atracción que era innegable entre ambos. Me acerqué a él, mi mano rozando suavemente su mejilla, obligándolo a mirarme a los ojos, a ver la verdad en ellos.

—No tienes que preocuparte. Yo también te deseo, y no quiero que lo nuestro se vea manchado por ninguna idea de lo que es o no correcto. Sé lo que quiero, y eso... eso eres tú.

Sus ojos se oscurecieron al escuchar mis palabras, y en ese momento, vi cómo sus deseos y su voluntad luchaban entre sí, cómo el respeto que sentía hacia mí competía con la pasión que ardía en su interior. Él acarició mi rostro, sus dedos deslizándose por mi mejilla, por mi mandíbula, con una suavidad que hizo que mi corazón diera un vuelco.

—He esperado mucho tiempo para sentir algo así —murmuró, sus palabras apenas un susurro entre nosotros—. Quiero hacer las cosas bien, darte el tiempo y el espacio que mereces, porque... porque tú eres diferente. Eres especial para mí, más de lo que puedo explicar.

Sus labios rozaron los míos, y en aquel toque suave, en la manera en que sus manos me sostenían, sentí todo lo que él intentaba decirme. Fue un beso cargado de promesas, de una devoción que no necesitaba explicaciones, y respondí con la misma intensidad, dejándome llevar por la calidez de su cuerpo, por la manera en que nuestros deseos se entrelazaban en aquel momento perfecto.

Nos separamos lentamente, nuestras respiraciones entrecortadas en la quietud del bosque, y vi en sus ojos una mezcla de amor y deseo que me llenó de una paz profunda.

—Quiero darte todo lo que eres para mí, Ailsa —susurró, su voz firme pero suave, una promesa que resonaba en el aire—. Pero no aquí, no en medio del bosque. Mereces algo mejor, un lugar donde podamos ser solo nosotros, sin prisas ni preocupaciones.

Mi corazón se llenó de una calidez indescriptible, y asentí, comprendiendo la verdad en sus palabras. Connor no era solo un deseo pasajero; era una promesa, un refugio que había encontrado en un lugar y en un tiempo que jamás hubiera imaginado. En ese momento, supe que no importaba cuánto tuviera que esperar, porque lo que sentíamos el uno por el

otro era más grande que el tiempo, más fuerte que cualquier barrera.

—Esperaré, Connor —prometí con una sonrisa que reflejaba la misma paz que él me transmitía.

Él me abrazó, y en aquel gesto sentí la promesa de todo lo que aún estaba por venir, una conexión tan profunda que me hacía sentir como si el tiempo y el espacio no existieran. Era solo él y yo, en aquel rincón de Glencoe, compartiendo un amor que parecía resonar con las mismas montañas y los ríos que nos rodeaban.

Nos quedamos así, envueltos en el silencio y en la certeza de lo que ambos queríamos, y mientras el sol ascendía lentamente en el horizonte, iluminando el valle con su luz dorada, supe que nuestro amor era algo que había estado esperando toda mi vida.

Capítulo 13

El día amaneció fresco y claro, con un sol tímido que intentaba abrirse paso entre las nubes grises que cubrían el valle. Aún podía sentir en mi piel el calor de la cercanía con Connor, su promesa latente en cada rincón de mis pensamientos, y aquella paz me acompañaba mientras caminaba junto a Elspeth por el sendero que llevaba al molino de la aldea. El aire estaba impregnado de una fragancia fresca, con el aroma suave del trigo que habíamos recogido y de la tierra húmeda bajo nuestros pies. La presencia de Elspeth, siempre serena y sabia, me daba una sensación de consuelo, una conexión familiar que no había sentido en años.

El molino era una construcción de piedra sencilla, robusta y resistente, con una gran rueda de madera a un lado, lista para girar con la fuerza del agua del río. Mientras nos acercábamos, escuché el murmullo constante del agua que fluía, un sonido que parecía resonar en armonía con el ambiente, como si el molino fuera una extensión más del paisaje de Glencoe.

Elspeth me condujo al interior, donde los rayos de sol se filtraban por las pequeñas ventanas, llenando el lugar de una luz cálida y tranquila. El polvo de las semillas flotaba en el aire, y la fragancia del grano me envolvía, despertando un sentimiento de nostalgia por algo que nunca había vivido.

—Vamos, Ailsa, quiero que aprendas a usar el molino —dijo Elspeth con una sonrisa amable, y sus palabras tenían el tono de una madre que enseña a su hija algo importante, una habilidad que llevaría consigo por el resto de sus días.

Me sentí emocionada por su confianza, y la seguí hasta el centro de la habitación, donde estaba el molino de mano, una gran piedra circular con un eje que la unía a otra piedra fija. Elspeth se colocó a un lado y me mostró cómo colocar las semillas en el hueco superior, mientras sus manos, firmes pero cuidadosas, dirigían mis movimientos con una paciencia infinita.

—El secreto está en girar la piedra con suavidad pero con constancia —me explicó, colocando mis manos en el borde del molino—. Así, el grano se muele sin esfuerzo, dejándonos la harina perfecta para el pan.

Giré la piedra con algo de torpeza al principio, pero pronto comencé a encontrar el ritmo, sintiendo cómo las semillas se rompían bajo el peso de la piedra y se convertían en harina fina que caía en un cuenco de madera. La tarea era sencilla, pero había algo reconfortante en el proceso, algo que me conectaba con la tierra y con las mujeres que, a lo largo de generaciones, habían hecho lo mismo para alimentar a sus familias.

Mientras trabajábamos, Elspeth se quedó en silencio, observándome con una mirada tranquila y afectuosa. Sentía que quería decirme algo, y cuando finalmente habló, su voz era suave, llena de una calidez que me hizo detenerme y mirarla a los ojos.

—Ailsa, sé que entre tú y mi hijo ha surgido algo especial. —Sus palabras eran un susurro, pero en sus ojos vi un brillo de ternura, de una felicidad contenida que me llenó de emoción—. He visto a Connor más vivo estos últimos días, con una luz en los ojos que no le veía desde hace años.

Sentí un nudo en la garganta al escucharla, y una emoción indescriptible me llenó por completo. Elspeth no solo había notado lo que había entre nosotros; también parecía aceptarlo y, de alguna forma, comprenderlo en un nivel que yo misma aún no podía definir. La idea de que ella estuviera feliz por nosotros me daba una paz profunda, como si en sus palabras hubiera una bendición que no necesitaba pronunciar.

—Elspeth... —murmuré, sin saber exactamente qué decir, pero queriendo expresar lo agradecida que me sentía.

Ella posó su mano en la mía, un gesto lleno de amor maternal que me conmovió hasta el alma.

—No tienes que decir nada, querida. —Su sonrisa era serena, y en sus ojos vi la misma mirada de compasión y sabiduría que tantas veces me había reconfortado desde mi llegada —. Quiero darte las gracias, Ailsa. Gracias por devolverle la ilusión a mi hijo, por hacerle recordar que la vida aún puede ser hermosa.

El peso de sus palabras me hizo sentir una conexión profunda con ella, un lazo que trascendía el tiempo y el lugar. El amor de una madre, la gratitud que expresaba por algo que, en mi vida anterior, jamás hubiera imaginado que estaría ofreciendo. Sentí la necesidad de abrirme, de contarle la verdad, de explicarle quién era y cómo había llegado allí, pero las palabras se quedaron atascadas en mi garganta, atrapadas por la mezcla de emociones y el miedo a que ella no pudiera entenderme.

—Elspeth... hay tantas cosas que quisiera contarte, cosas que quizás no tengan sentido —susurré, bajando la mirada, incapaz de sostener la intensidad de su ternura.

Ella me observó en silencio, su expresión comprensiva y paciente, como si ya supiera que cargaba con un secreto, pero estuviera dispuesta a darme el tiempo necesario para abrirme. Acarició mi mano, su toque suave y reconfortante.

—Cuando estés lista, Ailsa, siempre estaré aquí para escuchar lo que quieras compartir. —Su tono era tranquilizador, como si me diera permiso para guardar mis secretos sin juzgarme.

Estuve a punto de confesarlo todo, de revelarle mi procedencia y la misteriosa carta que me había traído hasta allí, pero justo en ese instante, un grupo de mujeres de la aldea entró

en el molino, trayendo consigo risas y el bullicio de la vida cotidiana. La magia del momento se rompió, y vi cómo Elspeth me dedicaba una última mirada cargada de entendimiento antes de girarse para saludar a las recién llegadas.

—¡Buen día, queridas! —exclamó Moira, quien lideraba el grupo.

Las demás mujeres me sonrieron, y me sentí envuelta en su calidez, en la bienvenida implícita de sus gestos. Me uní al trabajo en el molino, ayudándolas a volcar más semillas en la piedra y a recoger la harina que se iba acumulando en los cuencos. Pero mientras trabajaba, el peso de mis pensamientos no desaparecía. La necesidad de contar la verdad seguía latente, y aunque la ocasión ya no era la misma, algo en mí sabía que ese momento llegaría pronto.

Elspeth me observaba de vez en cuando, sus ojos llenos de una sabiduría tranquila, como si entendiera las dudas que me atormentaban sin necesidad de que yo pronunciara una sola palabra. Me hacía sentir aceptada, como si en su corazón ya hubiera un lugar para mí, y aquello me llenaba de gratitud y de una ternura que me era difícil de contener.

Mientras el sol subía en el cielo, inundando el molino con su luz dorada, supe que en algún momento le contaría la verdad. La idea de confesarle a Elspeth, y quizás incluso a Connor, cómo había llegado a su mundo y por qué, era una decisión que pesaba sobre mí, una responsabilidad que necesitaba enfrentar con el tiempo y la paciencia que su confianza me brindaban. No era algo que pudiera apresurar, pero el amor y la comprensión que ambos me habían ofrecido me llenaban de valor, y supe que algún día, quizás muy pronto, estaría lista para compartir mi historia.

Capítulo 14

La mañana era cálida y luminosa, y el sol se filtraba suavemente entre las ramas de los árboles mientras me dirigía hacia la fragua, donde sabía que Connor estaría trabajando. Mis pasos eran lentos, casi inseguros, y sentía una mezcla de emoción y nerviosismo que me llenaba por completo. Todo lo que había sentido en los últimos días, cada mirada compartida, cada caricia y cada promesa implícita, había despertado en mí un deseo que no podía ignorar, un anhelo que me arrastraba hacia él, hacia esa conexión inexplicable que latía entre nosotros.

Al llegar a la entrada de la fragua, me detuve, sin atreverme a entrar de inmediato. Desde donde estaba, podía ver a Connor concentrado en su trabajo, con el torso desnudo, sus músculos tensos y brillantes por el sudor bajo la luz rojiza del fuego. El calor de la fragua parecía envolverlo, y cada movimiento suyo, cada golpe del martillo sobre el metal, era una demostración de fuerza y destreza que me dejaba sin aliento. Observé cómo sus brazos se movían con precisión, cómo su cuerpo entero parecía responder a un ritmo propio, como si él y la fragua formaran una sola entidad, un universo en sí mismo.

Me quedé allí, en las sombras, incapaz de apartar la mirada, sintiendo cómo mi corazón latía con fuerza mientras lo veía trabajar. Había algo hipnótico en la manera en que se movía, en su concentración y en la serenidad que emanaba a pesar del esfuerzo físico que estaba realizando. Era como si cada golpe de martillo, cada chispa que brotaba del metal incandescente, fuera un eco de lo que sentía por él, de la pasión que ardía en mi interior y que no podía seguir conteniendo.

Sin pensar, di un paso adelante, saliendo de las sombras y dejándome ver. Connor alzó la vista al notar mi presencia, y su rostro se iluminó con una sonrisa amplia y sincera que hizo que mi corazón se acelerara aún más. Sus ojos se posaron en mí con una intensidad que me atravesó como un rayo, y en ese instante, todo lo demás dejó de importar. Él era mi ancla, mi refugio en aquel mundo desconocido, y la fuerza de ese vínculo me hacía olvidar, aunque fuera por un momento, la locura de estar en un tiempo al que no pertenecía.

—Ailsa —murmuró, dejando el martillo a un lado y acercándose a mí con pasos seguros y decididos.

Antes de que pudiera responder, sus manos me rodearon con firmeza y, en un impulso irrefrenable, sus labios se unieron a los míos en un beso apasionado, un beso que parecía contener toda la tensión, todo el deseo y la ternura que habíamos compartido en los últimos días. Sentí cómo el calor de su cuerpo se extendía por el mío, cómo cada caricia y cada roce despertaban en mí sensaciones que nunca había experimentado. Era una

atracción irrefrenable, una fuerza que me impulsaba a seguir, a entregarme sin reservas a aquella conexión que parecía traspasar el tiempo y la razón.

El beso se volvió más intenso, más profundo, y mi mente se llenó de un torbellino de emociones que me hacía temblar. No podía evitar pensar en lo improbable de todo aquello, en lo absurdo y maravilloso que era estar allí, en un tiempo que no era el mío, en los brazos de un hombre que parecía haber sido creado para mí. Connor me miró a los ojos, sus manos firmemente en mi cintura, y en su mirada vi un deseo y una ternura que me hicieron sentir amada y deseada de una manera que jamás había imaginado.

—Llevo tanto tiempo soñando contigo... —susurró, su voz apenas un murmullo entre nosotros—. Desde mucho antes de que llegaras a esta aldea, a mi vida. No entendía esos sueños, no comprendía por qué aparecías en mi mente, pero ahora todo cobra sentido.

Sus palabras me dejaron sin aliento, y sentí cómo una oleada de emoción y gratitud me invadía. Saber que yo había estado en sus sueños, que de algún modo él me había esperado, hacía que todo aquello se sintiera aún más especial, como si el destino mismo nos hubiera unido en aquel rincón de la historia. Connor acarició mi rostro, sus dedos deslizándose suavemente por mi piel, y supe, en ese instante, que no había vuelta atrás, que lo que sentía por él era algo que me había estado esperando desde siempre.

—Connor, esto... esto es una locura —susurré, sin poder evitarlo, mientras mis manos recorrían su espalda, sintiendo la calidez de su piel y la fuerza de su cuerpo contra el mío—. Todo esto... tú y yo... como si siempre hubieras sido parte de mí.

Él sonrió, su mirada llena de ternura y comprensión, y sin decir nada más, me guio hacia un pequeño camastro en la parte trasera de la fragua. Sentí cómo el mundo entero se desvanecía, cómo la fragua y el calor del fuego se convertían en el único universo que importaba. Connor me acarició con una suavidad que contrastaba con la fuerza de sus manos, con el fervor que ardía en sus ojos, y cada caricia, cada susurro, despertaba en mí una intensidad que me dejaba sin palabras.

Hicimos el amor con una pasión y una entrega que me hacían sentir como si mi alma se fundiera con la suya, como si cada parte de mi ser estuviera destinada a estar allí, con él, en aquel lugar perdido en el tiempo. Cada caricia, cada beso, me hacía olvidar el mundo exterior, me hacía sentir que no existía nada más allá de sus brazos y de la promesa que sus labios sellaban en mi piel. Era un acto de amor y de entrega, una promesa silenciosa de que, sin importar de dónde viniera o a dónde me llevara el destino, él siempre sería mi refugio.

Cuando finalmente descansamos, envueltos en el silencio de la fragua y en la calma que solo se encuentra tras una entrega tan completa, Connor me abrazó, su respiración aún acelerada y sus ojos fijos en los míos. Sentí su corazón latir contra el mío, y supe que en ese instante había encontrado algo que trascendía el tiempo, algo que ningún límite o distancia

podría romper.

—Eres una locura maravillosa, Ailsa —murmuró, su voz llena de emoción y sinceridad —. No sé cómo llegaste a mi vida, pero no quiero perderte. No sé si podré entender alguna vez todo esto, pero... quiero vivirlo contigo, sin importar lo que venga.

Mis ojos se llenaron de lágrimas al escuchar sus palabras, y en su mirada vi la misma mezcla de esperanza y temor que sentía yo misma. Todo aquello, cada emoción, cada deseo, era una locura, pero era una locura que me hacía sentir viva, que me hacía desear quedarme en aquel tiempo, en aquel lugar, sin importar las consecuencias.

Nos quedamos así, abrazados, envueltos en el calor de la fragua y en el amor que compartíamos, un amor que desafiaba toda lógica, toda razón. Y mientras el día avanzaba, y la luz del sol comenzaba a filtrarse suavemente por las ventanas, supe que, sin importar las dudas o los temores, en los brazos de Connor había encontrado algo que el tiempo y la distancia no podrían arrebatarme.

Capítulo 15

La mañana estaba envuelta en una niebla densa y suave cuando decidí salir a pasear por los alrededores de la aldea. El aire fresco llenaba mis pulmones, y el silencio que reinaba en el bosque me ofrecía una paz extraña y profunda, una calma que, después de la intensidad de los últimos días, se sentía como un refugio. Caminé sin rumbo fijo, dejándome llevar por la quietud del entorno, hasta que una figura solitaria apareció a lo lejos, apenas visible entre los árboles.

Era una mujer encorvada, envuelta en una capa oscura que le cubría desde la cabeza hasta los pies. La capucha escondía su rostro, pero algo en ella me resultaba inquietantemente familiar, como si ya la hubiera visto antes, en alguna imagen lejana, en algún sueño. Sentí un escalofrío recorrerme al notar su presencia, pero una fuerza inexplicable me impulsó a acercarme.

La anciana alzó la vista en mi dirección, y aunque no podía ver su rostro, sentí su mirada fija en mí, una mirada que parecía atravesarme, como si supiera todo de mí, como si leyera los pensamientos que ni yo misma podía entender.

—Ailsa —pronunció mi nombre en un susurro que resonó en el aire como un eco profundo y ancestral—. Sé quién eres... y también sé de dónde vienes.

Mis pies se detuvieron en seco, y una oleada de sorpresa y temor me invadió. ¿Cómo era posible que esta mujer supiera mi nombre, que conociera mi origen? Había intentado por todos los medios mantener mi procedencia en secreto, y hasta entonces nadie en la aldea había sospechado nada. Pero ahí estaba, una anciana misteriosa que afirmaba saber aquello que yo había guardado tan celosamente.

—¿Quién eres? —pregunté, mi voz temblorosa mientras daba un paso hacia ella.

La mujer no respondió de inmediato. En lugar de eso, hizo un leve gesto con la mano, una invitación silenciosa para que la siguiera. Su andar era lento, pero firme, como si cada paso estuviera guiado por una certeza que yo no podía comprender. Sin decir una palabra, me adentré tras ella en el bosque, siguiendo sus pasos como si estuviera bajo un hechizo, atrapada en el misterio que la rodeaba.

Mientras avanzábamos, el paisaje se volvía cada vez más familiar, y de repente reconocí el sendero por el que caminábamos. Era el mismo que había recorrido el día en que llegué a este tiempo, a esta vida que me había acogido de una manera que nunca hubiera imaginado. Los árboles, las rocas, el olor del musgo y de la tierra húmeda, todo me transportaba a aquel primer momento, a esa sensación de desconcierto y maravilla que había experimentado al descubrir que no estaba en mi tiempo, sino en un pasado que parecía haberme estado

esperando.

—¿Por qué me llevas por este camino? —pregunté, tratando de alcanzar a la anciana que seguía avanzando en silencio.

Ella no respondió, y su figura parecía desvanecerse entre las sombras, como si fuera parte del mismo bosque. Apreté el paso, deseando acercarme más a ella, ver su rostro, comprender el propósito de aquella misteriosa invitación.

—¿Quién eres realmente? —insistí, mi voz más urgente—. Si sabes quién soy, entonces dime por qué estoy aquí, dime qué significa todo esto.

La anciana giró ligeramente su cabeza en mi dirección, pero la capucha de su capa aún ocultaba su rostro, dejándome ver solo una sombra, un vacío que parecía impenetrable.

—Todo en su tiempo, Ailsa —respondió, su voz suave y cargada de un tono casi místico —. Las respuestas vendrán cuando estés lista para entenderlas. Hay cosas que el corazón debe descubrir antes de que la mente pueda comprenderlas.

Aquellas palabras me llenaron de frustración. Eran acertijos, frases llenas de misterio que no aclaraban nada, que solo despertaban más preguntas en mi interior. Y sin embargo, había en ellas una verdad que resonaba en mí, un eco que me hacía sentir que, de algún modo, aquello era lo que necesitaba escuchar, aunque no supiera aún por qué.

—¿Acaso eres una especie de espíritu? ¿Eres real? —pregunté, intentando dar sentido a aquella figura que parecía haberse materializado de la nada.

La anciana no contestó de inmediato. En lugar de eso, levantó una mano y tocó el tronco de un árbol cercano, sus dedos arrugados y pálidos acariciando la corteza como si compartiera un secreto con el bosque. Su gesto era suave, casi reverente, y en su movimiento había algo que me hacía pensar en una sabiduría antigua, en un conocimiento que yo apenas podía comprender.

—Soy tanto como necesitas que sea —respondió finalmente—. Un guía, un recordatorio, o quizás solo una sombra de tus propios pensamientos. Lo que soy no importa. Lo que importa es que estás aquí, en este tiempo, porque así lo quiso el destino.

Sus palabras, aunque crípticas, tenían un peso que me resultaba innegable. Me dejé llevar, obligándome a confiar en aquel camino extraño que me estaba mostrando, en la certeza de que, aunque el destino me hubiera conducido a este tiempo de forma inexplicable, había un propósito en todo aquello, una razón más allá de mi entendimiento.

Avanzamos en silencio, y mientras lo hacíamos, sentía cómo la realidad de mi vida anterior, de mi tiempo, parecía alejarse aún más, desdibujándose como un recuerdo lejano. El sendero se volvió más estrecho, y el bosque, más oscuro y denso, como si nos adentrásemos en un mundo ajeno al tiempo, en un rincón escondido donde las reglas de la realidad no aplicaban.

Intenté una vez más desentrañar el misterio de la anciana, sintiendo la necesidad de verla, de confirmar si su rostro me era realmente familiar o si era solo una ilusión creada por mis propios pensamientos.

—Déjame ver tu rostro —le pedí, mi voz apenas un susurro en medio de la calma del bosque—. Si realmente sabes quién soy, si puedes ver dentro de mí, entonces muéstrate.

La anciana se detuvo y giró la cabeza ligeramente en mi dirección, pero no levantó la capucha. En cambio, se inclinó hacia mí, y en un tono de voz que parecía salir del mismo viento, me respondió:

—Algunas verdades son como el fuego, Ailsa. Queman demasiado si se revelan antes de tiempo.

Sentí un escalofrío recorrer mi piel, y supe que, aunque deseaba comprender el propósito de aquella mujer, de alguna manera ella estaba guiándome en el momento y el modo correcto, por extraño que pareciera. La seguí con pasos cautelosos, sin apartar la vista de su figura envuelta en sombras, mientras avanzábamos hacia el corazón del bosque.

Finalmente, después de lo que me pareció una eternidad, el paisaje comenzó a abrirse, y el bosque dejó paso a un claro iluminado por el sol de la mañana. En el centro del claro, un círculo de piedras se alzaba, marcado con símbolos antiguos, rodeado de una energía que se sentía viva, palpitante. Reconocí el lugar al instante: era el mismo punto en el que había aparecido aquel primer día, el punto de mi llegada a este tiempo.

Me detuve, incapaz de avanzar, mientras una oleada de emociones se agolpaba en mi pecho. Miré a la anciana, esperando alguna explicación, alguna palabra que diera sentido a todo aquello. Pero ella solo se quedó allí, en silencio, su figura envuelta en sombras mientras el viento jugaba con su capa, como si estuviera esperando que fuera yo quien diera el siguiente paso.

Sentí que el destino me había llevado allí por alguna razón, una razón que aún no lograba comprender del todo, pero que intuía en lo más profundo de mi ser.

Capítulo 16

El sendero se abrió ante nosotras, y allí, al final del bosque, se erguía la pequeña cabaña que me había dado cobijo durante la tormenta y, sin que yo lo supiera en aquel momento, había sido el portal hacia este tiempo, hacia este lugar que ahora sentía como mi hogar. La cabaña parecía la misma, su exterior sencillo y rodeado de musgo, pero había algo en ella que me resultaba diferente. La estructura parecía más viva, como si formara parte del bosque mismo, como si el tiempo no fuera más que una leve sombra que la rozaba sin modificarla.

La anciana, que había permanecido en silencio durante el trayecto, caminó hasta la puerta y la abrió lentamente, haciéndome un gesto para que entrara. Dudé un momento, mis pensamientos atrapados en la maraña de misterio y preguntas sin respuesta, pero al final crucé el umbral con el corazón latiendo desbocado, como si en el aire flotara la certeza de que algo fundamental estaba a punto de revelarse.

El interior de la cabaña estaba diferente. Aquel lugar oscuro y frío que recordaba estaba ahora lleno de vida. Las paredes, adornadas con hierbas y flores secas, desprendían una fragancia suave y familiar. Una mesa de madera al centro mostraba herramientas y frascos llenos de líquidos de colores, y una pequeña chimenea crepitaba en una esquina, llenando la estancia de un calor reconfortante.

Antes de que pudiera preguntar, la anciana cerró la puerta tras nosotras y, en un gesto que me dejó sin aliento, se retiró la capucha que había ocultado su rostro todo el camino. Mis ojos se abrieron de par en par al ver la verdad frente a mí.

—Morag... —susurré, sintiendo un vértigo profundo que me hizo retroceder un paso.

Allí estaba ella, la misma mujer que me había acogido en el hostal la noche anterior a mi llegada a este tiempo. La anciana sonrió con calma, y en sus ojos vi la chispa de una sabiduría antigua, de un conocimiento que iba más allá de lo que mis pensamientos podían alcanzar. Me quedé en silencio, incapaz de encontrar palabras para expresar el caos que rugía en mi mente. La Morag que recordaba era una mujer amable, con un aire de misterio, pero jamás imaginé que aquel misterio pudiera llegar tan lejos.

—Así es, Ailsa —dijo con una voz suave, cargada de una calidez que parecía envolverme —. Soy Morag, aunque quizás no de la forma en que estás acostumbrada a verme.

Tragué saliva, intentando procesar lo que estaba ocurriendo, pero cada respuesta que imaginaba solo traía nuevas preguntas. Morag, quien siempre había parecido una figura terrenal y común, ahora revelaba algo que escapaba de todo lo que yo podía comprender.

—No entiendo... —murmuré, sacudiendo la cabeza en un intento de aferrarme a la realidad—. Tú... ¿Cómo es posible que tú estés aquí, en este tiempo?

Morag me observó con una expresión de compasión, como si ya supiera todo lo que iba a preguntarle, como si hubiera anticipado cada una de mis dudas. Se acercó lentamente y posó una mano en mi hombro, un gesto reconfortante que me hizo sentir un poco más anclada en la realidad.

—Ailsa, soy lo que en tu tiempo podrías llamar una bruja del tiempo —explicó, su voz baja y melodiosa, llena de un misticismo que me era difícil de asimilar—. He vivido muchas vidas, en diferentes tiempos, y siempre he sabido de ti... y de la razón de tu viaje.

Su revelación me dejó en shock, y una oleada de preguntas comenzó a agolparse en mi mente, pero Morag levantó una mano, indicándome que aguardara, que permitiera que la historia se desplegara en su propio tiempo.

—La carta que recibiste, la que te trajo hasta aquí... fui yo quien la envió —continuó, su tono tranquilo y seguro—. Te la envié a ti, a mi yo de tu tiempo, porque tú misma me pediste que lo hiciera.

Me quedé sin palabras, intentando asimilar el peso de aquella revelación. La carta... aquella carta que había cambiado mi vida, que me había llevado a cruzar la línea del tiempo y a encontrarme con Connor, había sido obra de Morag... o de un futuro en el que, de alguna forma, yo había sabido de mi propio destino. Todo parecía una paradoja imposible, una red tejida por el destino en la que yo era tanto el hilo como el tejedor.

—¿Cómo... cómo puede ser eso posible? —pregunté en voz baja, intentando entender el mecanismo de algo que escapaba a toda lógica.

Morag me sonrió con ternura, sus ojos llenos de la paciencia de alguien que ha vivido muchos ciclos, de alguien que ha aprendido a aceptar los misterios de la vida sin necesidad de comprenderlos del todo.

—El tiempo no es lineal, Ailsa. Es un ciclo eterno, una rueda que gira y que nos permite revivir, aprender y enmendar aquello que hemos dejado incompleto. Tú misma eres parte de ese ciclo, y tu destino aquí, en este tiempo, forma parte de un propósito mayor.

Sentí un escalofrío recorrerme mientras intentaba entender la magnitud de lo que me estaba diciendo. La noción de que el tiempo fuera cíclico, de que mi llegada a este tiempo no fuera un accidente, sino parte de algo mucho más grande, era abrumadora. Y sin embargo, en mi interior, algo comenzaba a hacer eco de aquellas palabras, como si, en el fondo, yo hubiera sabido siempre que mi viaje no era una simple coincidencia.

—¿Entonces... por qué estoy aquí? —pregunté finalmente, mi voz cargada de una mezcla de miedo y esperanza—. ¿Cuál es mi propósito?

Morag me miró con una expresión grave, su semblante reflejando la seriedad de lo que estaba a punto de decirme.

—Estás aquí para salvar a Connor y a su familia, Ailsa —respondió, sus palabras llenas

de un peso que se asentó en mi pecho como una carga—. En unos años, una tragedia terrible caerá sobre este valle. Es una masacre que destruirá al clan de los MacDonald y que marcará la historia de este lugar. Pero tú... tú estás destinada a cambiar ese destino.

Un nudo de angustia se formó en mi garganta al escuchar aquello. La historia de la masacre de Glencoe, la misma que Morag me había relatado en el hostal, surgió en mi mente con una claridad aterradora. Recordé cada detalle de la traición, de la violencia y de la pérdida, y el terror de saber que estaba destinado a suceder me llenó de un pánico que apenas podía contener.

—¿Cómo puedo hacer algo así? —murmuré, sintiéndome pequeña e insignificante ante la magnitud de aquella responsabilidad—. ¿Cómo puedo cambiar un destino que ya está escrito?

Morag posó una mano en mi mejilla, su toque cálido y reconfortante, y en sus ojos vi una esperanza que me dio fuerzas para enfrentar mis miedos.

—No estás sola, Ailsa. El amor y la valentía que has encontrado aquí te guiarán, y tu corazón sabrá lo que debe hacer cuando llegue el momento. El destino es solo una posibilidad, una línea que podemos cambiar si tenemos el valor de enfrentarnos a ella.

Mis ojos se llenaron de lágrimas, y la emoción que me embargaba era indescriptible. Aquel tiempo, aquel amor, todo lo que había vivido desde mi llegada a este mundo parecía encajar en un propósito mayor, en una misión que iba más allá de mi propia comprensión. Sentí el peso de la responsabilidad, pero también la promesa de algo más grande, algo que me llamaba a actuar con valentía.

Miré a Morag, mi mente aún enredada en la complejidad de todo aquello, pero mi corazón latía con una certeza renovada. Había venido a este tiempo para algo más que encontrarme con Connor; estaba allí para cambiar un destino que parecía inamovible, y aunque el miedo me embargaba, una parte de mí sentía que estaba dispuesta a enfrentar lo que fuera necesario.

Capítulo 17

La nieve caía suavemente cuando regresé a la aldea. Cada copo parecía suspenderse en el aire, como si el tiempo mismo se ralentizara, y a mi alrededor, el silencio del invierno cubría el lugar con una paz engañosa. Mi mente seguía atrapada en el misterio de Morag y en el peso de sus palabras, esa revelación tan incomprensible como inevitable que había dejado una marca profunda en mi alma. Sabía que aquel momento en la cabaña cambiaría para siempre la forma en que veía mi presencia aquí, aunque mi mente aún luchaba por comprender el significado de todo.

Esa tarde, Elspeth me invitó a su casa, donde se reunirían algunas de las mujeres más ancianas de la aldea. Era una tradición, según me explicó, un tiempo para compartir historias y recordar las viejas leyendas del clan, esas historias que habían pasado de generación en generación y que hablaban de tiempos tan lejanos como las estrellas. Me pareció una distracción bien recibida, una oportunidad para desconectar de las revelaciones recientes y sumergirme en el mundo de estas mujeres, en sus recuerdos y en sus voces llenas de sabiduría.

Elspeth me llevó hasta la sala principal, donde las mujeres ya estaban reunidas alrededor del fuego, sus rostros iluminados por la luz cálida de las llamas. La anciana Morag, una mujer de ojos vivaces y piel curtida por los años, estaba sentada al centro, con una manta de lana oscura sobre los hombros y una mirada que reflejaba la paciencia de quien ha vivido muchas vidas. Me saludó con una sonrisa suave, y en sus ojos vi un brillo que me hizo sentir bien recibida.

Me senté junto a Elspeth, y poco a poco, la conversación fue derivando hacia las viejas historias del clan. Al principio, hablaban de épocas de prosperidad y guerra, de luchas por el territorio y alianzas selladas con sangre y honor. Las palabras de las mujeres flotaban en el aire, y en sus voces podía imaginar cada escena, cada paisaje, como si ellas mismas fueran parte de aquellos momentos que describían.

Fue entonces cuando Morag, la más anciana del grupo, tomó la palabra con una solemnidad que capturó la atención de todas. Hablaba con una voz profunda y cargada de misterio, una voz que parecía venir de un lugar lejano, un eco de las generaciones pasadas. Nos miró a cada una en silencio, sus ojos oscuros y profundos revelando un conocimiento que parecía envolverla.

—No todas las historias del clan hablan de guerras y alianzas —comenzó, su voz como un murmullo cargado de sabiduría—. Hay otras historias, historias que no se hablan a menudo, pero que viven en la memoria de quienes han escuchado el viento entre las

montañas, de quienes han sentido el latir de la tierra bajo sus pies.

Todas guardamos silencio, cautivadas por su tono enigmático. Yo, en especial, me sentía atrapada en cada palabra, en la sensación de que aquello que estaba a punto de contar tenía un propósito específico, como si de alguna manera fuera un mensaje dirigido a mí.

—Hay una leyenda entre nuestro clan —continuó Morag, sus ojos posándose en mí por un instante—, una que habla de una mujer conocida como "la que viene con la nieve".

Un escalofrío recorrió mi piel al escuchar sus palabras, y vi cómo algunas de las mujeres asentían, como si ya conocieran aquella historia. Sentí que Elspeth me miraba de reojo, su expresión tranquila pero atenta, y me obligué a mantener la calma, aunque mi corazón latía con fuerza.

—¿Quién es esa mujer? —preguntó una de las jóvenes del grupo, su voz llena de curiosidad.

Morag sonrió con una calma profunda, y continuó.

—Dicen que "la que viene con la nieve" es una mujer extranjera, alguien que no pertenece a este tiempo ni a este lugar. Según la leyenda, su llegada es señal de un cambio, de un destino que traerá tanto salvación como peligro para nuestro clan. Se cuenta que aparece cuando el invierno es más frío, cuando la nieve cubre el valle como un manto y el destino del clan pende de un hilo.

Mis pensamientos se arremolinaron en torno a aquellas palabras, recordando lo que Morag, la bruja del tiempo, me había dicho en la cabaña. Mi cerebro racional luchaba por encontrar una explicación lógica, algo que no desafiara todo lo que conocía de la realidad. Pero las palabras de la anciana se entrelazaban con lo que había escuchado en la cabaña, y era como si las piezas de un rompecabezas imposible comenzaran a encajar en mi mente.

—Se dice que esta mujer, la que viene con la nieve, trae consigo un conocimiento del futuro —continuó Morag—, una capacidad para ver aquello que aún no ha sucedido y una voluntad para cambiar el curso de los acontecimientos.

Sentí que mi respiración se aceleraba, cada palabra resonando en mi interior como un eco de lo que había descubierto, como una confirmación de algo que aún no estaba lista para aceptar. La historia de Morag describía con una precisión inquietante la situación en la que me encontraba, como si alguien hubiera dejado aquellas pistas para que yo las encontrara, para que comprendiera mi papel en el destino de este lugar.

Morag me miró de nuevo, sus ojos oscuros reflejando algo que parecía acercarse al entendimiento. Sentí que mi mente se dividía entre el deseo de aceptar aquello y el impulso de rechazarlo, de aferrarme a la idea de que todo esto no era más que una leyenda, una fantasía que no tenía nada que ver conmigo.

—¿Y qué sucede con esa mujer? —preguntó Elspeth en voz baja, con un tono de interés

que me hizo pensar que también ella estaba buscando respuestas.

Morag guardó silencio por un instante, como si sopesara sus palabras antes de continuar.

—La leyenda no es clara en cuanto a su destino. Solo dice que su presencia traerá consigo un cambio, una transformación que marcará al clan de los MacDonald para siempre. Su vida y su sacrificio quedarán grabados en la memoria de nuestro pueblo como un recordatorio de que el destino puede ser cambiado por quienes tienen el valor de enfrentarse a él.

El peso de aquellas palabras se asentó sobre mí como una carga invisible, una responsabilidad que comenzaba a sentirse cada vez más real, más inevitable. La idea de que mi vida pudiera tener un impacto tan profundo en el destino de este lugar, de estas personas, era aterradora, pero también había en ella una sensación de propósito, una certeza de que todo aquello no era un accidente.

Mientras las demás mujeres comentaban la historia, compartiendo entre sí sus pensamientos y teorías, me quedé en silencio, mi mente atrapada en un torbellino de emociones. Morag me observaba en silencio, y en su expresión vi la comprensión de alguien que sabe más de lo que revela, de alguien que guarda secretos que solo el tiempo se encargará de desvelar.

Las palabras de la bruja en la cabaña volvieron a mi mente, y en ese instante comprendí que, aunque mi razón quisiera negar aquella posibilidad, había algo en mi corazón que me decía que la leyenda hablaba de mí. Era un pensamiento aterrador, pero también poderoso, una verdad que apenas comenzaba a asimilar.

Cuando las mujeres comenzaron a dispersarse, Elspeth me tomó de la mano, su expresión reflejando una mezcla de cariño y comprensión.

—¿Estás bien, Ailsa? —preguntó en voz baja, sus ojos llenos de una ternura que me reconfortaba.

Asentí, aunque en mi interior sentía que una nueva batalla se libraba entre mis deseos y mi deber, entre mi vida y el destino que parecía haberme alcanzado en este tiempo.

—Sí, Elspeth... solo necesito tiempo para entenderlo —respondí, con una sonrisa que intentaba esconder la tormenta que se agitaba en mi interior.

Ella me abrazó con suavidad, y en su abrazo encontré el apoyo que necesitaba para enfrentar aquello, para aceptar que, aunque mi razón me susurrara que todo esto era una locura, mi corazón sabía que había una verdad que debía ser reconocida, una verdad que me unía al destino de este lugar, de este tiempo, de Connor y de su clan.

La nieve continuaba cayendo afuera, y en mi pecho sentía que una decisión se estaba formando, una promesa silenciosa de que, aunque me enfrentara a lo desconocido, no

permitiría que el destino de los MacDonald se sellara sin luchar.

Capítulo 18

La noche envolvía la aldea con su manto de calma, y el único sonido era el crepitar suave del fuego en la chimenea de la fragua, llenando el aire de un calor reconfortante. Connor y yo habíamos buscado refugio aquí, en este espacio pequeño que, con el tiempo, se había convertido en nuestro santuario, un lugar donde los temores y las dudas parecían desvanecerse, al menos durante algunas horas.

Después de hacer el amor, nos quedamos en silencio, nuestros cuerpos entrelazados, sintiendo la proximidad del otro como una promesa tácita, una certeza que no necesitaba palabras. Mi cabeza descansaba en su pecho, y el latido constante de su corazón era un consuelo que me llenaba de una paz indescriptible. En sus brazos, sentía que el tiempo perdía importancia, que nada de lo que nos rodeaba importaba tanto como aquel instante compartido.

Pero aquella noche, sentía algo diferente en él, una tensión en sus brazos que parecía guardar un peso invisible. Sus dedos acariciaban distraídamente mi cabello, pero su respiración era profunda y lenta, como si intentara encontrar las palabras para decir algo que llevaba guardado en su interior.

—Ailsa... —murmuró, su voz apenas un susurro, como si temiera romper el hechizo de la noche.

Alcé el rostro para mirarlo, encontrándome con su mirada oscura y profunda, una mirada cargada de algo que me atravesó el alma. Había en sus ojos una mezcla de vulnerabilidad y miedo, un miedo que parecía abrirse en su interior como una herida antigua.

—¿Qué sucede, Connor? —pregunté, mi voz suave y preocupada, mientras mis dedos rozaban su mejilla en un gesto de consuelo.

Él cerró los ojos por un instante, como si intentara reunir el coraje para hablar, y cuando los abrió, su mirada estaba cargada de una tristeza tan profunda que sentí que mi corazón se desgarraba un poco.

—Tengo miedo, Ailsa —confesó, y en su voz había una sinceridad cruda, desnuda, que hizo que cada palabra resonara en mi interior—. Desde que llegaste a mi vida, desde el primer momento en que te vi, he sentido algo que nunca había experimentado... pero también he sentido un miedo que nunca había conocido. Un miedo que va más allá de la razón, que me atormenta en cada silencio.

Mis manos se aferraron a las suyas, y le permití continuar, mi corazón latiendo con fuerza mientras escuchaba cada una de sus palabras. Nunca lo había visto tan vulnerable,

tan expuesto, y la fuerza de sus sentimientos me conmovió profundamente, llenándome de una ternura que no podía contener.

—Perdí a mi familia —continuó, su voz rota por el recuerdo—. Mi madre, mi padre... y luego, mi hermana. —Hizo una pausa, y vi cómo la sombra de aquellos recuerdos pasaba por su rostro—. No he hablado de esto con nadie, Ailsa. Guardé esa pérdida en mi pecho, y cada día he luchado por no dejarme consumir por el dolor, por el vacío que dejaron. Y ahora, al tenerte aquí, siento... siento miedo de que el destino me arrebate también esta felicidad. Tengo miedo de perderte.

Sus palabras resonaron en el silencio, y en ese instante sentí como si su dolor fuera el mío, como si cada pérdida, cada herida, estuviera también marcada en mi alma. Las lágrimas acudieron a mis ojos sin permiso, y sin dudarlo, me acerqué aún más a él, envolviéndolo con mis brazos como si quisiera protegerlo de aquel sufrimiento, de aquella angustia que lo consumía.

—Connor... —susurré, mi voz temblando por la emoción—. No tienes que enfrentarte a este miedo solo. Estoy aquí, y no voy a irme a ningún lado. No importa lo que venga, no importa lo que el destino nos depare... siempre estaré contigo.

Mis palabras parecían calmarlo, y vi cómo su respiración se volvía más lenta, más estable, como si en mi promesa encontrara un alivio que había anhelado en silencio. Sentí que sus manos se aferraban a las mías con una fuerza suave pero firme, y en ese momento, comprendí la profundidad de lo que sentíamos el uno por el otro.

—No puedo perderte, Ailsa —repitió en un susurro, sus ojos reflejando una devoción que me desarmaba por completo—. No podría soportarlo. Desde que llegaste, has llenado de luz cada rincón de mi vida, has traído de vuelta un sentido que creía perdido. No sé cómo... ni por qué, pero siento que estás aquí por una razón, y sé que mi vida nunca sería la misma sin ti.

Sus palabras, tan cargadas de sinceridad y amor, hicieron que una oleada de emociones me inundara, y comprendí que el destino, en toda su complejidad y misterio, me había traído a este tiempo para estar con él, para llenar el vacío que su corazón guardaba y para hacer que mi propia vida tuviera un propósito más grande de lo que jamás habría imaginado.

—Connor, tú eres mi destino —dije, con la certeza de quien se enfrenta a una verdad ineludible—. Desde el momento en que te vi, supe que había una razón para todo, que este camino que había recorrido no era un accidente, sino una elección. Quizás el tiempo, el universo... quizás todo conspiró para que estuviéramos aquí, ahora, juntos. Y no tienes que temer, porque nunca voy a dejarte.

Connor cerró los ojos, y una lágrima solitaria recorrió su mejilla mientras me abrazaba

con una intensidad que me hizo sentir como si nuestras almas se fundieran en una sola. Era una entrega completa, una confesión de amor y de necesidad que nos unía en lo más profundo, más allá de cualquier tiempo o lugar.

—Eres lo más hermoso que he tenido, Ailsa —susurró, su voz temblorosa—. Y a pesar de todo, de las dudas, del temor que guardo, no puedo evitar sentirme agradecido, sentir que eres un regalo que jamás imaginé recibir.

Lo besé suavemente, mis labios acariciando los suyos con una ternura que nacía de lo más profundo de mi ser, y en aquel beso le transmití cada promesa, cada esperanza y cada deseo de un futuro juntos. Sabía que había riesgos, que el destino siempre guardaba sorpresas y giros inesperados, pero en aquel momento, la certeza de su amor me llenaba de una paz que ninguna amenaza podía arrebatarme.

—No estás solo, Connor —murmuré, dejando que mis palabras se mezclaran con el calor de su piel, con el latido constante de su corazón bajo mi mano—. No importa lo que suceda, no importa lo que tengamos que enfrentar... estoy contigo. No eres solo mi amor; eres mi destino, y juntos enfrentaremos lo que venga.

Nos quedamos así, en silencio, enredados en el calor de nuestros cuerpos y de nuestras almas, compartiendo la promesa de un amor que desafiaría cualquier obstáculo, cualquier temor. Y en la quietud de la noche, supe que este sentimiento, esta conexión, era algo que el tiempo mismo no podría borrar.

Capítulo 19

La noche caía lentamente sobre Glencoe, y la luz de la luna se filtraba por las ventanas de la pequeña cabaña de Connor, iluminando el espacio con un resplandor suave y plateado. El calor de la chimenea llenaba la estancia, y el crepitar de la leña era el único sonido que rompía la serenidad de aquel momento. Connor y yo estábamos sentados junto al fuego, el aroma a pino y madera quemada flotando en el aire, y en la cercanía de su presencia sentía una paz que no encontraba en ningún otro lugar.

Estaba envuelta en una manta que él había colocado sobre mis hombros, y me dejé llevar por el calor de su cuerpo, por la seguridad de su proximidad. Las llamas proyectaban sombras en las paredes, y entre nosotros se respiraba una calma densa, cargada de sentimientos que ya no necesitaban palabras.

Connor me miraba en silencio, y en su mirada vi una mezcla de amor y asombro, una emoción tan sincera que me hizo sentir pequeña y, al mismo tiempo, inmensamente agradecida. Era como si en aquel momento todo el universo hubiera conspirado para unirnos, para darnos este instante de intimidad y conexión. Sus ojos, profundos y sinceros, reflejaban una verdad que latía entre nosotros, algo más grande de lo que cualquiera de nosotros podría expresar.

—Ailsa... —murmuró suavemente, su voz apenas un susurro en la quietud de la noche.

Sentí cómo mi corazón latía con fuerza, y le sostuve la mirada, dejándome envolver por la calidez de sus palabras, por el peso de lo que estaba a punto de decir.

—Nunca he sentido algo así por nadie —confesó, su voz profunda y cargada de una sinceridad que me estremeció—. Eres... eres la mujer que no sabía que estaba esperando, alguien que ha llegado a mi vida como un milagro, un sueño que no creí posible.

Sus palabras eran como un bálsamo que sanaba las heridas de mi alma, y en sus ojos vi el reflejo de lo que sentía por él, una devoción tan pura y auténtica que me hacía olvidar las dudas, los temores y la incertidumbre del destino que compartíamos. A su lado, el pasado y el futuro perdían importancia; solo existía el presente, el calor de su amor y la promesa de algo que parecía destinado.

—Connor... —susurré, con el corazón lleno de gratitud y amor—. Yo también siento que eres todo lo que he estado buscando, incluso antes de saberlo. Contigo, siento que todo tiene sentido, como si mi vida hubiese cobrado un propósito que jamás imaginé.

Él me tomó la mano, entrelazando sus dedos con los míos en un gesto de ternura infinita, y se inclinó hacia mí, su aliento cálido acariciando mi piel mientras me miraba a los ojos con una intensidad que me hacía perder el aliento.

—Quiero que seas mi esposa, Ailsa —dijo finalmente, sus palabras cargadas de una certeza que me llenó de emoción—. Quiero que estemos juntos, aquí, en este lugar que se ha convertido en nuestro hogar. No quiero que seas solo un recuerdo, una historia que me atormente cuando no estés. Quiero que seas mía, que compartamos cada día, cada momento, como una promesa que dure para siempre.

La intensidad de su confesión me hizo sentir una oleada de felicidad tan grande que no pude contener una sonrisa, y las lágrimas acudieron a mis ojos sin permiso, reflejando la emoción que me embargaba. La idea de convertirme en su esposa, de compartir mi vida con él, era algo que siempre había deseado en secreto, pero que temía expresar, por miedo a que fuera un sueño imposible. Sin embargo, ahora, mirándolo a los ojos, sentía que ese sueño era más real que cualquier otra cosa, una realidad que nos pertenecía.

—Sí, Connor —respondí, mi voz apenas un susurro mientras las palabras brotaban con una sinceridad que nacía de lo más profundo de mi ser—. Quiero ser tu esposa. Quiero estar contigo para siempre, compartir mi vida, mis días... mi amor.

Connor sonrió, y en su expresión vi la misma emoción, la misma devoción que ardía en mi corazón. Sin decir nada más, me abrazó, envolviéndome con sus brazos y susurrando mi nombre como si fuera una oración, una promesa que sellaba en cada beso, en cada caricia. Nos quedamos así, en silencio, dejando que nuestros sentimientos se expresaran en el contacto de nuestras manos, en la cercanía de nuestros cuerpos.

Nos levantamos lentamente, sin romper el contacto, y me guio hacia su cama, nuestras manos aún unidas en un gesto que sellaba nuestra promesa. Sus ojos nunca dejaron los míos, y en su mirada vi la misma ternura, el mismo amor que latía en mi pecho. Era una conexión que iba más allá de las palabras, algo que trascendía el tiempo y el lugar, y en ese instante, supe que lo amaría siempre, sin importar lo que el destino nos deparara.

Nos acostamos juntos, envueltos en la intimidad de la noche, y cada beso, cada caricia, era una reafirmación de nuestro amor, una promesa silenciosa de que estaríamos juntos, sin importar las adversidades. Sentí cómo sus manos recorrían mi piel, cada toque lleno de un amor tan puro que me hacía sentir vulnerable y completa al mismo tiempo. En sus brazos, encontraba la seguridad que siempre había buscado, un hogar que me pertenecía, y me entregué a él con la certeza de que, pase lo que pase, habíamos encontrado algo eterno.

A medida que la noche avanzaba, el silencio de la cabaña se llenaba de nuestros susurros, de promesas y de suspiros que sellaban nuestro compromiso. Connor era mi refugio, mi destino, y mientras descansaba en sus brazos, sentí que, por primera vez en mi vida, había encontrado el lugar al que pertenecía, un amor que me completaba y me transformaba.

Al amanecer, cuando la primera luz del día se filtró por las ventanas, él me miró con

una expresión de paz y felicidad que reflejaba la misma alegría que ardía en mi pecho. Me acarició el rostro, sus dedos rozando mi piel con una suavidad infinita, y en su sonrisa vi la promesa de un futuro juntos, de una vida llena de amor y complicidad.

—Buenos días, mi futura esposa —murmuró con una sonrisa traviesa, y el sonido de aquellas palabras me llenó de una alegría que me hacía sentir ligera, como si pudiera volar.

Reí suavemente, apoyando mi frente contra la suya, y en sus ojos vi el reflejo de nuestra promesa, la certeza de que este amor nos uniría, sin importar los desafíos que tuviéramos que enfrentar.

—Buenos días, mi futuro esposo —respondí, dejándome llevar por la felicidad que irradiaba de nuestros corazones.

Nos quedamos así, en silencio, contemplando el amanecer juntos, sintiendo que el tiempo se detenía y que, en aquel instante, éramos los únicos en el mundo. En su mirada encontré la paz y el amor que siempre había anhelado, y supe, con cada latido de mi corazón, que este amor era un regalo del destino, una promesa que nos uniría para siempre.

Capítulo 20

El sol ascendía lentamente sobre el valle de Glencoe, bañando las montañas y la aldea en una luz dorada y cálida. Caminaba sola por los senderos de la aldea, dejando que el aire fresco llenara mis pulmones y despejara mi mente. La noche anterior aún estaba grabada en mi memoria, cada caricia, cada palabra, el momento en que acepté ser la esposa de Connor. Era como si el amor que sentía por él hubiera echado raíces en mi corazón, firmes y profundas, y ahora crecía dentro de mí, dándome una sensación de paz y pertenencia que nunca antes había experimentado.

Mientras contemplaba el paisaje a mi alrededor, me preguntaba si realmente había sido destinada a vivir en este tiempo. Desde el primer momento, el destino parecía haberme llevado de la mano, guiándome hacia este lugar, hacia Connor. Cada paso, cada decisión, se sentía ahora como parte de un plan que había estado escrito mucho antes de que yo llegara. Morag y su extraña carta, la tormenta que me había arrojado a las Highlands del siglo XVII, todo me parecía un rompecabezas en el que cada pieza encajaba con una precisión inquietante.

La razón, sin embargo, no dejaba de recordarme que yo pertenecía a un tiempo distinto, a una realidad lejana en la que Connor no existía. Y sin embargo, había algo en mi alma que me decía que este era mi verdadero hogar, que estaba aquí porque así debía ser, porque el destino había decidido que mi vida y la de Connor se entrelazaran, que nuestro amor trascendiera el tiempo y el espacio.

Mientras me sumía en estos pensamientos, escuché pasos suaves detrás de mí. Me giré y vi a Elspeth, su rostro iluminado por una sonrisa cálida y maternal que siempre lograba calmar mis dudas. Nos encontramos cerca de un pequeño banco de madera, a la sombra de unos pinos que dejaban caer sus agujas en el suelo cubierto de musgo. Sin dudarlo, Elspeth se sentó junto a mí, sus manos cálidas sobre las mías, transmitiéndome una seguridad que solo una madre podría ofrecer.

—Quería hablar contigo, Ailsa —dijo, su voz suave y cariñosa, como si estuviera a punto de compartir un secreto importante.

Sentí una oleada de afecto por ella, y no pude evitar sonreír mientras asentía, dándole espacio para que continuara. La luz del sol danzaba en su rostro, iluminando las arrugas en sus ojos y la bondad en su mirada.

—Connor me contó la noticia —dijo, sus ojos brillando con una mezcla de alegría y emoción—. Me dijo que aceptaste ser su esposa, y no puedo describirte lo feliz que eso me hace. Desde que llegaste a su vida, Ailsa, él ha cambiado... es como si hubieras encendido

una llama en él, una que llevaba años apagada.

Escuchar sus palabras llenó mi corazón de una calidez indescriptible. Saber que Connor había compartido nuestro compromiso con su madre, y que ella lo recibía con tanto amor y alegría, me hacía sentir profundamente agradecida, como si hubiera encontrado una familia que nunca había esperado tener.

—Gracias, Elspeth —murmuré, con la voz entrecortada por la emoción—. Tus palabras significan mucho para mí. Desde que llegué aquí, tú has sido mi refugio, mi guía. No sabes cuánto agradezco que me hayas aceptado en tu familia.

Elspeth apretó mis manos con suavidad, sus ojos reflejando una ternura que me hizo sentir amada y protegida.

—Desde el primer momento que te vi, supe que tú eras la mujer indicada para él —confesó, su voz cargada de una sinceridad que me llegó al alma—. Hay algo en ti, algo que va más allá de las palabras. Cuando te vi junto a él, sentí una paz, una certeza de que eras quien debía acompañarlo, quien debía sanar las heridas que ha llevado en su corazón durante tanto tiempo.

Sus palabras despertaron una ola de emociones en mí, y sentí cómo las lágrimas acudían a mis ojos, incapaces de contenerse. La vida me había llevado a lugares que jamás hubiera imaginado, me había arrojado a un tiempo que no era el mío, pero en ese momento, en los brazos de Elspeth, comprendí que no importaba de dónde viniera. Yo estaba allí, en ese tiempo, con ellos, y me sentía más en casa que en ningún otro lugar.

—He amado a Connor desde el primer instante en que lo vi —confesé, mi voz apenas un susurro—. Algo en mí reconoció que él era mi hogar, mi refugio. A su lado, siento que el mundo tiene sentido, que todo lo que he vivido me ha llevado a este momento, a estar aquí, junto a él.

Elspeth sonrió, sus ojos llenos de orgullo y felicidad, y me abrazó con una ternura que me hizo sentir como si hubiera encontrado a la madre que siempre había deseado. Su abrazo era cálido, protector, y en su cercanía sentía una paz que solo se encuentra en el amor incondicional de una madre.

—Sabía que eras especial, Ailsa —dijo, su voz temblando ligeramente—. Sabía que tú serías la luz que necesitábamos, que traerías esperanza y amor a esta familia. No puedo expresar cuánto significa para mí saber que estás aquí, que te quedarás a nuestro lado.

Sus palabras llenaron cada rincón de mi corazón, y en su abrazo encontré la confirmación de que todo aquello no era una coincidencia. Morag y su profecía, la leyenda de “la que viene con la nieve”... todo tenía sentido ahora, y comprendí que no solo estaba allí para amar a Connor, sino para ser parte de algo más grande, para aportar mi luz a su vida y a la de su familia.

Nos quedamos así, en silencio, envueltas en el calor de nuestro abrazo, dejando que las palabras no dichas llenaran el aire. Aquel momento era tan perfecto, tan lleno de amor, que me sentía en paz, como si finalmente hubiera encontrado el lugar al que pertenecía, el hogar que siempre había estado buscando.

—Prometo que cuidaré de Connor, Elspeth —murmuré, sintiendo cómo las lágrimas rodaban por mis mejillas—. No importa lo que venga, no importa lo difícil que sea, estaré a su lado, apoyándolo, amándolo. Él es mi vida, mi destino, y no hay nada que desee más que compartir cada día, cada instante, a su lado.

Elspeth me acarició el cabello, su gesto lleno de amor y gratitud, y en su sonrisa vi la confirmación de que había encontrado una familia, una familia que me aceptaba y me amaba por quien era, sin importar de dónde viniera.

—Lo sé, Ailsa —dijo, su voz apenas un susurro lleno de emoción—. Sé que tu amor por él es verdadero, y eso me da paz, una paz que no había sentido en años. Connor ha sufrido mucho, pero contigo... contigo ha encontrado la felicidad, y por eso siempre te estaré agradecida.

Nos quedamos así, en silencio, contemplando el paisaje que nos rodeaba, sintiendo la fuerza de nuestro amor y nuestra conexión. En aquel instante, comprendí que el destino me había llevado a este tiempo por una razón, que había sido llamada a estar allí, en ese lugar y en ese momento, para amar y proteger a la familia de Connor, para ser parte de una historia que trascendía el tiempo.

Mientras el sol ascendía en el cielo, iluminando el valle de Glencoe, supe que aquel amor, aquella promesa, me acompañaría para siempre, y que, sin importar lo que el futuro nos deparara, siempre encontraría mi refugio en Connor, en su madre y en la familia que había llegado a amar más de lo que nunca había imaginado.

Capítulo 21

La aldea estaba envuelta en la magia de la Navidad, un bullicio tranquilo que parecía elevarse en el aire frío y claro de las Highlands. Cada rincón del clan se preparaba para la festividad, y mientras caminaba por los senderos cubiertos de nieve, veía a las familias decorando sus casas con ramas de pino y guirnaldas de brezo, y a los niños jugando en la plaza, sus risas llenando el aire de una alegría contagiosa.

Me uní al grupo de mujeres en el centro de la aldea, donde Elspeth organizaba con entusiasmo los preparativos. El fuego en el centro de la plaza ardía con fuerza, y varias de nosotras trabajábamos alrededor, trenzando ramas de pino y pequeñas flores secas para decorar las puertas y ventanas. El aroma fresco de las ramas y la madera llenaba mis sentidos, y sentía una conexión profunda con aquellas costumbres, como si algo en mí reconociera en ellas una pertenencia antigua.

Cada detalle, cada tradición, me hacía sentir más cerca de Connor y de su mundo. Este tiempo, estas tierras, se habían convertido en mi hogar, y la calidez de la gente que me rodeaba me hacía sentir que realmente pertenecía a esta época. Incluso la nieve que caía en suaves copos parecía contribuir a esa sensación de paz y pertenencia, uniendo el pasado y el presente en una sola y dulce melodía.

—Ailsa, ¿quieres ayudarme con las coronas para las puertas? —preguntó Elspeth, una sonrisa traviesa en sus ojos mientras me entregaba un manojo de ramas de acebo y cintas rojas.

Asentí con una sonrisa, dejándome llevar por la alegría de la celebración y por la sensación de familia que me rodeaba. Nos sentamos juntas en una esquina, nuestras manos trabajando en silencio mientras nuestras miradas se encontraban de vez en cuando, llenas de una complicidad tácita. Elspeth había sido mucho más que una guía para mí desde el momento en que llegué; era una figura materna, alguien que comprendía mi corazón y que me aceptaba tal como era, sin cuestionar mis secretos ni mis silencios.

A lo lejos, vi a Connor acercarse, y mi corazón se aceleró al verlo caminando hacia nosotras. Llevaba algo en sus manos, y su expresión era suave, casi tímida, como si trajera consigo un regalo que le emocionaba tanto como a mí. Me miró con una sonrisa que iluminó sus ojos, y en ese instante, sentí como si todos los demás desaparecieran, dejándonos a los dos en un mundo propio.

—Ailsa, ¿puedo hablar contigo un momento? —dijo en voz baja, sus palabras un susurro que solo yo podía escuchar.

Asentí, mi corazón latiendo con fuerza mientras me levantaba y lo seguía a través del

grupo de personas, sintiendo la mirada divertida de Elspeth en mi espalda. Connor me guio hacia el borde de la plaza, donde el bosque comenzaba a envolver la aldea en su manto silencioso. Nos detuvimos bajo la sombra de un gran roble, el frío aire llenándome los pulmones mientras él se giraba hacia mí, sus ojos llenos de una intensidad que me dejó sin aliento.

—Quería darte algo —dijo, su voz suave y llena de una emoción que parecía resonar en mi propio pecho.

Con cuidado, extendió su mano, revelando una pequeña caja de madera que sostenía con delicadeza. Al abrirla, mis ojos se posaron en una joya hermosa, una pieza tallada con esmero, y en su centro, el símbolo del clan de Connor, el escudo que representaba a su familia y a la historia de sus antepasados. Era un colgante de plata con una piedra de un azul profundo, tan vibrante como los ojos de él, rodeado de intrincados detalles que parecían contar una historia de lealtad y amor.

—Es una joya que ha pertenecido a mi familia durante generaciones —explicó, su voz baja, cargada de emoción—. Y ahora quiero que la lleves tú, Ailsa. Esta joya representa mi promesa, la promesa de estar contigo, de amarte y protegerte. Este símbolo del clan... es una promesa de que siempre tendrás un lugar en mi vida, en mi familia, y en mi corazón.

Sus palabras me llenaron de una ternura indescriptible, y sentí cómo mis ojos se llenaban de lágrimas mientras miraba el colgante en su mano. Connor me miraba con una mezcla de amor y devoción, y en su expresión vi la misma certeza que sentía en mi corazón, esa sensación de que nuestro amor trascendía todo lo que habíamos conocido, todo lo que el tiempo y el destino podrían interponer entre nosotros.

—Connor... —murmuré, mi voz temblando por la emoción—. No sé qué decir... Esto significa tanto para mí, más de lo que puedo expresar.

Él sonrió, y con suavidad, se acercó a mí y colocó el colgante alrededor de mi cuello, sus dedos rozando mi piel en un gesto que me hizo estremecer. Sentí el peso de la joya sobre mi pecho, y en ese instante supe que llevaba conmigo algo más que un símbolo; era una promesa silenciosa, un vínculo que nos unía y que llevaría conmigo siempre, sin importar lo que el destino nos deparara.

Miré a Connor, y el amor que sentía por él inundó cada rincón de mi corazón, haciéndome sentir una paz que no había conocido hasta entonces. Me acerqué a él, mi mano encontrando la suya, y en aquel gesto encontré la fuerza para confesar lo que había guardado en mi alma desde el primer momento en que lo conocí.

—Estoy enamorada de ti, Connor —susurré, cada palabra cargada de la verdad más pura y profunda que había sentido jamás—. No solo te amo; siento que eres parte de mí, que te he esperado toda mi vida sin siquiera saberlo. No importa de dónde venga, no importa el

tiempo o el lugar... tú eres mi hogar, mi refugio, y te amo con todo mi ser.

Connor me miró, y en sus ojos vi un brillo de emoción que reflejaba el amor que ambos compartíamos, un amor tan fuerte que parecía desafiar cualquier lógica, cualquier límite. Me acercó hacia él, sus manos rodeándome con una suavidad que me hacía sentir segura, completa. Sus labios rozaron los míos en un beso lleno de promesas y de ternura, un beso que sellaba nuestras palabras, nuestra entrega.

—Yo también te amo, Ailsa —murmuró contra mis labios, su voz suave y cargada de emoción—. No puedo imaginar mi vida sin ti, y ahora que estás aquí... siento que todo tiene sentido, que el tiempo y el destino me han traído hasta ti por una razón. Tú eres mi amor, mi todo.

Nos quedamos así, abrazados en el silencio del bosque, sintiendo el calor de nuestros cuerpos y de nuestro amor como un refugio que nos protegía del frío y del tiempo. El colgante que llevaba en el cuello era más que una joya; era un recordatorio constante de que nuestro amor era eterno, una promesa de que, sin importar lo que ocurriera, siempre estaríamos juntos.

La nieve comenzó a caer lentamente a nuestro alrededor, cubriendo el suelo con una capa blanca y pura, y en aquel instante supe que este amor, este compromiso que había sellado mi vida a la de Connor, era el mayor regalo que el destino me había dado. Y mientras el invierno nos envolvía en su manto de calma, me sentí más en casa que nunca, más amada y aceptada de lo que jamás había soñado.

Capítulo 22

La mañana comenzó envuelta en una bruma suave, el cielo teñido de tonos grises y plateados mientras la nieve caía de forma constante, cubriendo cada rincón de la aldea. Aquel día era especial, una fecha que nadie había planeado exactamente, pero que el destino había decidido sellar de la forma más inesperada y perfecta. Connor y yo, rodeados de todos los miembros del clan, estábamos a punto de compartir una promesa, una unión que iba más allá de las palabras y del tiempo.

Había algo profundamente simbólico en la ceremonia de renovación que el clan realizaba, una tradición que celebraba no solo el compromiso entre dos personas, sino el lazo de amor que nos unía a todos. Me encontraba de pie junto a Connor, sintiendo el peso y la calidez de su mano sobre la mía, y me dejé envolver por la emoción del momento, por la certeza de que este era el hogar que había estado buscando, la familia que nunca había imaginado encontrar.

El sonido del viento y el murmullo de las voces de la aldea llenaban el aire, y me quedé inmóvil, observando a cada uno de los rostros que nos rodeaban. Las miradas de los ancianos, de las madres, de los niños, reflejaban una mezcla de alegría y aceptación que me emocionaba profundamente. Desde el primer día, esta gente me había acogido como una de los suyos, y ahora estaba a punto de unirme a ellos para siempre, en cuerpo y alma.

Elspeth, que había estado de pie junto a nosotras, nos miraba con una sonrisa tierna, y en sus ojos vi el orgullo y la felicidad de una madre que observaba a su hijo encontrar el amor y la paz. Ella fue quien tomó nuestras manos y las entrelazó, sus dedos cálidos sobre los nuestros mientras susurraba las palabras de la bendición.

—Que este amor sea como el fuego en invierno, que los mantenga unidos en las noches más frías y que ilumine su camino en los momentos más oscuros —dijo en voz baja, su tono suave y lleno de emoción—. Que nunca falte la risa y el consuelo entre ustedes, y que esta promesa sea una unión que desafíe el tiempo y las adversidades.

Los presentes observaban en silencio, y el sonido de la nieve al caer sobre la tierra era como un testigo de aquella promesa, una bendición silenciosa que envolvía cada palabra, cada susurro. Connor me miraba con una intensidad que me dejaba sin aliento, sus ojos reflejaban la misma devoción que sentía en mi interior, una certeza que me llenaba de paz y de amor.

—Ailsa —murmuró, su voz apenas un susurro que solo yo podía escuchar—, hoy y siempre, prometo estar a tu lado, amarte y protegerte con cada parte de mi ser. Eres mi vida, mi refugio, y no hay nada en este mundo que desee más que compartir cada día

contigo.

Mis ojos se llenaron de lágrimas al escuchar sus palabras, y en ese momento, sentí que no existía nada más que él y yo, que aquella promesa era un vínculo eterno, algo que nadie ni nada podría quebrar. Tomé aire, mis manos temblorosas en las suyas, y respondí con todo el amor que guardaba en mi corazón.

—Connor, tú eres mi hogar, mi vida. Prometo amarte y acompañarte en cada paso, en cada risa y cada tristeza. No importa dónde estemos, tú eres mi destino, y siempre estaré contigo.

El murmullo de la gente a nuestro alrededor era suave, como una caricia, y Elspeth, con una sonrisa radiante, apretó nuestras manos antes de dejarlas libres, sellando nuestra unión con una bendición que resonaba en cada rincón de mi alma.

Al caer la noche, la aldea se había sumido en una celebración improvisada que reflejaba el amor que nos rodeaba. El fuego ardía en el centro de la plaza, y las risas y canciones llenaban el aire mientras la nieve seguía cayendo suavemente, cubriéndolo todo con una capa blanca y pura. Connor y yo nos dejamos llevar por la alegría del momento, y antes de darme cuenta, nos encontrábamos bailando bajo las estrellas, nuestros pasos guiados por la música y por el amor que nos unía.

Giramos juntos, y la nieve se arremolinaba a nuestro alrededor, sus copos danzando como si fueran parte de nuestra promesa, un recordatorio de que, a pesar del frío y la distancia, nuestro amor era un refugio que nos mantendría siempre cálidos. Connor me miraba, su risa ligera y despreocupada, y en aquel instante sentí una felicidad tan pura que parecía llenar cada rincón de mi ser, cada hueco que alguna vez había sentido vacío.

—Nunca imaginé que este momento sería tan perfecto —susurré, mis manos en las suyas mientras continuábamos moviéndonos al ritmo de la música.

Él me acercó más, sus brazos envolviéndome en un abrazo que me hacía sentir segura, completa.

—Lo es porque estamos juntos, Ailsa —murmuró, su voz profunda y suave mientras me miraba a los ojos—. Todo lo demás desaparece cuando estás aquí.

Nos quedamos así, en silencio, mientras la gente a nuestro alrededor celebraba y compartía nuestra felicidad, nuestras risas mezclándose con las de los demás. Nos despedimos de todos con abrazos y sonrisas, y cuando finalmente nos alejamos, la aldea quedó a nuestras espaldas, pero el calor y el amor de la gente permanecían en nuestros corazones.

Caminamos juntos de vuelta a nuestra cabaña, nuestras manos entrelazadas, y el silencio de la noche era un eco de la paz que sentía en mi interior. Entramos en nuestro hogar, y el calor del fuego que habíamos dejado encendido nos envolvió al instante,

llenando el espacio de una calidez que reflejaba el amor que compartíamos.

Connor me miró, sus ojos llenos de un amor tan profundo que me hizo sentir como si el tiempo se hubiera detenido. Nos acercamos el uno al otro, nuestras miradas fijas, y en ese instante, comprendí que esta noche era mucho más que una promesa; era la consumación de un amor que había trascendido el tiempo y el destino.

Nos dejamos llevar por la cercanía de nuestros cuerpos, por la certeza de que, a partir de ese momento, nuestras vidas estarían unidas para siempre. En cada caricia, en cada susurro, sentía la promesa de nuestro amor, una promesa que no necesitaba palabras, porque cada gesto, cada suspiro, era un recordatorio de la entrega que ambos habíamos hecho.

Cuando finalmente me quedé en sus brazos, con el cuerpo aún envuelto en el calor de su amor, dejé que mis pensamientos se desvanecieran en la quietud de la noche. Mi último pensamiento fue una certeza que me llenaba de paz y de gratitud: había encontrado mi lugar en este mundo, mi hogar en los brazos de Connor, y en su amor había descubierto la plenitud que siempre había anhelado.

Con los ojos cerrados y el sonido de su respiración acompasada junto a mí, me dejé llevar por el sueño, sabiendo que, a partir de ese momento, nuestras vidas estarían entrelazadas en un destino que nos había elegido el uno para el otro, una promesa eterna que ni el tiempo ni el olvido podrían deshacer.

Capítulo 23

El amanecer se colaba lentamente por las ventanas de la cabaña, sus primeros rayos de luz acariciando nuestra piel y llenando el espacio con una calidez dorada y serena. Estaba acurrucada junto a Connor, envuelta en el calor de las mantas y de sus brazos, escuchando el ritmo lento y constante de su respiración. Sentía que, en aquel momento, todo el mundo estaba en paz; en su abrazo había encontrado el refugio y la certeza que tanto había buscado.

Me moví ligeramente, mi cuerpo aún acoplado al suyo, y miré su rostro mientras la luz matutina acariciaba sus facciones, resaltando la suavidad de su expresión en aquel instante de quietud. Era tan perfecto, tan real, que me parecía un sueño. Y sin embargo, sabía que no podía seguir guardando para mí el secreto de mi llegada, no podía dejar que aquel silencio se interpusiera entre nosotros ahora que habíamos sellado nuestra promesa de amor.

Tomé aire, sintiendo cómo la duda me embargaba. ¿Cómo podría explicarle algo tan extraordinario, algo que desafiaba todo lo que ambos conocíamos? Me armé de valor, sabiendo que, sin importar el riesgo, debía ser honesta con él, que él merecía conocer la verdad.

—Connor... hay algo que debo contarte —murmuré, mi voz apenas un susurro en el silencio de la mañana.

Él abrió los ojos lentamente, su mirada suave y adormecida posándose en mí con una calidez que me reconfortaba y que al mismo tiempo intensificaba mi incertidumbre. Connor me sonrió, acariciando mi rostro con el dorso de su mano, como si en ese gesto quisiera decirme que todo estaba bien, que podía confiar en él.

—Dime, Ailsa —respondió, su voz ronca y profunda mientras sus dedos jugueteaban con un mechón de mi cabello.

Tragué saliva, intentando encontrar las palabras, intentando explicar algo que ni siquiera yo misma comprendía del todo. Lo miré a los ojos, buscando en ellos la fortaleza que necesitaba para continuar.

—Connor, yo... —comencé, mi voz temblando ligeramente—. No soy de aquí. No de este tiempo. Vengo de un lugar y de una época diferentes, de un tiempo que no pertenece a este. —Sentí que mis palabras flotaban en el aire, extrañas y pesadas, mientras observaba su rostro, buscando algún atisbo de comprensión o de incredulidad.

Connor me miró en silencio, su expresión tranquila pero atenta, como si estuviera procesando cada palabra, intentando comprender el significado de aquello que le revelaba.

No apartó la mirada, y sentí que el peso de su silencio me consumía, que el temor de haber roto algo precioso e intangible entre nosotros comenzaba a invadir mi mente.

—Al principio, no supe cómo llegué aquí —continué, sin poder detenerme, como si cada palabra fuera una confesión que me aliviaba y, al mismo tiempo, me atormentaba—. Recibí una carta, una carta antigua que mencionaba este lugar, este tiempo... y de algún modo, sin entender cómo, me encontré aquí, en este valle, en tu vida.

La expresión de Connor permanecía imperturbable, pero en sus ojos vi algo que me hizo dudar, un destello de emoción que no podía descifrar. Sentí que el miedo y la inseguridad se apoderaban de mí, y un nudo se formó en mi garganta, temiendo haber cometido un error al abrirle mi corazón de esta manera.

—Entiendo si esto es difícil de creer... —susurré, bajando la mirada mientras una lágrima resbalaba por mi mejilla—. Es algo que ni siquiera yo comprendo del todo. Pero sentí que debías saberlo, que no podía seguir ocultándote la verdad. Te amo, Connor, y necesitaba ser honesta contigo.

El silencio se prolongó, y el miedo de perderlo, de que me mirara como a una extraña, comenzó a apoderarse de mí. Cerré los ojos, preparándome para la reacción que él pudiera tener, para enfrentar el rechazo que tanto temía.

Finalmente, sentí sus dedos levantar mi rostro, y cuando abrí los ojos, lo vi mirándome con una intensidad que me dejó sin aliento. Sus manos, cálidas y firmes, sostenían mi rostro mientras sus ojos azules se hundían en los míos, y en ellos vi algo que me llenó de una paz que no esperaba.

—No entiendo gran parte de lo que me cuentas, Ailsa —murmuró, su voz baja y llena de emoción—. No sé cómo es posible que vengas de otro tiempo... pero te creo. Porque cuando te miro, cuando siento tu presencia en mi vida, sé que tú eres mi destino, sé que fuiste enviada a mí por una razón que no necesito comprender para aceptarla. Te creo, porque siento en mi alma que tú y yo estamos unidos más allá de todo lo que conozco.

Mis lágrimas se desbordaron, pero esta vez de emoción, de gratitud. Acaricié su rostro, mis dedos temblando mientras sentía la profundidad de sus palabras, la aceptación que me ofrecía sin reservas. A pesar de la extrañeza de mi historia, de lo incomprensible de mi verdad, él me aceptaba, me amaba por quien era, sin pedir explicaciones ni comprender cada detalle. Me abrazó con fuerza, y en su abrazo encontré la paz y la seguridad que tanto había deseado.

—Connor, no sabes lo que significa para mí escuchar eso —susurré entre sollozos, mi voz ahogada por la emoción—. Temía que al saberlo, al conocer la verdad, me vieras como una extraña, como alguien que no pertenece a tu mundo.

Él me miró, y una sonrisa suave iluminó su rostro, su mirada reflejando una devoción

que me hacía sentir más amada y aceptada de lo que jamás había imaginado.

—Eres mi destino, Ailsa, sin importar de dónde vengas o cómo llegaste aquí. Lo que siento por ti va más allá de todo eso. No necesito entender cada detalle para saber que eres la mujer que he estado esperando toda mi vida.

Sus palabras se grabaron en mi corazón como una promesa, un vínculo que fortalecía nuestro amor de una manera que iba más allá de cualquier explicación racional. Nos quedamos en silencio, dejando que la intensidad de aquel momento hablara por sí misma, y antes de darme cuenta, sus labios encontraron los míos en un beso lleno de ternura y de una pasión que parecía arder en cada fibra de mi ser.

Nuestros cuerpos se entrelazaron en el calor de las mantas, y el amor que compartíamos se expresó en cada caricia, en cada susurro que llenaba el aire de promesas y de entrega. Me dejé llevar por la cercanía de su piel, por el latido de su corazón junto al mío, y en aquel instante, sentí que todo estaba en su lugar, que nada podría separarnos.

La luz del sol continuaba filtrándose suavemente en la habitación, iluminando nuestros rostros y llenando el espacio con una paz infinita. Cuando finalmente me quedé dormida entre sus brazos, supe con absoluta certeza que había encontrado mi lugar en este mundo, en este tiempo, y que Connor era el refugio en el que siempre había soñado descansar.

En sus brazos, el pasado y el futuro se desvanecían, y solo quedaba el presente, un presente en el que el amor que compartíamos era el único lenguaje que necesitábamos, el único lugar al que realmente pertenecía.

Capítulo 24

La noche se extendía sobre nosotros como un manto oscuro y sereno, y en la quietud de la cabaña, sentía la respiración de Connor junto a la mía, el ritmo pausado de sus latidos como un eco de la calma que compartíamos. Habíamos pasado tantas noches entrelazados en este mismo lecho, explorando el amor que nos unía, pero esa noche, en la oscuridad y la intimidad de su abrazo, sentía algo diferente, una intensidad que iba más allá del deseo y la cercanía física. Era como si el vínculo entre nosotros hubiera echado raíces profundas, anclándonos el uno al otro de una manera inexplicable, uniendo nuestras almas en un lazo inquebrantable.

La calidez de su piel junto a la mía me llenaba de una paz profunda, y mientras acariciaba su rostro en la penumbra, supe que no podía seguir guardando para mí el peso de lo que Morag me había revelado. No era solo una historia antigua; era un secreto que llevaba como una carga en mi pecho, y la sombra de ese futuro incierto, de esa tragedia inminente, me atormentaba cada vez más. Connor tenía derecho a saber, a entender lo que había detrás de mi llegada, a conocer el destino que Morag y yo temíamos con un dolor que parecía atravesar los siglos.

Tomé aire, sintiendo la presión en mi pecho mientras buscaba las palabras adecuadas. Connor, con su brazo alrededor de mi cintura, me observaba en silencio, como si intuyera que algo importante estaba por revelarse. Sus ojos, cargados de una ternura y una fortaleza que siempre me dejaban sin aliento, me animaron a hablar, a confiar en él como nunca antes.

—Connor... necesito contarte algo —murmuré, mi voz apenas un susurro en la oscuridad—. Es algo que Morag me dijo... algo que me hizo comprender el verdadero motivo de mi llegada aquí, de por qué el destino me trajo a este tiempo, a tu vida.

Sentí su brazo tensarse ligeramente, pero él permaneció en silencio, sus ojos fijos en los míos mientras esperaba pacientemente, dispuesto a escuchar lo que mi corazón guardaba en secreto. Tomé sus manos entre las mías, buscando la fuerza que siempre encontraba en su cercanía, y continué.

—En el tiempo del que vengo... existen registros de algo terrible que sucederá aquí, en estas tierras, dentro de unos años. —Mi voz temblaba al pronunciar aquellas palabras, y sentí cómo el peso de la verdad comenzaba a desplomarse sobre nosotros—. Se trata de una masacre, Connor. Un ataque cruel contra el clan de los MacDonald. Según esos registros, los Campbell... ellos vendrán a Glencoe, y aniquilarán a todos en esta aldea.

La expresión de Connor se endureció, y vi el asombro y el horror en sus ojos mientras

procesaba lo que le estaba diciendo. Sus dedos se apretaron alrededor de los míos, y por un instante, el silencio que llenaba la cabaña se hizo denso, como si el eco de aquellas palabras resonara en cada rincón, en cada sombra.

—¿Quieres decir que... que todo mi clan...? —susurró, su voz rota por la incredulidad, como si mi confesión le pareciera imposible de aceptar.

Asentí, sintiendo cómo una lágrima se deslizaba por mi mejilla, reflejo de la tristeza que me invadía cada vez que pensaba en lo que le deparaba el futuro a su gente, a su familia. Me acerqué más a él, rodeándolo con mis brazos, sintiendo el temblor leve de su cuerpo bajo mis caricias, como si la magnitud de aquella revelación amenazara con desbordarlo.

—Eso es lo que los registros dicen, Connor. Pero Morag cree que no estoy aquí solo para amarte... sino para salvarlos. —Mi voz apenas era un murmullo, pero el peso de aquella misión se hizo más real al pronunciar las palabras en voz alta—. Creo que el destino me trajo aquí para evitar esa tragedia, para proteger a tu gente. Pero no sé cómo... no sé por dónde empezar.

Connor me miró en silencio, y en su expresión vi la lucha interna que libraba, el esfuerzo por comprender lo que le estaba revelando, lo que significaba para él, para su clan y para nuestro amor. La lealtad a su gente, a la tierra de sus ancestros, estaba grabada en su alma, y sabía que el solo hecho de considerar una amenaza de esa magnitud era un golpe que desafiaba sus creencias más profundas.

—Ailsa, esto... esto es difícil de entender —dijo finalmente, su voz profunda y llena de una vulnerabilidad que pocas veces dejaba ver—. Esta tierra es todo para nosotros, para cada uno de los que viven aquí. Mi gente ha estado en estas montañas, en estos valles, desde tiempos inmemoriales. Pedirles que se marchen, que abandonen su hogar... será como pedirles que renuncien a su propia vida.

Sentí el dolor en su voz, la desesperación ante la posibilidad de un futuro tan oscuro, y una parte de mí comprendía el dilema que él enfrentaba. La vida en el clan giraba en torno a las raíces, a la pertenencia a una tierra que no era solo un lugar, sino una extensión de sus almas. Pero al mismo tiempo, el temor de verlos caer, de saber que el futuro les reservaba un destino tan cruel, me impulsaba a encontrar una solución, a hacer todo lo posible por proteger a quienes ya consideraba mi familia.

—Sé que será difícil convencerlos —respondí, mi voz llena de una determinación que no sabía que tenía—. Pero Connor, no puedo simplemente quedarme de brazos cruzados, no puedo ignorar lo que sé. Si hay una forma de salvarlos, de proteger a esta aldea, tengo que intentarlo. Debemos encontrar la manera de hacerles entender, de ayudarles a ver que este lugar no vale más que sus vidas.

Él asintió, su mirada oscureciéndose mientras consideraba mis palabras, mientras la

idea de aquella masacre futura se asentaba en su mente como una amenaza tangible. La tensión en sus hombros reflejaba la carga de responsabilidad que sentía, el peso de ser el hombre que debía tomar decisiones difíciles por el bien de su gente, incluso cuando aquellas decisiones desafiaban todo lo que conocía y amaba.

—Ailsa, sabes que te creo —dijo en voz baja, su mirada volviéndose hacia mí con una ternura que me hizo sentir que, a pesar de la oscuridad de nuestros pensamientos, aún había luz entre nosotros—. Aunque no comprenda todo, aunque sea difícil de aceptar... confío en ti. Y si el destino te trajo aquí para protegernos, para guiarnos, haré todo lo que esté en mis manos para ayudarte.

Mis ojos se llenaron de lágrimas ante sus palabras, y sentí cómo una mezcla de amor y gratitud me envolvía, como si el lazo que nos unía se volviera aún más fuerte, aún más profundo. Connor era el ancla en mi vida, el hombre que había aceptado mi amor y mi verdad, y ahora, en este desafío tan difícil, sentía que juntos encontraríamos la fuerza para enfrentar lo que fuera necesario.

—Gracias, Connor —murmuré, conmovida hasta lo más profundo de mi ser—. Saber que te tengo a mi lado, que no debo enfrentar esto sola... es todo lo que necesito.

Él me abrazó, sus brazos envolviéndome con una calidez que disipaba mis temores, y en su cercanía encontré el valor para seguir adelante, para enfrentar los retos que el destino había puesto en nuestro camino. Nos quedamos así, en silencio, nuestros pensamientos entrelazados mientras las sombras de la noche se desvanecían lentamente, y aunque el futuro era incierto, supe que, juntos, lucharíamos por proteger a quienes amábamos, que el amor que compartíamos nos daría la fuerza para desafiar cualquier destino.

Capítulo 25

El bosque estaba envuelto en un silencio profundo mientras avanzaba por el sendero que conducía a la cabaña de Morag. La nieve crujía bajo mis botas, y el aire frío llenaba mis pulmones, despejando mis pensamientos mientras mi mente repasaba, una y otra vez, las palabras de Morag y el destino incierto que colgaba sobre la aldea. Necesitaba respuestas, una señal que me ayudara a comprender qué hacer para proteger a Connor, a su gente, a la familia que había encontrado en este tiempo.

Al llegar a la cabaña, me detuve un instante, notando que algo había cambiado en el ambiente. La cabaña, que normalmente estaba envuelta en una calidez acogedora, parecía ahora vacía, desprovista de vida. Empujé la puerta lentamente y, al cruzar el umbral, el aire frío me dio la bienvenida, como si la cabaña no hubiera albergado fuego en días. El silencio dentro del lugar era casi tangible, y mientras mis ojos se acostumbraban a la penumbra, me di cuenta de que Morag no estaba allí.

Recorrí la estancia con la mirada, notando cómo todo parecía estar en su sitio, y, sin embargo, la presencia de la anciana, esa energía única que siempre llenaba la cabaña, había desaparecido por completo. Me acerqué a la chimenea, esperando encontrar alguna señal, algún rastro que indicara cuándo volvería, cuando mis ojos se posaron en un trozo de papel, una carta colocada cuidadosamente sobre la repisa. Con el corazón acelerado, la tomé entre mis manos, reconociendo la caligrafía meticulosa y firme de Morag. Apreté la carta contra mi pecho, sintiendo una mezcla de nerviosismo y esperanza, y, finalmente, la abrí.

> *Querida Ailsa,*
>
> *Si estás leyendo esto, significa que tu corazón ha buscado respuestas y que el destino ha trazado un camino al cual no puedes escapar. Sé que el miedo y la incertidumbre te embargan, que te preguntas cómo podrás cambiar un pasado que ya está escrito. Pero escucha bien mis palabras: el pasado, Ailsa, no puede alterarse, no como lo imaginamos. Sin embargo, el curso de los ríos puede ser desviado, y una pequeña corriente puede llevar vida a nuevos lugares.*

Me quedé en silencio, las palabras de Morag resonando en mi mente mientras intentaba comprender el mensaje que me enviaba. El pasado no podía cambiarse, y aún así, podía modificarlo de alguna manera, aunque fuera mínima. Continué leyendo, con los ojos fijos en cada palabra, sintiendo que cada frase era una clave, un enigma que debía resolver.

> *La historia cuenta que una masacre acabará con los MacDonald de Glencoe, que su*

sangre se perderá en las tierras heladas de estas montañas. Sin embargo, una semilla puede sobrevivir incluso en el terreno más árido. Ailsa, tu presencia aquí es la esperanza de una nueva vida, la promesa de que el linaje de los MacDonald no desaparecerá. No puedes salvarlos a todos, pero puedes salvar a Connor. Juntos, ustedes son el futuro del clan.

El peso de aquellas palabras me dejó sin aliento, y sentí cómo una oleada de emoción y miedo me recorría. Morag estaba diciéndome que no podía cambiar la historia de todos, que no podía evitar la tragedia que se cernía sobre el clan, pero que aún había esperanza, una esperanza que dependía de mi amor por Connor y de nuestra unión. Guardé la carta contra mi pecho, tratando de procesar la magnitud de aquella revelación, y supe que debía volver a la aldea, que debía encontrar a Connor y compartir con él lo que Morag me había revelado.

Con el corazón palpitando, salí de la cabaña y comencé a correr por el sendero, el frío aire cortando mi piel mientras me apresuraba de regreso a la aldea. La nieve caía de forma más intensa ahora, envolviendo el paisaje en un silencio blanco y profundo, pero no me detuve. Mis pensamientos se agolpaban en mi mente, y la urgencia de ver a Connor, de compartir con él la verdad, me impulsaba a seguir adelante.

Al llegar a la aldea, me dirigí directamente a la fragua, donde sabía que encontraría a Connor. Al cruzar la puerta, el calor de las brasas y el olor a metal y fuego me recibieron, y allí estaba él, con el torso desnudo, trabajando con su habitual concentración. Al verme, dejó a un lado sus herramientas, y su expresión cambió al instante, su mirada llena de preocupación al ver la urgencia en mi rostro.

—Ailsa, ¿qué sucede? —preguntó, acercándose a mí, sus manos cálidas tomando las mías mientras intentaba calmar mi respiración.

Sin decir nada, le tendí la carta, sintiendo cómo el peso de mis pensamientos y de las palabras de Morag me abrumaban. Connor tomó la carta, y su mirada se oscureció mientras leía cada línea, cada palabra, dejando que la revelación se asentara en su mente.

El silencio se hizo eterno mientras él leía, y mi corazón latía desbocado, temiendo su reacción, temiendo lo que podría significar para él saber que nuestra misión era salvar el linaje del clan, que, aunque no pudiéramos evitar la tragedia para todos, juntos podíamos preservar la esencia de su familia.

Finalmente, Connor bajó la carta y me miró, su expresión seria pero serena, como si comprendiera en el fondo de su alma lo que Morag nos estaba pidiendo, la carga que ahora compartíamos.

—Entonces... el futuro del clan depende de nosotros —dijo, sus palabras un susurro lleno de una mezcla de responsabilidad y aceptación—. Morag cree que nuestra unión es la clave,

que juntos podemos preservar algo de nuestro linaje, incluso cuando todo parece condenado.

Asentí, con lágrimas en los ojos, sintiendo que el peso de aquella misión era abrumador, pero que al mismo tiempo nos unía de una manera que iba más allá del amor que compartíamos. Connor me tomó entre sus brazos, sus manos firmes y protectoras, y en su abrazo encontré la fuerza que necesitaba para enfrentar lo que vendría, para aceptar que aunque no pudiéramos salvar a todos, aún había esperanza, una esperanza que dependía de nosotros.

—Connor, sé que es mucho lo que te estoy pidiendo —murmuré, mi voz temblando ligeramente mientras me apoyaba en su pecho—. Pero debemos encontrar la manera de preservar tu linaje, de asegurarnos de que algo de este lugar, de tu gente, sobreviva.

Él acarició mi rostro, sus dedos suaves y cálidos mientras me miraba con una determinación que me llenó de paz.

—Lo haremos, Ailsa —dijo, su voz cargada de una certeza que me reconfortaba—. Pero no podemos hablar de esto con nadie más. Nadie entendería... y si corriera la voz, si el clan supiera lo que Morag ha revelado, el caos y el miedo podrían arruinar todo. Por ahora, será nuestro secreto. Meditaremos juntos sobre cómo enfrentar esto, sobre cómo preservar nuestra esperanza.

Sus palabras, cargadas de sabiduría y prudencia, me hicieron sentir que, pese a la magnitud de nuestra tarea, no estábamos solos en esta misión. Teníamos nuestro amor, nuestra fe en el futuro y en el vínculo que nos unía, un vínculo que trascendía cualquier tragedia, cualquier destino.

Me abrazó con fuerza, y sentí que el calor de su amor y de su promesa me envolvía, dándome el valor para enfrentar lo que fuera necesario, para luchar por un futuro en el que el linaje de los MacDonald, en el que nuestra familia, continuara viva y fuerte.

Capítulo 26

Al regresar a casa, la calidez de la cabaña y el olor familiar del fuego me devolvieron una sensación de paz que necesitaba con urgencia después de la revelación de Morag y las dudas que pesaban sobre mi mente. Connor y yo habíamos acordado mantener en silencio nuestro propósito, pero eso no disminuía la carga que sentía en el pecho. La posibilidad de salvar a Connor y de preservar el linaje de los MacDonald era un anhelo y una responsabilidad que me envolvía en un torbellino de emociones. Sin embargo, apenas cruzamos el umbral de la cabaña, supe que algo había cambiado. La expresión de Elspeth era seria, sus manos se retorcían sobre su regazo y sus ojos, siempre llenos de una chispa maternal y calmada, parecían reflejar una preocupación profunda.

Connor le dirigió una mirada de preocupación, acercándose a ella con un gesto protector.

—Madre, ¿qué sucede? —preguntó con suavidad, posando una mano en su hombro.

Elspeth alzó la vista y esbozó una sonrisa, aunque débil y con cierto temblor en los labios. Nos hizo un gesto para que nos acercáramos, y Connor y yo nos sentamos a su lado, mirándola con expectación. Elspeth nos mostró una carta doblada que sostenía entre sus manos, y antes de decir algo, inspiró profundamente, como si necesitara reunir fuerzas para lo que estaba a punto de contarnos.

—He recibido una carta de mi hermana, Effie MacGregor —comenzó, su voz suave pero cargada de un peso que comprendíamos bien—. Escribió para decirme que nuestro padre está gravemente enfermo. Parece que ya no le queda mucho tiempo y... Effie está sola cuidándolo. Me pide que vaya, que esté a su lado en estos últimos momentos.

El silencio que siguió fue denso, y sentí que las palabras de Elspeth resonaban en el aire como un eco que cargaba una urgencia inesperada. Miré a Connor, que permanecía en silencio, su rostro reflejando una mezcla de preocupación y responsabilidad.

Para mí, escuchar que Elspeth era una MacGregor fue una sorpresa que no esperaba. Los MacGregor, un clan vecino y a veces rival de los MacDonald, no eran mencionados con frecuencia, y hasta ese momento, no había imaginado que mi suegra pudiera tener lazos con ellos. Mientras la información se asentaba en mi mente, sentí un destello de esperanza, una intuición que me hacía pensar que esta podría ser la señal que necesitábamos para convencer a Elspeth de abandonar las tierras de Glencoe y protegerla a ella y a Connor de la tragedia que se avecinaba.

—¿Y piensas ir sola, madre? —preguntó Connor, su voz tranquila pero teñida de preocupación.

Elspeth asintió, aunque su expresión mostraba la duda que sentía.

—Effie necesita de mí, y mi padre... —Suspiró, con una mezcla de tristeza y resignación en su mirada—. No puedo ignorar el llamado. No puedo dejar que él muera solo, sin el consuelo de su familia cerca.

La tristeza en sus palabras me conmovió profundamente, y supe que no podía permitir que enfrentara aquel viaje sola. Connor y yo compartimos una mirada silenciosa, un entendimiento que pasaba más allá de las palabras. Él también comprendía la posibilidad que esto representaba, una oportunidad de apartar a su madre y a él mismo de Glencoe sin revelarles la oscura verdad que habíamos descubierto.

—Permítenos acompañarte, Elspeth —intervine, mi voz serena pero cargada de una determinación que apenas podía contener—. Connor y yo podemos viajar contigo. Es un momento difícil, y no tienes que enfrentarlo sola.

Elspeth me miró con un brillo de sorpresa y agradecimiento en los ojos, como si mis palabras fueran un alivio inesperado. Tomó mis manos entre las suyas y, en su gesto, sentí la gratitud y el amor que me ofrecía de una manera tan sincera que me hizo comprender cuánto significaba para ella nuestra compañía.

—No quiero que os sintáis obligados, Ailsa, Connor... —murmuró, aunque su mirada mostraba el peso de la situación y la profunda gratitud que sentía ante nuestra disposición de acompañarla—. Entiendo que pueda ser incómodo para ti, Ailsa. El clan MacGregor no siempre ha sido... cercano al nuestro.

Le sonreí suavemente, intentando transmitirle la confianza y el amor que sentía por ella.

—Los lazos de sangre son lo más importante, Elspeth. Effie necesita de ti, y no queremos que emprendas este viaje sola. Estaremos a tu lado, pase lo que pase.

Connor asintió, su expresión llena de cariño y determinación mientras observaba a su madre.

—Madre, es un momento difícil, y nada es más importante que la familia. Nos aseguraremos de que llegues segura y de que puedas estar al lado de Effie en estos días tan complicados. —Sus palabras eran firmes, y en su voz se reflejaba la fuerza y el amor que lo unían a su madre y a su familia.

Elspeth suspiró, visiblemente conmovida, y asentó con una sonrisa suave, aunque en sus ojos aún brillaba una mezcla de tristeza y gratitud.

—Gracias, Connor, Ailsa. No sé cómo agradeceros este gesto. —Nos abrazó con ternura, y en su abrazo sentí la calidez de un amor incondicional, una muestra de la familia que había encontrado en ellos.

Mientras Elspeth se retiraba a sus habitaciones para comenzar a preparar lo necesario

para el viaje, Connor y yo nos quedamos en silencio junto al fuego. La situación que se presentaba ante nosotros era compleja y llena de retos, pero al mismo tiempo, significaba una oportunidad para salvar a aquellos a quienes amábamos, para apartarlos del destino oscuro que se cernía sobre Glencoe.

—¿Crees que esto pueda ser suficiente para convencer a Elspeth de quedarse allí? —pregunté en voz baja, mis pensamientos ya anticipando los desafíos que enfrentaríamos al intentar persuadir a Elspeth de abandonar Glencoe y quedarse en tierras MacGregor.

Connor asintió, su mirada reflexiva mientras meditaba nuestras opciones.

—Puede que sea la oportunidad que necesitábamos, Ailsa. —Se inclinó hacia mí, tomando mis manos con suavidad—. Si logramos que ella se quede allá, al menos hasta que... —Su voz se cortó, incapaz de pronunciar en voz alta el futuro sombrío que ambos sabíamos que aguardaba—. Podríamos evitarle la tragedia que sabemos que se avecina.

Asentí, dejando que el peso de aquella posibilidad se asentara en mi corazón. Era un paso difícil, pero el destino nos estaba ofreciendo una opción, una posibilidad de proteger a aquellos que amábamos de la masacre que se avecinaba.

—Estaremos juntos en esto, Connor —susurré, apoyándome en él mientras sentía la calidez de su abrazo—. No importa lo que venga, no importa las adversidades... lucharé a tu lado para protegerte, a ti y a Elspeth.

Nos quedamos en silencio, contemplando las brasas del fuego mientras el plan se iba formando en nuestras mentes, un plan que nos permitiría ofrecer a Elspeth una excusa para quedarse en tierras seguras, lejos de la oscuridad que se cernía sobre Glencoe.

Y así, mientras la noche se desvanecía y el amanecer se acercaba, supe que el viaje a tierras MacGregor era más que una visita familiar. Era una oportunidad para cambiar el curso de los acontecimientos, para preservar el amor y la familia que habíamos encontrado, y para desafiar el destino con la fuerza de nuestro amor y nuestra voluntad.

Capítulo 27

La mañana era fría y silenciosa cuando dejamos la aldea, y la nieve cubría el suelo en una capa brillante que reflejaba la luz de un sol pálido. A medida que avanzábamos, sentía una mezcla de emoción y nerviosismo, una combinación de sentimientos que me llenaba de expectativas y de una ligera ansiedad. Sabía que este viaje no solo era una oportunidad de apoyar a Elspeth y a su familia, sino también una vía para protegerla a ella y a Connor, alejándolos de la tragedia que el destino había profetizado para Glencoe.

Connor caminaba junto a mí, su mirada atenta al paisaje y sus sentidos siempre alerta. Me había explicado antes de partir que nuestro trayecto nos llevaría a cruzar tierras pertenecientes a los Campbell, y aunque yo solo tenía una vaga idea de la tensión histórica entre ambos clanes, podía ver en la seriedad de su expresión que el viaje implicaba más riesgos de los que había imaginado.

—Las tierras de los Campbell están al oeste, justo antes de alcanzar el lago Awe —me explicó en voz baja mientras nos apartábamos del sendero principal, donde la nieve dificultaba cada paso—. Es posible que nos crucemos con alguno de ellos, y aunque no buscaremos conflicto, debemos estar alerta. Los Campbell y los MacDonald... no se llevan bien desde hace generaciones.

Asentí en silencio, comprendiendo la gravedad de su advertencia, y tomé su mano con fuerza, sintiendo que ese simple gesto era un escudo que nos protegería, a nosotros y a Elspeth, de cualquier peligro que pudiéramos encontrar. Miré hacia atrás, donde Elspeth avanzaba con determinación, envuelta en su capa de lana y sus pensamientos, y no pude evitar admirar la fortaleza de aquella mujer que estaba dispuesta a cruzar el valle y las montañas en pleno invierno, solo para estar al lado de su hermana y cuidar a su padre en sus últimos momentos.

A pesar de que viajábamos en silencio, el frío y la nieve hacían que cada paso fuera un desafío. La nieve se amontonaba a nuestro alrededor, y en algunos tramos, el hielo cubría el suelo, obligándonos a movernos con lentitud y cautela. El peso de la nieve acumulada en los árboles caía de vez en cuando en grandes copos que se deslizaban por nuestras capas, y aunque el paisaje era hermoso, el esfuerzo por avanzar nos recordaba constantemente lo arduo del camino.

A medida que nos acercábamos a las tierras Campbell, la tensión se hacía palpable. Connor permanecía siempre alerta, observando cada movimiento en el bosque, y sus manos se tensaban sobre el mango de la espada que llevaba a su costado. Mis pensamientos iban y venían, y aunque confiaba en su destreza y en nuestra discreción, no podía evitar

sentir una ligera aprensión al imaginar que pudiéramos encontrarnos con algún miembro de aquel clan enemigo.

Finalmente, el sol comenzó a caer, y decidimos detenernos para hacer una pequeña fogata y calentar algo de comida antes de continuar. La noche se cernía sobre el bosque con rapidez, y el aire se volvía cada vez más helado, mordiendo nuestra piel con una intensidad que solo las Highlands podían ofrecer en pleno invierno.

Mientras Connor preparaba el fuego y Elspeth calentaba algunas hierbas en una pequeña olla que llevaba consigo, me senté junto a ellos, sintiendo el calor reconfortante de las llamas. Era extraño estar en medio de este paisaje salvaje, lejos de la seguridad de la aldea, pero al mismo tiempo sentía una profunda gratitud de compartir este viaje con Connor y con Elspeth, de enfrentar los desafíos a su lado.

—¿Alguna vez habías hecho un viaje así en invierno? —pregunté a Elspeth, observando cómo calentaba sus manos sobre el fuego.

Ella sonrió, con ese aire de sabiduría y serenidad que siempre me hacía sentir como si estuviera en presencia de alguien que conocía cada secreto de estas tierras.

—Hace muchos años, cuando era joven —respondió, su voz suave y cargada de recuerdos—. Recuerdo que mi madre nos llevaba a visitar a los MacGregor cuando la nieve apenas comenzaba a caer, y los caminos eran tan difíciles como ahora. Pero ver el lago Awe en invierno... es una belleza que no puede describirse con palabras.

La calidez en su tono me hizo sonreír, y en su mirada vi una mezcla de nostalgia y esperanza, como si aquel viaje la conectara con recuerdos de su juventud, con las raíces que había dejado atrás cuando se unió a los MacDonald. Elspeth y Effie no habían estado juntas en años, y aunque la enfermedad de su padre era la razón de nuestro viaje, no podía evitar sentir que aquella reunión sería una bendición en sí misma, un momento de unión familiar que fortalecía nuestros lazos.

Después de comer y calentar un poco nuestros cuerpos, decidimos reanudar la marcha. La noche avanzaba rápidamente, y aunque faltaban cinco días para Navidad, el tiempo se sentía como un enemigo, recordándonos que cada instante contaba. El camino era cada vez más angosto, y en algunos tramos, la nieve se acumulaba en montículos que nos obligaban a caminar con lentitud.

La luna comenzó a asomarse por el horizonte, su luz pálida iluminando el paisaje nevado a nuestro alrededor. A pesar del frío y el cansancio, había algo mágico en aquella escena, en la paz que emanaba de la noche, en el sonido suave de nuestros pasos sobre la nieve.

Connor me miró, y en su mirada vi el mismo sentimiento, la misma admiración por la belleza del lugar. Sonreí, agradecida de poder compartir este momento con él, de saber que,

a pesar de los desafíos y el riesgo de atravesar las tierras Campbell, estábamos juntos, enfrentando todo con una fortaleza que no había conocido hasta entonces.

Finalmente, tras varias horas de marcha, vimos una pequeña cabaña abandonada en un claro del bosque. Decidimos detenernos allí para pasar la noche, protegiéndonos del frío y ganando algo de energía para el siguiente día de viaje. Connor inspeccionó el lugar antes de permitirnos entrar, asegurándose de que no hubiera peligro. Una vez dentro, Elspeth y yo nos acomodamos cerca del fuego que él encendió, sintiendo que nuestras fuerzas se renovaban con el calor de las llamas.

Mientras nos arropábamos bajo las mantas, mis pensamientos se dirigieron al motivo de nuestro viaje y a la cercanía de las tierras MacGregor. Me preguntaba si realmente sería posible convencer a Elspeth de quedarse allí, si podríamos persuadirla de que su lugar estaba al lado de su hermana y no en Glencoe, donde el destino parecía sellado para los MacDonald.

Antes de dormirme, miré a Connor, quien permanecía despierto, atento a cualquier sonido en el bosque. Su postura, su expresión de alerta, me recordaban la fortaleza y la valentía que lo caracterizaban, y una ola de amor me llenó el pecho. Sabía que no importaba lo que el futuro nos deparara; mientras estuviera a su lado, encontraría la fuerza para enfrentar cualquier adversidad.

Y así, envuelta en el calor de la cabaña y en la cercanía de mi familia, me entregué al sueño, sabiendo que al amanecer continuaríamos nuestro viaje hacia el hogar de los MacGregor, un lugar que podría significar la salvación para aquellos que amaba.

Capítulo 28

El amanecer pintaba el horizonte con tonos dorados cuando llegamos a la aldea de los MacGregor, situada a orillas del majestuoso lago Awe. La superficie del agua reflejaba los primeros rayos de sol, creando un paisaje tan sereno y bello que me hizo olvidar, aunque fuera solo un instante, las razones de nuestro viaje. Había algo en este lugar, una paz antigua que se sentía en el aire, como si el lago mismo resguardara los secretos y las historias de generaciones enteras.

A medida que nos adentrábamos en la aldea, pude ver que, a pesar de ser un lugar diferente, compartía con Glencoe esa misma atmósfera de comunidad y de lazos familiares profundos. Cada cabaña, cada sendero nevado, reflejaba la vida cotidiana de un pueblo que, aunque pequeño, estaba lleno de historia y resiliencia.

Nos recibió Effie, la hermana de Elspeth, quien, a pesar del cansancio y el dolor en su rostro, nos recibió con una calidez que me hizo sentir de inmediato como en casa. Effie era de complexión delgada y tenía los mismos ojos oscuros y serenos que Elspeth, como si la fortaleza de su espíritu se reflejara en su mirada. Al ver a su hermana, los ojos de Effie se llenaron de lágrimas, y ambas se fundieron en un abrazo largo y lleno de cariño, un reencuentro que parecía reconectar los lazos que el tiempo y la distancia habían intentado romper.

—Gracias por venir, Elspeth... y gracias a ti, Connor —dijo Effie, sus ojos brillando con gratitud mientras nos daba la bienvenida—. No puedo expresar lo mucho que significa para mí teneros aquí, y también a ti, Ailsa. Mi padre... ha sido muy difícil verle así, y teneros aquí me da más fuerza de la que había imaginado.

Elspeth la tomó de la mano, susurrando palabras de consuelo y apoyo, y pude ver la profundidad del lazo que compartían, un vínculo que las unía a través de los años y las circunstancias.

Nos guio hasta el interior de la casa, donde, en una habitación cálida y tenue, yacía el abuelo de Connor. Su cabello, aunque escaso y gris, aún conservaba algo de la fuerza que lo había caracterizado en su juventud. A su lado, un cuenco con hierbas y agua caliente impregnaba la habitación con un aroma terroso, como si intentaran preservar en el ambiente la fortaleza que le quedaba. Cuando Connor y yo entramos en la estancia, el anciano nos miró, sus ojos claros y penetrantes posándose en su nieto con una mezcla de orgullo y nostalgia.

No pude evitar quedarme sin aliento al ver el increíble parecido que había entre ellos. Aunque el tiempo y las duras experiencias habían dejado sus marcas en el rostro del abuelo,

los mismos ojos azules brillaban en su mirada, y la forma de su mandíbula, la curva de sus labios, reflejaban en gran medida los rasgos de Connor. Era como observar una imagen de Connor en el futuro, una versión de él que hablaba de generaciones y de una historia familiar que ahora, en este momento, se unía a nosotros.

El anciano sonrió, su voz profunda y serena llenando la habitación con un tono que transmitía una sabiduría y una calma profundas.

—Así que finalmente has venido, Connor —dijo, y su tono reflejaba una mezcla de alivio y tristeza—. Nunca imaginé verte aquí, y menos en estos tiempos difíciles. Me duele no poder atender la fragua como antes. Esa fragua... es lo que sostiene a la familia y a la aldea. Saber que está cerrada... —Hizo una pausa, tosiendo ligeramente antes de continuar —. Me entristece, muchacho.

Connor se acercó a él, y vi cómo su expresión se llenaba de un respeto y una devoción que hablaban de mucho más que palabras. Se arrodilló al lado de su abuelo, tomando su mano con una suavidad que me conmovió profundamente.

—Abuelo, no te preocupes por la fragua —dijo Connor, su voz cargada de una calma que intentaba transmitirle fortaleza—. Yo la pondré en marcha y me aseguraré de que siga funcionando. La familia y la aldea no sufrirán mientras esté aquí. Es una promesa.

Los ojos del abuelo se llenaron de lágrimas, y con un gesto tembloroso, colocó una mano sobre la cabeza de Connor en una bendición silenciosa. En sus ojos vi el alivio y la gratitud de alguien que, al final de su vida, encontraba la paz al saber que su legado, su labor y su amor por la familia continuarían en manos de quienes más amaba.

—Gracias, hijo. Eres un buen hombre, Connor, un orgullo para nuestro clan —susurró, su voz apagada pero llena de una emoción que reflejaba toda una vida de sacrificios y de amor.

Nos retiramos de la habitación con el corazón lleno, y mientras Effie se quedaba a atender a su padre, Elspeth y yo nos dedicamos a preparar la casa. Había tareas simples que requerían atención, pequeños detalles que queríamos cuidar para que Effie pudiera concentrarse en pasar esos momentos preciosos con su padre. Entre nosotras se creó una conexión natural, una complicidad que no necesitaba palabras.

—Ailsa, nunca imaginé que un día estaría aquí contigo, ayudando a mi hermana —dijo Elspeth, mientras colocábamos mantas frescas en las camas y encendíamos velas para iluminar los rincones oscuros de la casa—. Pero me siento profundamente agradecida de tenerte aquí. Es como si... el destino hubiera decidido reunirnos en este momento.

Asentí, sintiendo que cada palabra de Elspeth resonaba en mi interior con la misma fuerza. Aquel viaje no solo era una oportunidad para fortalecer nuestros lazos familiares, sino también un recordatorio de que, en momentos de incertidumbre, el amor y la familia

eran la verdadera fortaleza que sostenía nuestras vidas.

Mientras tanto, Connor ya se había dirigido a la fragua de la familia, y el sonido rítmico del martillo golpeando el metal comenzó a llenar el aire. Aquellos ecos de trabajo y vida se extendían por la aldea, y vi cómo algunos aldeanos se acercaban, observando con curiosidad y respeto al hombre que había regresado para continuar el legado de su abuelo. La gente de la aldea entendía la importancia de esa fragua, y en sus rostros se reflejaba el agradecimiento al ver que, una vez más, la forja tomaba vida, irradiando calor y seguridad.

Al final de la tarde, cuando la casa estaba en orden y los preparativos estaban completos, me acerqué a la fragua para ver a Connor. Al entrar, el calor y la luz de las brasas me envolvieron, y allí estaba él, su piel cubierta de sudor y su concentración fija en el metal que moldeaba. En aquel momento, comprendí que no solo estaba forjando una pieza de metal; estaba forjando también nuestro futuro, nuestro hogar.

Connor me miró y me dedicó una sonrisa cansada pero llena de satisfacción. Me acerqué a él, tomando su mano mientras el calor del fuego nos envolvía.

—Estás devolviendo la vida a esta fragua, Connor —dije, admirando la pasión y la dedicación que él había vertido en cada golpe de martillo.

Él apretó mi mano, sus ojos reflejando la misma fortaleza que había visto en los ojos de su abuelo, una promesa silenciosa de que juntos enfrentaríamos cualquier destino, cualquier reto.

—Lo hago por ellos, por mi familia, por ti, Ailsa —respondió, su voz suave pero llena de una determinación que me llenó de amor y gratitud—. No sé qué nos depara el futuro, pero sé que mientras esté a tu lado, mientras esté con ellos... seremos capaces de enfrentarlo.

Nos quedamos allí, en silencio, en el calor de la fragua y del hogar que estábamos construyendo juntos, y en aquel momento, supe que no importaban las adversidades. Mientras tuviera a Connor y a nuestra familia a mi lado, siempre encontraría la fuerza para seguir adelante.

Capítulo 29

La Navidad llegó al pequeño hogar de los MacGregor con una calidez especial, una paz profunda que parecía emanar de cada rincón de la casa. Aunque el frío del invierno cubría la aldea en un manto de nieve y hielo, el ambiente dentro de la cabaña era cálido y lleno de vida. Effie y Elspeth se habían encargado de preparar una cena sencilla, pero deliciosa, y el aroma de las hierbas y el pan recién horneado llenaba la estancia, envolviéndonos en un ambiente de hogar que era reconfortante en lo más profundo.

Nos reunimos alrededor de la mesa, y sentí una gratitud inmensa al ver a cada uno de ellos. Connor, sentado a mi lado, me miraba con una sonrisa suave que reflejaba todo lo que sentía, todo el amor que compartíamos y la promesa silenciosa de un futuro que estábamos construyendo juntos. Effie y Elspeth intercambiaban miradas llenas de cariño, y en sus ojos veía no solo la unión de dos hermanas, sino también el alivio de haber superado los años de distancia que las habían separado.

La cena transcurrió entre risas y recuerdos, y Effie nos contó historias de su juventud, anécdotas que hicieron reír a Elspeth y que llenaron la estancia de una alegría genuina, como si, en ese momento, todas las preocupaciones del mundo se desvanecieran. Sin embargo, había en su voz una nostalgia que me hizo entender que aquellas risas también ocultaban momentos de tristeza y sacrificio, recuerdos de una vida marcada por la pérdida y la fortaleza.

Fue después de la cena, mientras recogíamos los platos y Elspeth calentaba agua para preparar un poco de té, cuando Effie se acercó a mí, su expresión amable pero introspectiva. Con un suspiro, me miró con una mezcla de vulnerabilidad y fortaleza, como si estuviera a punto de abrirme una parte de su vida que pocas veces había compartido.

—Ailsa, supongo que no sabes mucho sobre mi vida —comenzó, su voz suave mientras miraba el fuego en la chimenea—. Me casé siendo muy joven, llena de ilusiones y sueños, como cualquier mujer de mi edad. Mi esposo era un buen hombre, un pastor que conocía cada rincón de las montañas como la palma de su mano. Pero un invierno... uno como este, una tormenta lo sorprendió cuando bajaba el rebaño, y nunca regresó.

Sus palabras resonaron en el aire, cargadas de una tristeza que me llenó el pecho. Me quedé en silencio, asimilando el dolor que Effie había guardado en su corazón durante tantos años, un dolor que la había llevado de vuelta al hogar de su padre, a una vida que, aunque tranquila, no era la que había soñado.

—No tuvimos hijos —continuó, y en su voz sentí la añoranza de una maternidad que

nunca llegó—. Cuando él falleció, me di cuenta de que no tenía nada que me retuviera en otro lugar, y decidí regresar aquí, a cuidar de mi padre y a encontrar consuelo en mi familia. A veces la vida toma giros que no esperamos, y aunque el dolor no desaparece, uno aprende a vivir con él.

Sentí un nudo en la garganta, y me acerqué a ella, tomando su mano en un gesto silencioso de apoyo y comprensión. En aquel instante, comprendí no solo el dolor de Effie, sino también el temor profundo que se escondía en mi propio corazón. No podía evitar pensar en cómo me sentiría si alguna vez perdiera a Connor, si una tragedia me arrebatara el amor que habíamos encontrado, dejándome sola y con el peso de una vida rota.

—Effie... lo siento mucho —susurré, sintiendo que mis palabras eran solo una pequeña muestra de la empatía que sentía hacia ella—. Eres una mujer fuerte, y sé que tu esposo estaría orgulloso de ti, de la vida que has construido aquí.

Effie me sonrió, y en sus ojos vi una paz que había alcanzado con los años, una aceptación que solo quienes han conocido el dolor más profundo pueden comprender.

—Gracias, Ailsa —dijo con un tono suave y agradecido—. A veces, el consuelo llega en formas inesperadas, y en esta Navidad, me siento afortunada de tener a mi familia aquí, de estar rodeada de amor.

Nos abrazamos en silencio, y en aquel momento sentí que había encontrado en Effie a una amiga, a una confidente que entendía las complejidades de la vida, del amor y de la pérdida. Cuando finalmente nos separamos, Connor se acercó a mí, su expresión llena de ternura, y me guio de vuelta a nuestra habitación, dejando que Effie y Elspeth se despidieran para descansar después de la cena.

Cuando nos encontrábamos en la intimidad de nuestra habitación, sentí una mezcla de emociones que se arremolinaban en mi pecho. La historia de Effie me había tocado profundamente, y mientras Connor me abrazaba, me sentí inundada por el amor y la gratitud de tenerlo a mi lado, de saber que cada momento con él era un regalo que no daba por sentado.

Nuestros cuerpos se entrelazaron en la penumbra de la habitación, y nos entregamos a un amor que iba más allá de las palabras, un amor que era nuestro refugio y nuestra fuerza. Connor me miraba con una devoción que me hacía sentir completamente suya, y en cada caricia, en cada beso, sentía cómo nuestras almas se unían en una promesa silenciosa de estar juntos, de protegernos y de amarnos sin reservas.

Al final, mientras descansábamos abrazados, con su respiración suave acompañando el latido de mi corazón, sentí que había algo más que necesitaba decirle, una confesión que llevaba en el alma desde hacía tiempo.

—Connor... —murmuré, mi voz apenas un susurro en la quietud de la noche—. Quiero

tener una familia contigo, quiero que construyamos una vida juntos, aquí, en estas tierras. Siento que este es el lugar donde pertenecemos, donde podemos construir un hogar y un futuro para nuestros hijos.

Connor me miró en silencio, y en sus ojos vi la misma emoción, el mismo amor que me embargaba a mí. Acarició mi rostro con una suavidad infinita, y sus labios se curvaron en una sonrisa que reflejaba la promesa de un futuro compartido.

—También yo, Ailsa. He soñado con esto desde que te conocí. Sé que enfrentaremos desafíos, que no será fácil... pero a tu lado, todo cobra sentido. Si este es el lugar donde quieres construir nuestra familia, aquí nos quedaremos.

Nos abrazamos con fuerza, y en aquel gesto, supe que habíamos tomado una decisión que cambiaría nuestras vidas, una promesa de amor y de compromiso que era más fuerte que cualquier adversidad. La noche nos envolvía en su paz, y sentí cómo la esperanza y el amor llenaban cada rincón de mi ser.

Antes de dormir, cerré los ojos y, en silencio, agradecí por ese momento, por ese amor que había encontrado en Connor y por el futuro que nos aguardaba. Sabía que la vida estaba llena de incertidumbre, de pruebas y de retos, pero en aquel instante, en sus brazos, sentí que juntos éramos capaces de enfrentar cualquier destino, de construir un hogar y una vida que serían un legado de nuestro amor.

Y así, en la tranquilidad de la noche de Navidad, con el calor de su cuerpo junto al mío, me entregué al sueño, sabiendo que en su amor había encontrado mi lugar en el mundo y el hogar que siempre había anhelado.

Epílogo

El sol de la mañana acariciaba suavemente la aldea, envolviendo la cabaña y el pequeño prado en una luz dorada que parecía prometer un día lleno de paz y sencillez. La brisa se movía con suavidad, haciendo danzar las sábanas que tendía en el exterior de la cabaña, y el aroma fresco del bosque y el sonido lejano de las aves completaban la escena que me rodeaba. Me detuve un momento, observando el movimiento delicado de las telas al ondear en el viento, y un sentimiento de gratitud profunda llenó mi corazón.

Al otro lado del jardín, Elspeth bailaba con Robbie, nuestro hijo de tres años, en un vaivén juguetón que llenaba el aire con risas y susurros de amor. Robbie, con su cabello oscuro y esos mismos ojos azules que tanto me recordaban a Connor, reía con una felicidad que me hacía sonreír, su carita iluminada con esa inocencia pura que me hacía sentir que todo en el mundo estaba bien. Verlos juntos, a Elspeth y a nuestro hijo, me llenaba de una paz tan profunda que sentía como si mi vida hubiera encontrado su verdadero propósito en esta tierra, en este tiempo.

Me quedé un momento más, mis manos aún ocupadas con la ropa que tendía, pero mi mente perdida en los recuerdos de todo lo que habíamos vivido para llegar hasta aquí. Pensé en el día en que había recibido aquella carta misteriosa, en cómo el destino me había llevado a viajar siglos atrás, a encontrarme con Connor en un tiempo y lugar que jamás habría imaginado. En cada recuerdo había una mezcla de miedo y de esperanza, de sueños y de decisiones que parecían guiadas por una fuerza más grande que nosotros.

El tiempo nos había enseñado a vivir con lo que sabíamos y con lo que habíamos aceptado no entender. Morag, con su sabiduría críptica, había dejado claro que no todo estaba en nuestras manos, que algunas cosas debían seguir su curso. Pero, aun así, habíamos encontrado en cada día una oportunidad de amarnos, de construir una vida y una familia en esta época que ahora era mi hogar.

De repente, sentí unas manos fuertes rodearme por la cintura y unas risas contenidas tras mi oído. Me sobresalté un instante, aunque enseguida reconocí el toque familiar y el susurro cálido que me hacía sentirme en casa.

—¿Qué te hace sonreír tan misteriosamente, esposa mía? —dijo Connor, su voz baja y juguetona, mientras se inclinaba para besarme en la mejilla.

Me giré hacia él, apoyándome en sus brazos y sintiendo la familiaridad de su presencia, de su amor constante que había llenado cada rincón de mi vida.

—Solo observaba cómo Elspeth y Robbie se divertían —respondí, sonriendo mientras mi mano encontraba la suya—. Y pensaba en lo afortunada que soy, en cómo el destino me

trajo hasta aquí para vivir esta vida contigo.

Connor me miró, su expresión suave y llena de una ternura que nunca había cambiado, incluso con los años que habíamos compartido. Sus dedos acariciaron mi mejilla, y en sus ojos vi el mismo amor profundo, la misma promesa silenciosa que habíamos compartido desde aquel primer día.

—Tú eres mi destino, Ailsa —murmuró, su voz cargada de emoción mientras me abrazaba con más fuerza—. No importa cómo hayas llegado hasta aquí, lo único que importa es que estamos juntos, que nuestra vida y nuestro amor han superado el tiempo y cualquier obstáculo.

Nos quedamos así, abrazados entre las sábanas tendidas, y Connor inclinó su rostro hasta que sus labios encontraron los míos en un beso que era dulce y profundo, un beso que sellaba cada promesa, cada instante compartido. En ese beso, sentí la intensidad de todos los momentos que habíamos vivido juntos, de cada noche bajo las estrellas y de cada mañana en que habíamos despertado lado a lado.

Cuando finalmente nos separamos, nuestros ojos aún se buscaban, y vi en su mirada el reflejo de mi propio corazón, un amor que no solo era mío, sino nuestro, un amor que habíamos construido y que era más fuerte que cualquier adversidad.

Juntos, nos acercamos a Elspeth y a Robbie, que se detuvieron en su baile improvisado para saludarnos con risas y abrazos. Robbie extendió sus bracitos hacia su padre, y Connor lo tomó en sus brazos, alzándolo en el aire mientras nuestro hijo reía con esa risa cristalina que llenaba el mundo de alegría. Elspeth y yo intercambiamos una mirada cómplice, y en su rostro vi el orgullo y el amor de una abuela que había encontrado en su nieto una extensión de su propia vida, de su legado.

Mientras observaba a Connor y a Robbie juntos, sentí cómo el peso de la gratitud y la felicidad me llenaba por completo. En aquel momento, comprendí que todo el camino recorrido, todos los desafíos y dudas, me habían traído hasta aquí, hasta este instante de paz y de amor, un instante que era mi hogar, mi vida y mi destino.

Connor me sonrió, y en su expresión vi una promesa silenciosa, un recordatorio de que nuestro amor era la fuerza que había cambiado el curso de nuestras vidas, que había superado el tiempo y las barreras para crear un mundo en el que pudiéramos ser felices.

Mientras el sol continuaba iluminando la aldea y el lago, me quedé un momento observando a mi familia, a la vida que habíamos construido juntos, y supe que este era el lugar al que pertenecía. Había encontrado un hogar en este tiempo, en estas tierras, y en los brazos de un hombre que me amaba sin condiciones.

Los caminos del destino eran extraños, llenos de giros que ni siquiera los más sabios podían prever, pero en aquel momento comprendí que cada paso, cada decisión, me había

llevado a donde debía estar. La vida, con todos sus misterios y sus sorpresas, me había traído hasta aquí, y no podía imaginar un futuro más perfecto, un hogar más verdadero.

Y así, con la risa de Robbie llenando el aire, el calor del sol sobre mi piel y la mano de Connor entrelazada con la mía, supe que, aunque el tiempo y el destino nos hubieran puesto en un camino lleno de desafíos, el amor que habíamos encontrado era eterno.

El amor era la fuerza que lo había cambiado todo, y mientras miraba el rostro de mi hijo y el hombre que era mi alma y mi compañero, supe que, sin importar dónde nos llevara el futuro, siempre llevaríamos en el corazón la certeza de que este amor, nuestro amor, había trascendido el tiempo y los obstáculos para encontrar su lugar en el mundo.

Agradecimientos

Si has llegado hasta aquí, te doy mis más sinceras gracias por darle una oportunidad de mis historias. Espero que hayas disfrutado de este viaje al pasado y que sigas confiando en mí para futuras lecturas.

Gracias a todos los que han estado ahí para apoyarme y guiarme en este camino, que para mí es del todo novedoso. Deseo hacerlo cada vez mejor para que leer mis historias sean un viaje inolvidable.



Jane Anne Campbell es un seudónimo que oculta a una joven escritora muy tímida y que prefiere mantenerse en el anonimato.

Otros libros de la autora



Una herencia inesperada

Eleanor Ashford, una joven dama de una familia noble pero empobrecida, vive modestamente en el campo con su madre viuda y su hermanastro, Oliver. La vida de Eleanor cambia drásticamente cuando recibe noticias de un abogado londinense: ha heredado una gran fortuna y una mansión en Londres de un misterioso pariente lejano. Con la esperanza de mejor suerte, Eleanor y su madre se trasladan a Londres, dejando atrás a Oliver, quien expresa su descontento y envidia de manera abierta.

Al llegar a Londres, Eleanor se encuentra inmersa en la alta sociedad, con sus complicadas etiquetas y sus numerosos pretendientes interesados más en su fortuna que en su persona. Entre ellos destaca Lord Nathaniel Grayson, un enigmático lord con mirada gris y cabello negro, conocido por su inteligencia y misterioso pasado. Nathaniel, un espía del rey, se interesa por Eleanor no solo por su belleza y encanto sino también porque sospecha que su herencia podría estar vinculada a una trama contra la corona.

Nathaniel se acerca a Eleanor, inicialmente con la intención de investigarla, pero pronto se encuentra genuinamente cautivado por su ingenio y fortaleza. Eleanor, por su parte, siente una atracción por él, pero teme que su interés no sea verdadero y esconda algún tipo de interés oscuro.

Una novela que combina misterio, romance y crítica social, al más puro estilo de Jane Austen.



[El escándalo del baile]

Una novela que combina intriga, romance y crítica social, al más puro estilo de Jane Austen.

En el Londres de la Regencia, Amelia SinClaire, una joven de buena familia, está comprometida con Sir Edwin Hartley, un caballero respetado entre la alta sociedad. Pero durante un deslumbrante baile de máscaras, un comentario inesperado siembra dudas sobre su prometido y desata una oleada de rumores que amenaza con arruinar su reputación.

A medida que los murmullos en los salones londinenses crecen, Amelia se encuentra atrapada en una red de miradas inquisitivas y juicios silenciosos. Con la presión social aumentando y sus propios sentimientos en conflicto, Amelia se siente más sola que nunca. Es en este momento cuando aparece Lord Henry Ravenswood, un hombre recién llegado a Londres con un pasado envuelto en misterio.

Mientras los secretos de la alta sociedad se despliegan a su alrededor, Amelia deberá enfrentar las intrigas y traiciones que acechan en los rincones más inesperados. ¿Puede confiar en aquellos que la rodean? Y, lo más importante, ¿es el compromiso que ha aceptado realmente lo que desea para su futuro?

"*El escándalo del baile*" es una historia de amor, poder y lealtad, donde una joven debe navegar los peligros de una sociedad implacable mientras busca su verdadero camino. Con la ayuda de un enigmático aliado, Amelia aprenderá que el amor verdadero y la independencia a menudo están más allá de lo que la sociedad dicta. Pero, ¿hasta dónde estará dispuesta a llegar para defender su corazón y su futuro?



El caballero de las Indias orientales

En el Londres de la Regencia, una época de bailes deslumbrantes, estrictas reglas sociales y apasionados secretos, Isabella Whitmore vive a la sombra de un escándalo que la ha dejado marcada ante la alta sociedad. Repudiada por su antiguo prometido y abandonada por quienes alguna vez la alabaron, Isabella se enfrenta a un mundo que la ha condenado por un error del pasado. Pero el regreso inesperado de Lord Sebastian Ashbourne, un enigmático caballero que ha hecho fortuna en las lejanas y exóticas Indias orientales, cambiará su vida para siempre.

Misterioso, seductor y con un pasado envuelto en rumores, Sebastian se convierte en el centro de todas las miradas y deseos de la nobleza londinense. Sin embargo, solo una mujer cautiva realmente su interés: Isabella, cuya fuerza y vulnerabilidad lo atrapan de una manera que no puede ignorar. A medida que sus caminos se entrelazan, los dos luchan contra la atracción innegable que los une, desafiando las convenciones de una sociedad que nunca perdona.

"*El caballero de las Indias orientales*" es una novela histórica de la Regencia que explora el poder de la redención, el amor prohibido y la búsqueda de la verdadera identidad en un mundo regido por las apariencias. Con una narrativa envolvente y rica en detalles de la época, esta historia de segundas oportunidades llevará al lector por los majestuosos salones de baile, los oscuros secretos de los negocios coloniales y los jardines ocultos donde los corazones se encuentran a pesar de los obstáculos.

Sumérgete en un relato donde el deseo y la razón libran una batalla silenciosa, y descubre cómo dos almas perdidas desafían todo para encontrar su lugar en un mundo que intenta separarlos. Una historia de amor, coraje y la lucha por ser uno mismo en una sociedad que nunca olvida ni perdona. Al más puro estilo de Jane Austen.